

**REVISTA DE
LA UNIVERSIDAD
DE MEXICO**

EFRAIN HUERTA
JUAN GARCIA PONCE
JORGE ALBERTO MANRIQUE
JAIME LABASTIDA
CARLOS MONTEMAYOR



RAFAEL CORONEL

SUMARIO

Volumen XXIV, números 7-8 / marzo-abril de 1970

- 1 Apólogo y meridiano del amante, por Efraín Huerta
5 El rey ha muerto: viva el rey, por Jorge Alberto Manrique
(La renovación de la pintura mexicana)
-

I La gaviota, por Juan García Ponce

- 37 A la intemperie, por Jaime Labastida
40 Memoria / Mariana / De cielo et inferno, por Carlos Montemayor

Portada:
Rafael Coronel, *La bendición*
Colección Inés Amor

Suplemento *Hojas de Crítica*, número 17

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Ingeniero Javier Barros Sierra / Secretario general: Licenciado Fernando Solana

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO / Órgano de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Gastón García Cantú / Director artístico: Vicente Rojo

Torre de la Rectoría, 10º piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.
Teléfono: 5-48-65-00, ext. 123 y 124

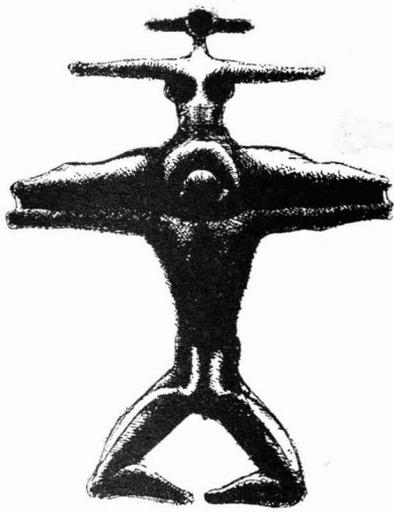
Franquicia Postal por acuerdo presidencial
del 10 de octubre de 1945, publicado
en el D. Of. del 28 de octubre del mismo año.

Precio del ejemplar: \$ 6.00
Suscripción anual: \$ 65.00 Extranjero: Dls. 8.00

Administración: Ofelia Saldaña

Patrocinadores:

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.
Financiera Nacional Azucarera, S. A.
Ingenieros Civiles Asociados, S. A. [ICA]
Nacional Financiera, S. A.
Banco de México, S. A.



Efraín Huerta

Apólogo y meridiano del amante

Cenital guerrero de la carnalidad
retorno al monumento-flor de una saturada piel.
Estuve ausente todo un verano tembloroso,
en medio de la contienda florida
de los hirvientes amantes.

Atisbo el orquestal tejido de su escultura,
anudo la mirada en el cristal de su vientre.
Creo iluminar la tormenta,
perfumar el bosque;
imagino a mi difamada juventud
en actitud de templo desguarnecido.

Humillado acaso, mas no desintegrado,
adivino en la espesura de sus venas
la última suerte —echada ya—
del desamor innoble,
del fantasma y sus puñales,
de tu terrible existencia que no muere lo suficiente.

Hoy resido en tu muslo derecho,
aquí y allá, para necesitarme, para,
invisible, ascender hasta tus ciudades
y tus pueblos; necesito aterrarme
con mi propia ruina, voltear
de revés mis remordimientos, porque,
ay amada, he perdido la llave
del inocente territorio de las catástrofes.

Palidezco y emerjo de un sueño
con la diafanidad del galope lunar
y el borrado zurear de la paloma.
Cielo y tierra, bastiones neblinosos
y oportunos para grabar de una buena vez
—nunca es tarde para los transidos,
los desnudos, los boquiabiertos,

los insurrectos, los límpidos, los ebrios—
este infinito y giratorio epitafio.

Cabeceas inclemente y esmeraldina
como los bateles en el dormido lomo del río.

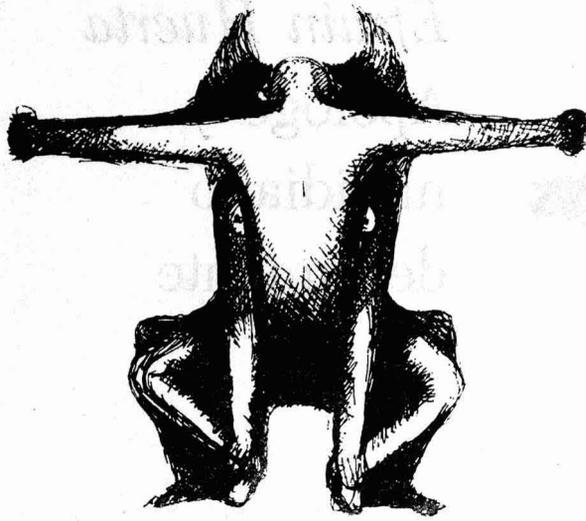
Te amo y te adoro en esa armonía
de hosca noche, de sórdido naufragio.

Un día cualquiera pude ser la fe,
la semilla, una calle virginal,
una carretera de capullos.
Aquel día que no sangró
me extravié en un gran patio invernal
donde los nísperos parecieron
los ojos amarillos de Donatello.

Entonces mi breve furia se acogió
al doliente arrebol de tus rodillas
hincadas a la mitad del alma
—y el alma se mostró caballunamente cadavérica.

Silencioso, pero todavía no vencido,
avanzo como la hormiga real
fascinado por la ciencia de tu naturaleza de gata.
Hoy era miércoles, era una repentina penumbra.
Luego vacilé como ante una muralla transparente,
porque los balcones de tu pecho ardían
y mi espada sin filo sólo era un cielo roto.

A mi vez ardí cuatro semanas sin monedas para el
alquiler
ni para el vino; me saqué los ojos cinco momentos
para no ver al médico ni a la depresiva enfermera.
¿Cómo es que a tu lado no huele a hospital?
¿Por qué me dejas con el goce a secas?



¿Cuándo con un demonio podré sitiar ese horizonte
desalmado?

Aspiro tus manzanas, tus duraznos,
tu dominadora rosa de cobre.
No aspiro más ni aspiro a más.
Así la flecha que no partió jamás del seno de su dueña.

En aquellos litorales, el guerrero sin laureles
se protegió en la aridez de tus ámbitos.
Estrella en mano, como una raíz
interrogante y poderosa
se aferró a la caracola, al desconsolado
secreto de lo tuyo más umbrío:
Un cántico de tristeza, gozosamente lamentoso,
secó mis antiquísimos labios;
vertí en el vaso de tu Belleza
los disecados diamantes del olvido
y un belicoso bufón se desplomó dueño del cansancio.

Ahora me pregunto *¿Cuánto por el rescate?*
¿Cuántas llamas necesito para turbarme,
cuántos billetes para preservarme de los terribles
címbalos
y para no abandonar jamás de los jamases
tu esbelta superficie de mariposas
y el glacial aroma de mi Muerte?

Tramonto colinas, traspaso eléctricas fronteras,
alzo los brazos, clamo y vocifero de manera desdeñosa
cuando lamo leve sangre en tu hombro
—y mis dientes estallan alucinados
porque ya han aprendido la lección de la sábana y sus
colmillos.

El guerrero es ahora una hormiga colérica.
El guerrero es voraz, débil y solemne.

Tú tienes dos alas, dos ojos, dos palomas,
dos brazos, dos piernas, una boca
fosforescente,
una meridiana entrepierna.

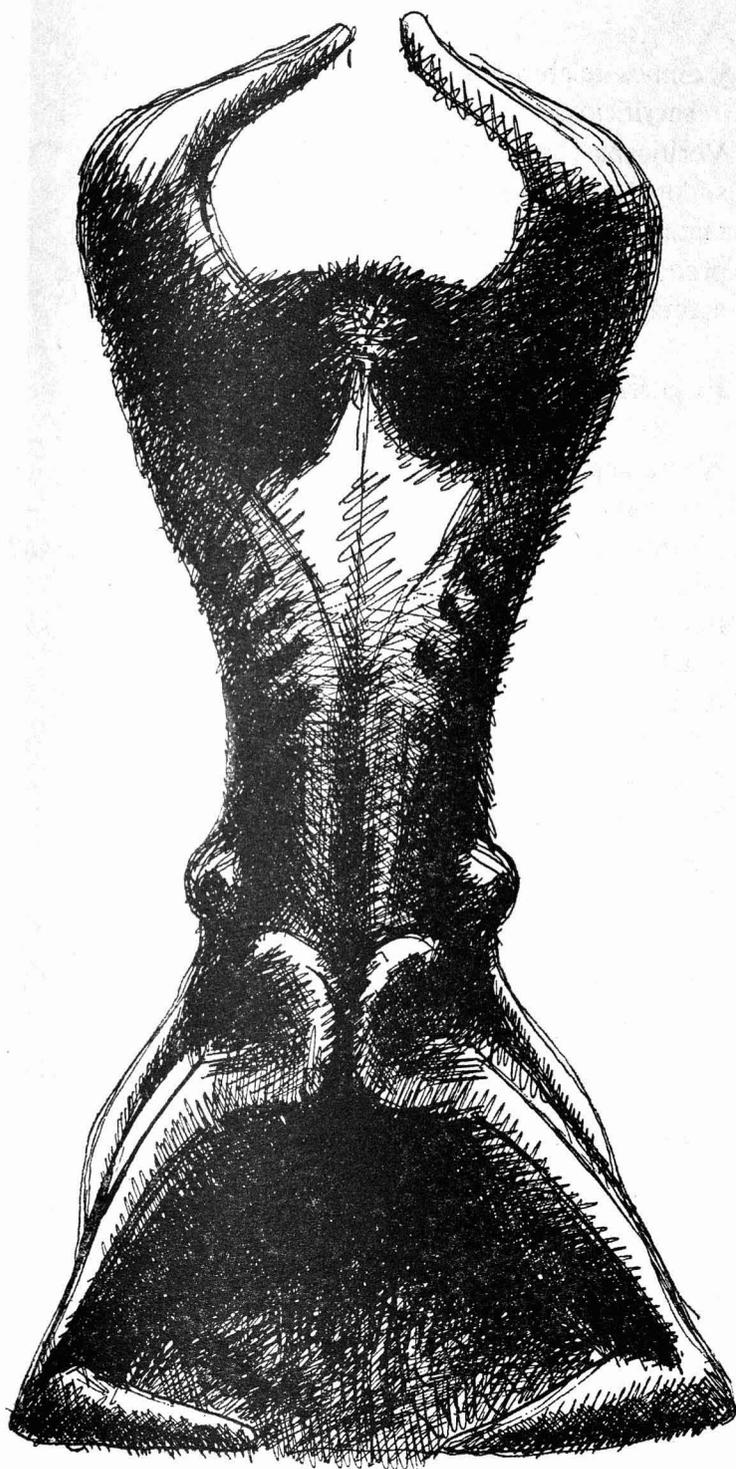
Recuerdo que compré a plazos ciertas hechicerías;
que mi choza era blanda porque la tapizaban frescos
ramos de juncia;
que halagué y santifiqué el bosque cercano,
porque no puedo vivir sin el reino del follaje,
las maderas metálicas y el llagado perfil de la orquídea.

Di salvación a tu cuerpo
con el atavío de las danzas vespertinas;
al empezar el agua nocturna
te dominé de mil maneras.
Tus caderas rechinaron como la última carroza del
cortejo.

Tu cuerpo, tu almendrado sexo
despedía los secretos de la resina.
Acrecí mi amor hasta parecer un gigante
aburrido en los herbazales.

Amanecí enanizado hasta la misericordia.

Ácida es la lengua del hombre,
agria la voz del ángel que huele a humo,
eterizada la palabra de tu dorso
y aceitosos los vocablos de tus murmurantes nalgas.
No discutamos nunca,
porque nada hay más insidioso que la mordedura
rechazada
el doble Universo que no me niegas
el asunto de mis desnudas tenazas
la crisis de mis miedos nocturnos
las cuestiones fálicas de mis profecías



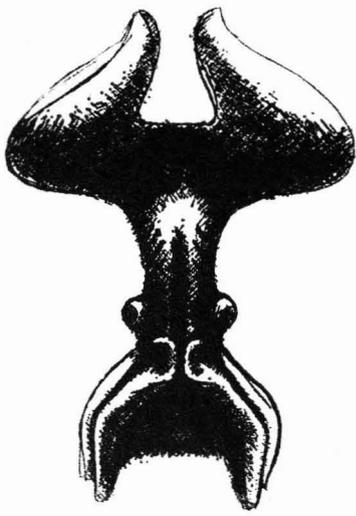
la incineración de un guerrero cuya grandeza es la
podredumbre
las almohadas que me convierten en tu lacayo
tu cintura
tus largos dedos . . .

Después de todo, ya era hora de escupir
y de volver a conversar estúpidamente.
¿Valió la pena secarme como a una cucaracha
de *La Batalla de San Romano*
para abrumarme con sueños apacibles
y despertarme a gritos de sirena tempranamente
preñada?

De ningún modo te muevas. No hay necesidad
de ser cautelosos. Voy a envejecer
en la Casa de los Poetas Embrutecidos
y dar mi nombre al martirologio.

Ahora mírame, siénteme redondear un mundo
de sílabas, un viaje a los estanques del hambre.
Te poseo torvamente, torpemente.
Asesino sin vestigios, revelo mis crímenes
al primer interrogatorio.
Tú eres mi escudo, mi lanza astillada.
Yo soy quien se lamenta en la perla de tu axila,
el que oyes llorar de frío, cínicamente desilusionado.
Soy Paolo Uccello con su espejo al hombro.

La Capilla de los Dioses está a la vuelta,
en las orillas moribundas del infinito.
La reunión debe semejar la sencillez de una visita
al Museo Nacional de Antropología.
¿No lo crees así, sumergida y derribada doncella?
Pago la entrada y firmo al pie de mi acta de defunción,
porque nos ahogaremos en mares de sílex
y a mí en lo personal me volverá a degollar
la inmóvil lucidez de una máscara teotihuacana.



Soy el golpeado, el deshonroso, el enfermo de moho.
Soy el que no duerme y no vive
y no se entremezcla con Nadie en la transitoria
arquitectura de tu lecho.

Bramo cuando no hay más remedio
cuando los halcones despluman al gorrión de la suerte
cuando las basílicas se tornan polvo
y lo que perdura sobre tus mejillas
es el relampagueo de un helénico incendio.

¿Qué más da? Pedro y Lucía se conocieron
en el Metro de París,
pero sus trabajos amorosos yacen en el pavimento
de todas las ciudades hostiles.

Yo te conocí en mi edad príncipe,
en tu edad enferma y disolvente.
Te conozco, piedra luminosa y ágil,
paloma a perpetuidad.
Te conozco como a la palma de mi mano
—y mi mano es la vivienda de los pobres,
de los que desordenan al mundo
a golpes de dolor y aletazos.

Me duele ayunar y maldecir.
Me asombra dañarte y tú tan vegetal,
divagando, dejándome ir y venir
con los pasos retorcidos y la boca agónicamente
beligerante.

Me gustan, vuelven a gustarme dos cosas:
tu liviana grandeza y tu magnífica pequeñez.

A tu lado, a un minuto de la cosecha,
soy una luna fría de ningún crepúsculo.
Te poseo celestialmente —imagino—

y ambos celebramos una danza sin ofrendas ni
sacrificios.

Verificamos ondulaciones, uñas,
sudor, saliva, posturas incómodas,
metamorfosis, escamoteos,
preocupados riñones, míticos nectáreos seminales,
astuta lucha a muerte fratricida.

El guerrero ha perdido la paz, no la guerra.

Ahora supón que mis orígenes carecen de valles, ríos
y collados,

¿podríamos entonces dialogar con un cuerno de caza?
Digo que ni el guerrero desfavorable querría
llamarte dama becqueriana,
mucho menos contender con lo más bruñido
de la amenazante caballería.

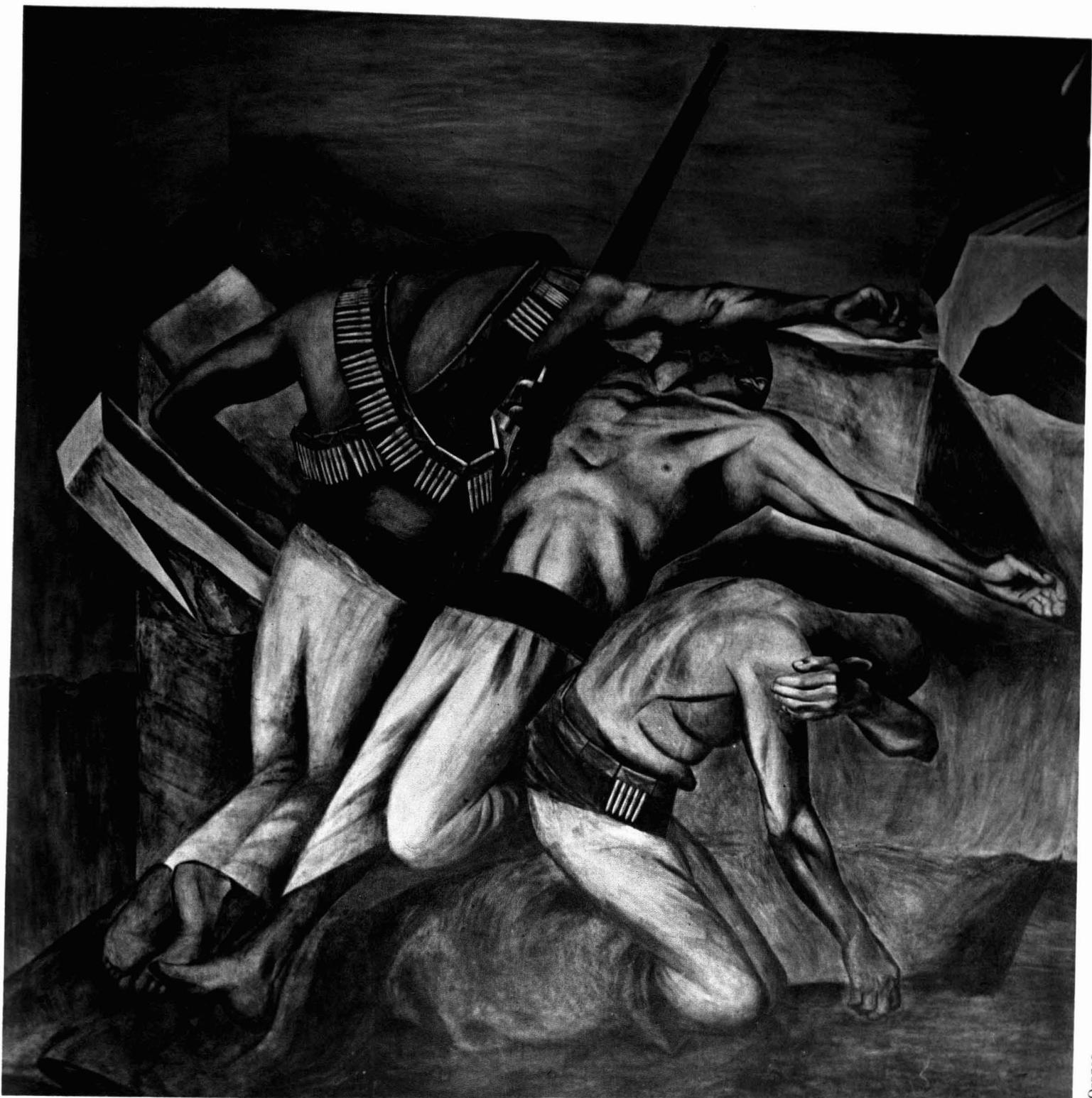
Estoy vencido de antemano.
Mi sustancia no galopa, no penetra.
Un millón de gatos mueren alrededor
de nuestros cuerpos en fuga.

Hace años, siglos, dije algo semejante
y mi mujer no me creyó.
Mis hijos eran ajenas provincias.
Yo era el rumor de los bronce derretidos,
pero bien sabía que iba a perder la cabeza,
la camisa, la perspectiva (Paolo),
las fábulas y los conjuros.

Lo supe y me tragué la verdad

de tu terrible Hermosura
rodeada de siniestras alabanzas.

¡Cuánto lo siento, Vida mía!



Orozco

JORGE ALBERTO
MANRIQUE
**EL REY HA
MUERTO:
VIVA EL REY**
LA RENOVACION DE
LA PINTURA MEXICANA



Dr. Atl

Diego Rivera





David Alfaro Siqueiros

En el principio estaba la escuela mexicana. Los jóvenes pintores que en la década de los años cincuenta empezaban a despuntar en México tenían frente a sí (mejor: sobre sí) ese hecho presente, contundente, definitivo, inevitable. Todo lo que se hiciera debía partir de ahí. Podía seguirse la escuela, podía (entonces parecía aún difícil) negársele. No podía ignorarse. *A posteriori* puede verse que se trataba ya de un cadáver ambulante, mal maquillado para que pareciera vivo: entonces se presentaba como un monumento pesado e indestructible. Aplanadora. El PRI del arte (y, por cierto, no es casualidad que el nuevo edificio del Partido Revolucionario Institucional esté todavía decorado con un mosaico mural de la más decadente escuela mexicana). México era, para orgullo de propios y quizá admiración de extraños, el país de los murales, del “Renacimiento mexicano”, como tanto se dijo a boca llena. Tehuanas, héroes, aztecas, campesinos y obreros, burgueses

panzudos y ojerosas y pintadas putas deambulaban por las secretarías de estado, por palacio, por algunas escuelas. La escuela mexicana no era sólo eso, pero ésa era la impresión superficial que dejaba.

Después llegaría hasta ser una moda y lugar común asegurar que no había una escuela mexicana. Yo creo que, independientemente de la genialidad o mediocridad de sus miembros, aparte las cualidades y defectos personales de los grandes y de los chicos, su gran mérito fue justamente el haber logrado un sentido de “escuela”. Es decir, era reconocible por encima de las individualidades, que es lo que permite hablar de escuelas. Y tan es así que aún ahora nos podemos seguir refiriendo a ella como a un todo, y que los jóvenes de aquella década la tuvieron que mirar como el enemigo a vencer.

La escuela mexicana era la culminación de tantos ideales del siglo XIX, románticos y nacionales. Sus apologistas



Rufino Tamayo

Roberto Montenegro



repetieron hasta el cansancio que era producto de la Revolución. Sin duda la Revolución, con lo que significó de sacudida, por una parte, y por otra de rompimiento y entusiasmo, hizo posible su aparición. Pero las premisas estaban planteadas desde antes. Orozco habló en diversas ocasiones de unos antecedentes del muralismo que había que buscar en las dos primeras décadas del siglo, antes de la aparición del *Manifiesto* de pintores y artistas revolucionarios. Pero esos mismos antecedentes no eran, en el fondo, sino un hito más en un proceso que se había planteado desde antes.

López López, Altamirano, Olaguíbel y tantos críticos más de nuestro siglo pasado habían clamado, hasta desgañitarse, por la creación de una escuela nacional, que hablara de nuestras cosas, de nuestras gentes, de nuestros paisajes, de nuestra historia, y que lo hiciera con un lenguaje universal. Habían pedido un estilo propio para hablar de las cosas nuestras. Habían insistido en que ya no se copiara, sino que se hiciera algo re-

cognociblemente nuestro. El arte debía ser un elemento más en la constitución y definición de una nacionalidad que desesperaba por encontrar su rostro. La voz que respondió de manera más adecuada a ese llamado, entonces, fue la de José María Velasco; pero su respuesta era sutil y muchos no lo entendieron. Altamirano, que era quizá quien más debía haberlo reconocido, fue uno de sus críticos más violentos.

Es necesario confesar, sin embargo que Velasco, solitario (y quizá en parte

por la misma falta de compañía en su empresa), no colmaba del todo las aspiraciones de quienes urgían la necesidad de un arte propio. Los otros esfuerzos menores casi no contaron, y ya para finales del siglo el arte "serio" de la alta época porfiriana se preocupaba mucho más de estar al día que de encontrar el rostro que definiera al país. El romanticismo de Ruelas, v. gr., atormentado por magos y princesas, caballeros y dragones, sátiros y tentaciones sexuales, era muy de otro orden. Parén-

tesis breve aunque muy auténtico y significativo en el proceso general de la cultura mexicana.

Mientras, Posada el grande pasaba desapercibido.

La verdadera realización de aquellos ideales decimonónicos vino a ser el movimiento de pintura que se inicia en México después de 1923. Repensó y expuso la historia, explotó el arte popular considerándolo, muy a la romántica, como el portador de unas esencias propias. Anduvo, en serio, por el camino

Carlos Mérida





Leopoldo Méndez



María Izquierdo



Carlos Orozco Romero

de definir una realidad tan indefinible como la de un “ser nacional” (y las superficialidades que se le han achacado después no quitan la seriedad de la empresa). Pero, quizá más importante todavía que ese programa tan cabalmente llevado adelante, estaba el hecho satisfactorio de que por fin, después de un siglo de independencia política, podía hablarse de un arte verdaderamente propio. El arte mexicano —en nuestro caso la pintura— se había hecho realmente un lugar en el mundo, era algo reconocible, definido, palpable. Al fin, una

“escuela mexicana”: había de qué sentirse satisfecho.

Nunca se insistirá bastante en que esa pintura, al fin propia, culminación del viejo ideal, no por eso había dejado de abreviar en tanta de la pintura europea de principios del siglo. Quizá en quien más claro se ve ese proceso de asimilación y transformación es en Diego Rivera (todavía entonces Diego María Rivera): desde sus paisajes españoles hasta su rica aventura cubista. Pero todos estuvieron, en sus inicios, a la altura de su tiempo. A fin de cuentas por eso



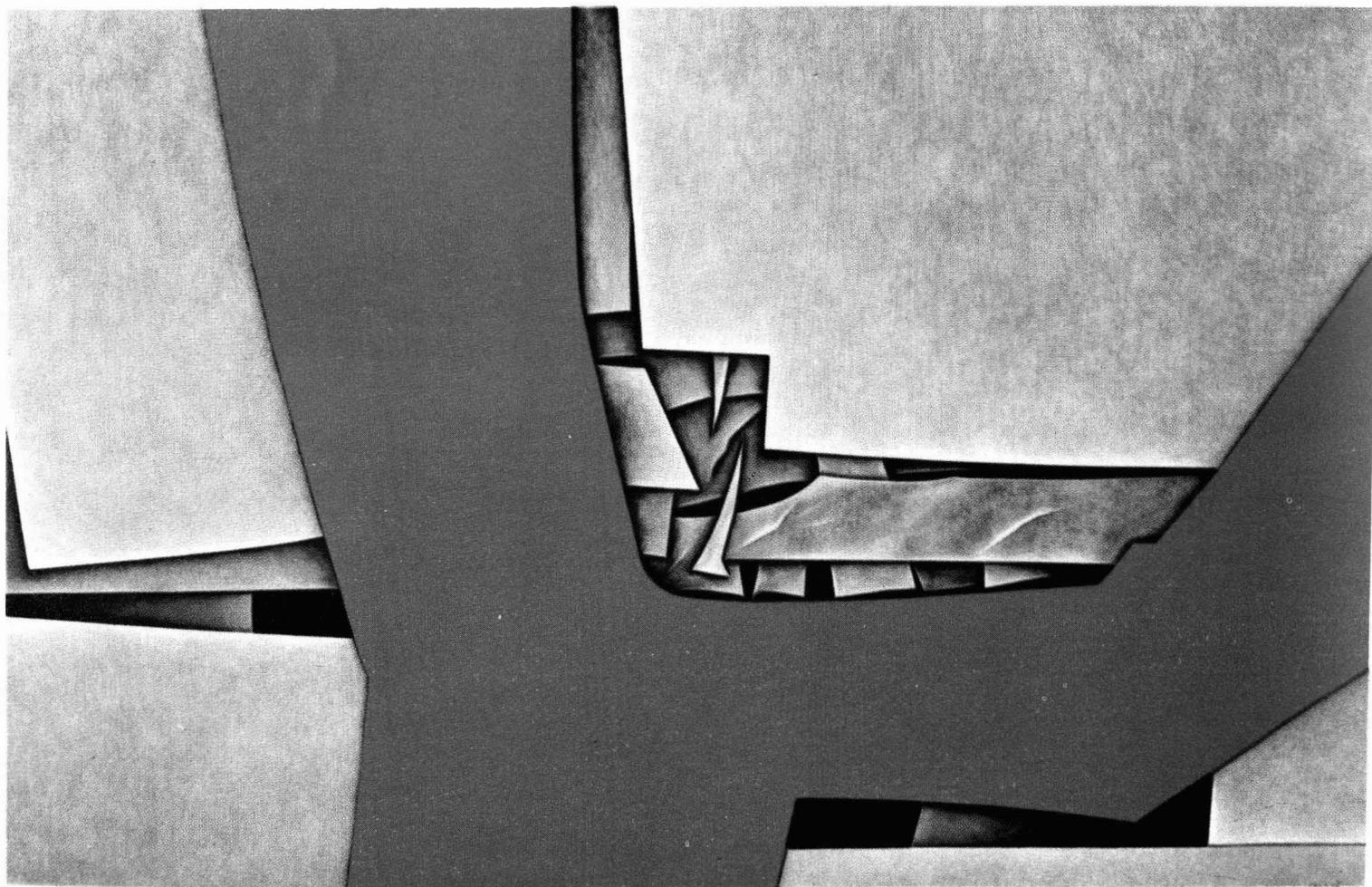
Agustín Lazo

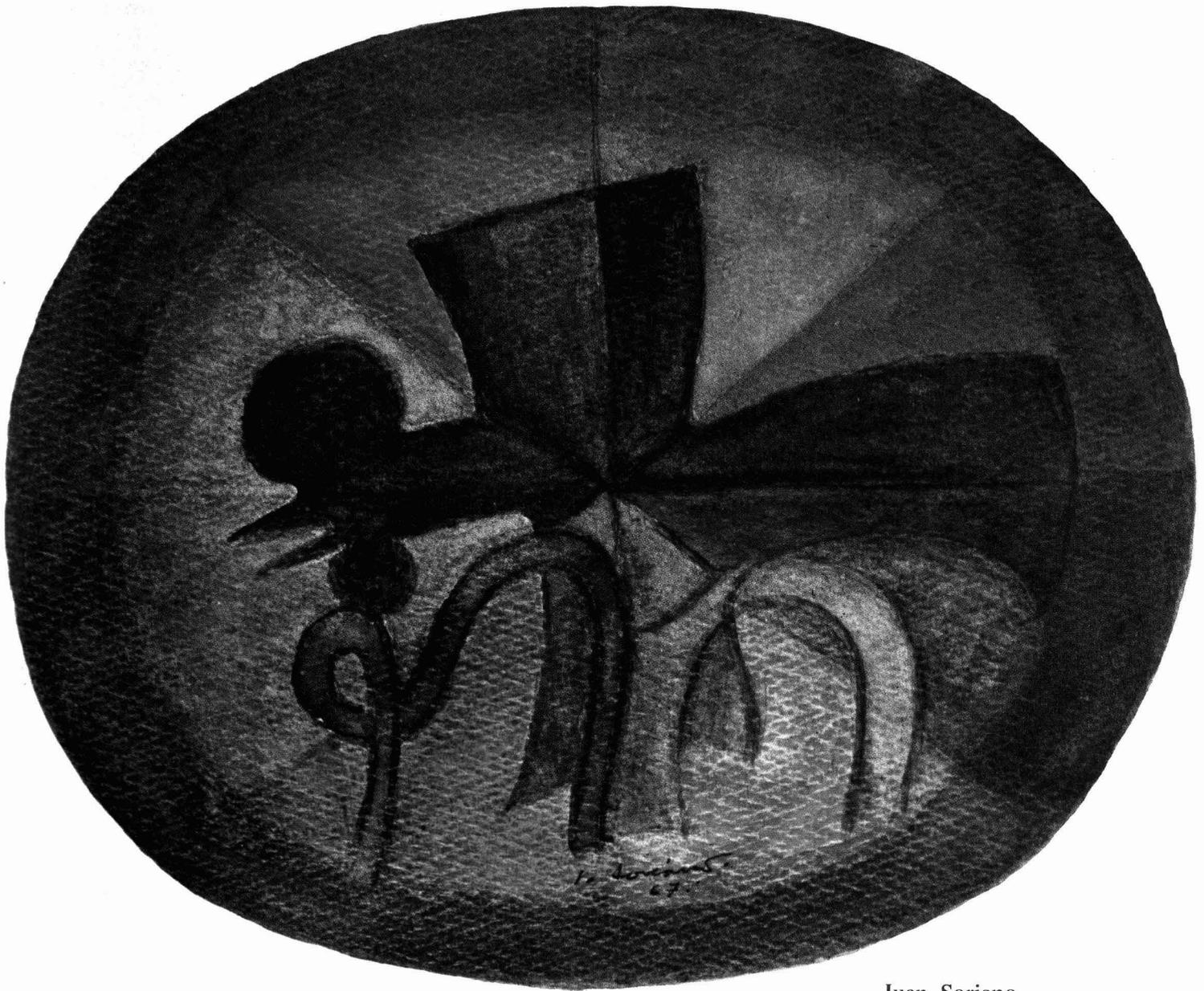
mismo cumplían la vieja aspiración, porque hablaban un lenguaje propio pero entendible *urbi et orbe*. La pintura mural no surgió de la Revolución Mexicana como un hongo, pero es indudable que tuvo una función —tan relativa como se quiera, y sin duda lo fue— dentro del mundo político y social en el que apareció; no en balde poco a poco el estado la tomó a su cargo, Además de todo eso, y no como interpolación, sino derivando de ello, era una pintura que había inventado un mundo de formas, diferentes entre sí pero de alguna manera familiares. No realizó el viejo ideal literariamente, sino pictóricamente: se manifestó como un hecho contundente. Ésa fue su grandeza, lo que la hizo acto valioso y no sólo buena intención.

“Causas de la decadencia y caída del imperio de la escuela mexicana”: un libro podría escribirse sobre ese tema. Yo me contento con citar aquí algunos elementos de discusión:

El agotamiento de todo sistema de formas es una de las constantes de la historia del arte. La forma artística es una de las cosas más necesariamente inconstantes que existan; mientras por un lado aspira —o ha aspirado— a una subsistencia intemporal, a trascenderse más allá de su momento histórico, esto es a condición de un no permanecer, de un negarse a sí misma. Vista desde su creación, la forma es esencialmente deleznable: un muriente en el momento

Günter Gerzso





Juan Soriano

mismo de nacer. Renovarse (que implica un poco matarse) es condición de existencia de todo juego de formas, aun a riesgo de perderlo todo. Si el agotamiento es una de las constantes de la historia del arte, es claro que también comprende al fenómeno de la escuela mexicana; tanto más que sus creadores, seguros y satisfechos, muy poco hicieron por renovarse. Con la excepción quizá de Orozco, los otros pintores mayores se apoltraron en sus propios estilos, y con eso los asesinaron y casi podría decirse que los castraron y dejaron inhábiles para una posible descendencia. Los pintores mayores se convirtieron en caricaturas de sí mismos: a los epígonos generalmente no les tocó ser sino caricaturas de caricaturas. Todas son armas de dos filos; la existencia real de una escuela fue lo que dio personalidad a la pintura mexicana, pero quizá fue también lo que la maniató: no es lo mismo llevar adelante una aventura individual, que otra colectiva. (Orozco fue de todos, quizá, quien más se preocupó por hacer *su* pintura y no

la pintura de la escuela, y su salvación tal vez no es ajena a este hecho.)

Si bien la escuela mexicana, con todo y sus valores, quedó muy lejos de ser la pintura revolucionaria, provocadora de la revolución, que soñaron los firmantes del *Manifiesto* de 1922 (o los propulsores de él), si tampoco fue el producto natural y autosuficiente del movimiento revolucionario mexicano, es cierto que en el periodo termidoriano de la Revolución, cumplía una función. El país se decía revolucionario, y la pintura coincidía con esa idea. No fue promotora de cambios sociales, pero sí funcionaba dentro de la situación del país. Andando el tiempo, en pleno neoporfirismo a partir del régimen de Alemán, la pintura mexicana perdió totalmente pie. Parecía como si no se diera cuenta de que ya no se vivía el México de Obregón, Calles o Cárdenas. Los hechos armados de la Revolución empezaron a ser recuerdo de viejos, y no algo cercano y vívido. Nada más hueco en ese momento que seguir pintando sombrerotes, tehuanas y solda-

deras. Los problemas, tanto sociales como culturales eran otros. La lucha pasada se convertía en novela y los trajes regionales (antes punta de lanza en el esfuerzo por afianzar lo nacional) en atracción turística. Un caso ejemplar en este sentido es el del Taller de Gráfica Popular, experiencia muy bella que fructificó mientras realmente encajaba y se insertaba en una realidad social que le correspondía, pero que siguió (¡y sigue!) grabando en linóleo trenes de revolucionarios y partidas de zapatistas, cada

vez más incapaz de decir nada a nadie; y aun cuando intervino en algunas luchas obreras de los años cincuenta (Nueva Rosita, v. gr.), los resultados fueron tan pobres que parece que lo hubiera hecho sin ganas, como obligado o forzado. Al agotamiento formal, pues, hay que agregar como causa de la caída de la escuela mexicana su agotamiento temático. Y me excuso de insistir en la tan estrecha relación que hay entre ambos, tanta que puede decirse que son una y la misma cosa.

Económicamente mucha de esa pintura se encontraba bien. Un mundo oficial de segunda se sentía medianamente liberado de la culpa de su vicio nefando cuando miraba complaciente y apapachaba al "arte de la Revolución". Los murales —ya no los grandes murales, sino los muralitos— proliferaban en escuelas y oficinas. La nueva burguesía revolucionaria, cultivada al calor de las secretarías de estado, era el gran mercado de la escuela mexicana; no sabe uno si los viejos coroneles villistas o carran-

Ricardo Martínez





Pedro Coronel

Jesús Reyes Ferreira

cistas, ahora banqueros, contratistas, o agricultores nylon gustaban de la escuela mexicana porque, con sus cananas y sombreros, les recordaba sus pasados años de lucha, o porque los hacía sentirse mecenas, émulo de aquellos cardenales de la historia, cercanos por fin al mundo mágico del "arte" y de la "cultura". No hubo casa de secretario de estado y aun de director general que no adornara su sala o el despacho del prócer con los retratos de la señora y las hijas (mejor si vestidas de tehuanas) en la más típica escuela mexicana. Este curioso contubernio fue sin duda provechoso para el ego de la nueva clase fuerte del país, y provechoso para los bolsillos de aquellos de los pintores que supieron aprovecharlo: no podía serlo ni para la escuela ni para los artistas en particular. Si algo podía tener la pintura mexicana de la virulencia que se le había querido dar en 1922, acabó de perderla en las caricias de sus nuevos amigos; si algo de imaginación le quedaba, las exigencias de un buen cliente terminaron por agotarla. Del amasiato, la pintura, como buena querida, retuvo una enseñanza: sé siempre igual a tu espejo diario. Su seguridad de entonces fue el precio de su existencia. Suicidio.

Pero quizá la muerte de la escuela mexicana no se deba sólo a su imposibilidad de cambio, a su pérdida de pie respecto a la sociedad en que se daba, al contubernio contradictorio con la nue-

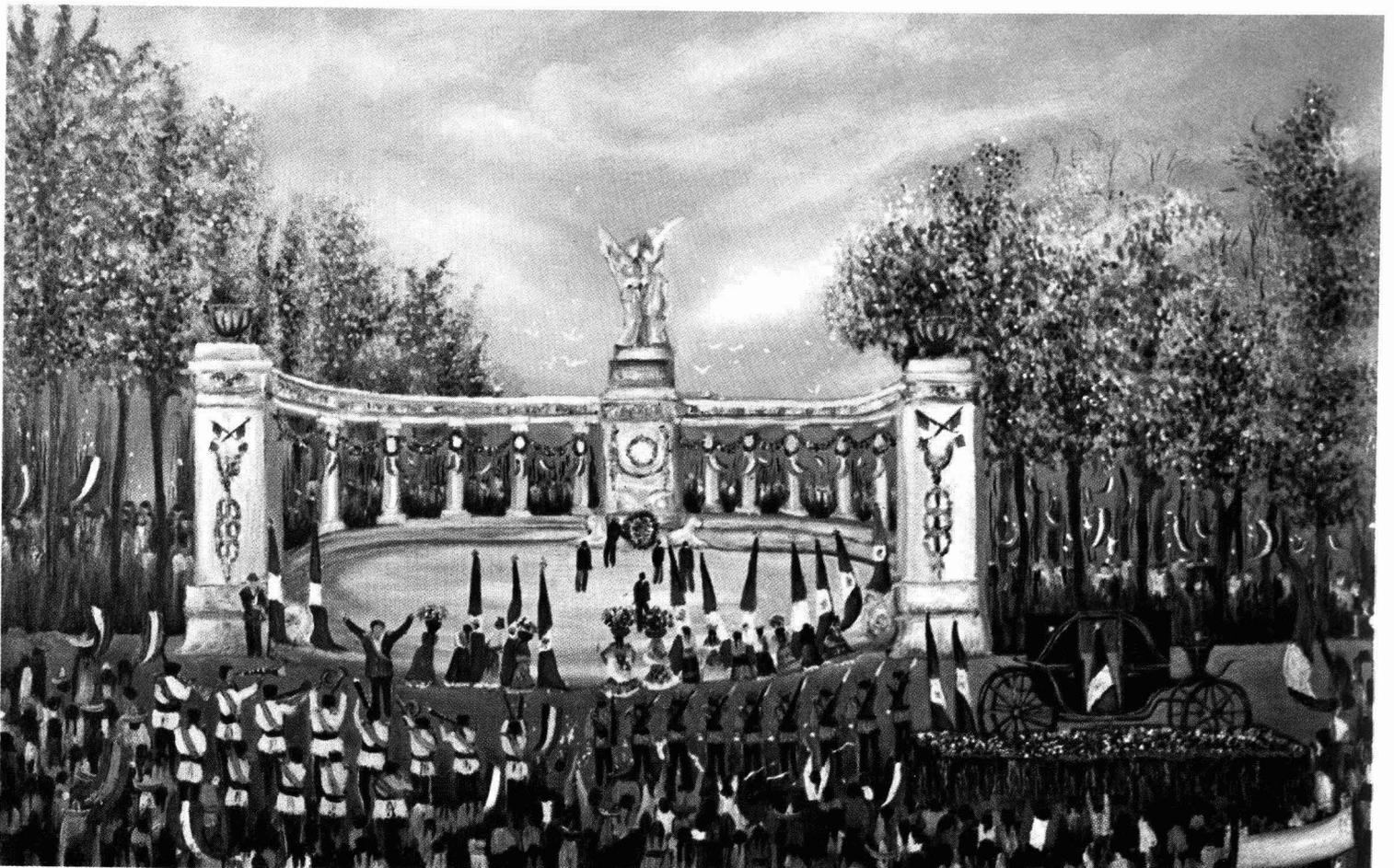


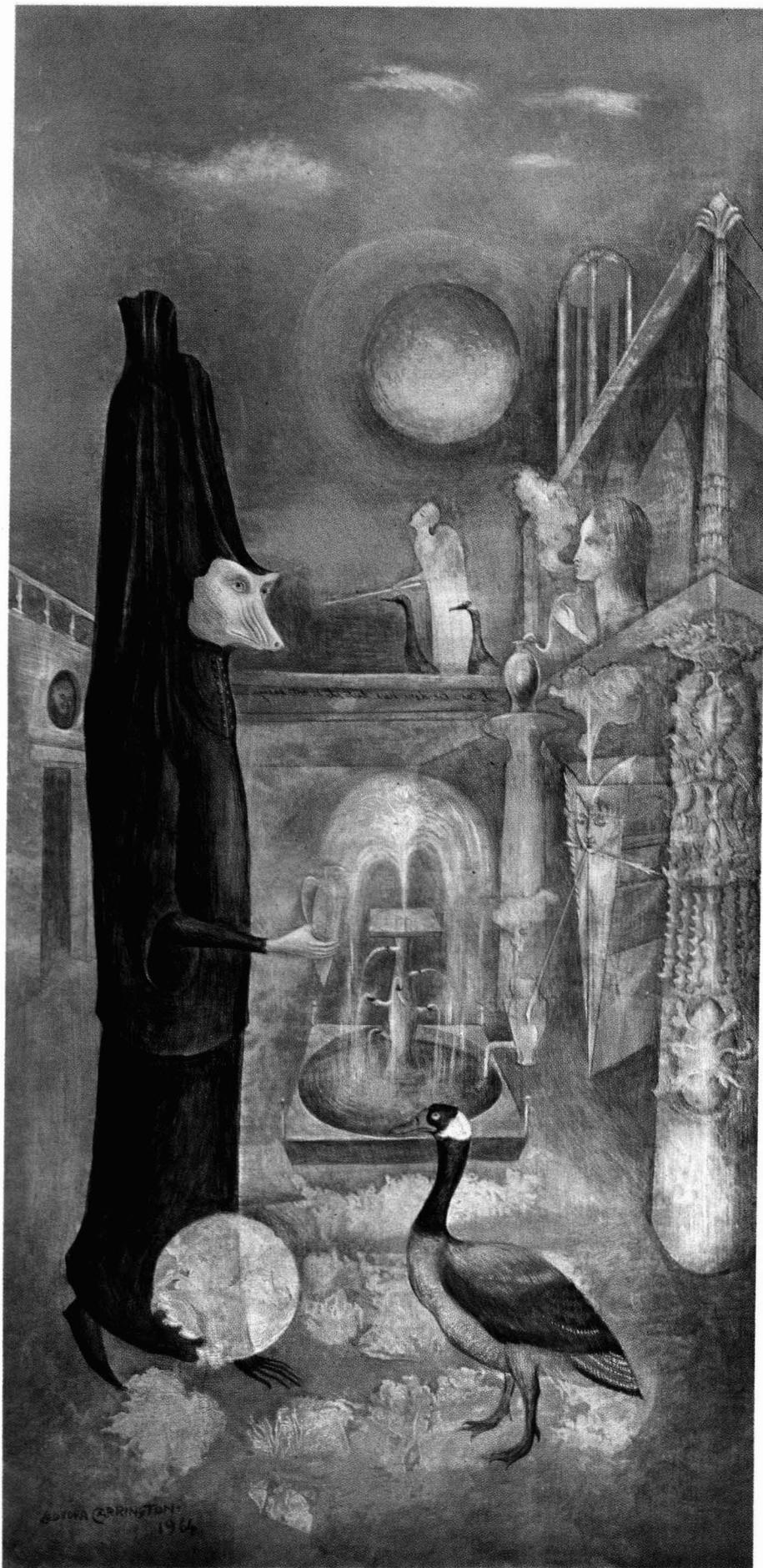


Remedios Varo

va burguesía. Tal vez más importante que todo eso es una situación cultural más amplia, que la supera y la incluye. El redescubrimiento de lo mexicano fue la grande y bella aventura del país en la primera mitad de nuestro siglo. La escuela de pintura participó, y en qué forma y con qué categoría, en ese hecho fundamental de nuestra historia cultural y nacional. Al cumplir los viejos ideales decimonónicos cumplió también, y sobre todo, con su hora y su momento. En la historia de esa tarea de Sísifo que es el tratar interminablemente de definirnos, la escuela mexicana ocupará siempre un sitio honrosísimo: no tanto por lo que buscó (el mexicano esencial), sino por lo que hizo (valores que van constituyendo a ese mexicano en trance continuo de devenir). Pero en la década de los años cincuenta nuestro medio empezaba a cansarse de estar preguntando siempre por lo propio, lo auténtico de México. Empezaba a sentirse demasiado enrarecido del ambiente. Nos habíamos encerrado demasiado, encerrado en la interrogación misma. El país requería romper ese encerramiento y abrir "puertas al campo". Quizá no fue ésta sino una etapa dentro de un fenómeno de movimiento más amplio en la cultura mexicana. Somos y no somos "occidentales": ni podemos dejar de serlo (por más indigenismos históricos de que queramos agarrarnos), ni podemos llegar a serlo totalmente (y entonces nos avergonzamos de que se nos noten los movimientos de tigre debajo del traje de ca-

Jaime Saldívar





Leonora Carrington

simir inglés). Esto nos lleva, en un vaivén continuo, a justificar alternativamente o nuestra identidad o nuestra diferencia. Así, la cultura mexicana se abre y se cierra alternativamente, a veces satisfecha de sus propias cosas, a veces sintiéndose por el tiempo que ha dejado pasar, y por el retraso que resiente. Ese fenómeno se da en nosotros, necesariamente, con independencia del valor intrínseco de cada uno de los vaivenes del proceso. Es posible que a larga distancia resulte que la escuela mexicana de pintura sea más perdurable que sus sucesoras (no lo sé), pero es indudable que la necesidad de abrirse era un imperativo de este momento de la cultura mexicana; y con ella la necesidad de atacar a todo lo que se identificaba con la cerrazón que se sentía haber padecido. De la misma manera, aunque ahora nos parezca mucho más valioso nuestro arte barroco del siglo XVIII que el neoclásico que le sucedió, parece indudable que la actitud valiente y conveniente entonces era también la de arriesgarse al mundo exterior, aun al precio de quedar, en la comparación, mal parados. La actitud romántica y nacionalista de la segunda mitad del siglo XIX, tan preocupada por lo propio, y la apertura porfiriana ansiosa de, por fin, participar de *la* cultura, son dos etapas más, contradictorias, de este proceso que todavía (hasta donde hoy vemos) cambió de signo dos veces más.

El hecho es que para los pintores que en la década de los años cincuenta empezaban a despuntar en México, la cerrazón de la pintura mexicana —que era para ellos el reflejo evidente de la cerrazón de toda nuestra cultura— era algo indudable. Lo que los pintores sentían era desde luego parte de un sentimiento más general. Octavio Paz habla de que se vivía en un mundo cerrado, y José Luis Cuevas lanzó la expresión acertada y afortunada de que del mundo civilizado nos separaba una “cortina de nopal”. Un fantasma recorría el panorama de los jóvenes de la cultura mexicana: el de la insatisfacción. Por primera vez hubo una conciencia clara y más o menos generalizada de que la escuela mexicana *no* era *la* pintura. Y se dio el grito de la nueva insurgencia. El proceso que llevaría a un cambio fundamental del arte y de la cultura mexicanos se había iniciado.

Varias instancias mágicas ayudaron al cambio: hacia ellas se volvieron los jóvenes.



Héctor Xavier

El Bautista Rufino Tamayo, voz que clamaba en el desierto, por fin tuvo discípulos, y las multitudes de nuevos artistas se arremolinaron para oír su prédica. Madurado en otro ambiente, apoyado en su gran talento, Tamayo había abandonado desde hacía tiempo la escuela mexicana. Había dejado de preguntarse por el ser verdadero y primigenio de México y, torciendo el rumbo, se había preguntado por su propio y personal ser verdadero. Tangencialmente, sin aspavientos ni epopeyas, encontró una respuesta válida a lo que los otros se preguntaban gesticulando. Su pintura mostraba a los jóvenes que había y eran practicables otras rutas que la “nuestra”.

La pintura de Tamayo no era lo que se puede decir pintura de “vanguardia”, ni mucho menos. Él era y sigue siendo, quizá junto con Picasso —sin su versatilidad pero con un esfuerzo más sólidamente equilibrado— el último gran clásico de la pintura del siglo xx. Esto lo confirma su amor incansablemente declarado a la forma, su confianza en la virtud inmaculadamente concebida de la composición, su maestría inaudita, que le permite andar por un cuadro con una seguridad pasmosa. En un buen clásico —y por eso

en oposición a las posturas vanguardistas— Tamayo entiende que la pintura no es actitud, sino acto, no es gesto, sino hecho.

Cuando Tamayo “regresa” a México se le acusa de traidor. Los jóvenes querían estar “al día”, y Tamayo podía enseñarles poco en ese sentido hacia 1950, pero sí podía enseñarles que con empeño y talento era posible escapar al peso aplastante de la escuela mexicana. La aureola de un reconocimiento neoyorkino y parisino le daba una coraza suficiente contra los ataques charros, e iluminaba su figura de un resplandor mágico y cautivante. Estaban ya cerca los tiempos en que no pensar como el Señor Presidente sería ser traidor a la patria: Tamayo, negador de la escuela mexicana, fue quemado en efígie como negador de México. Las defensas locales que de él se hicieron pivoteaban sobre el hecho de asegurar que sí era mexicano; muy poco se dijo entonces que su pintura era pintura, es decir, que era un hecho válido por sí mismo (defensa que hubiera debido ser bastante), sino que se sentía la necesidad de borrar el estigma de infamia, tan pesado todavía, insistiendo en la mexicanidad de su arte. Se dijo que

Alberto Gironella



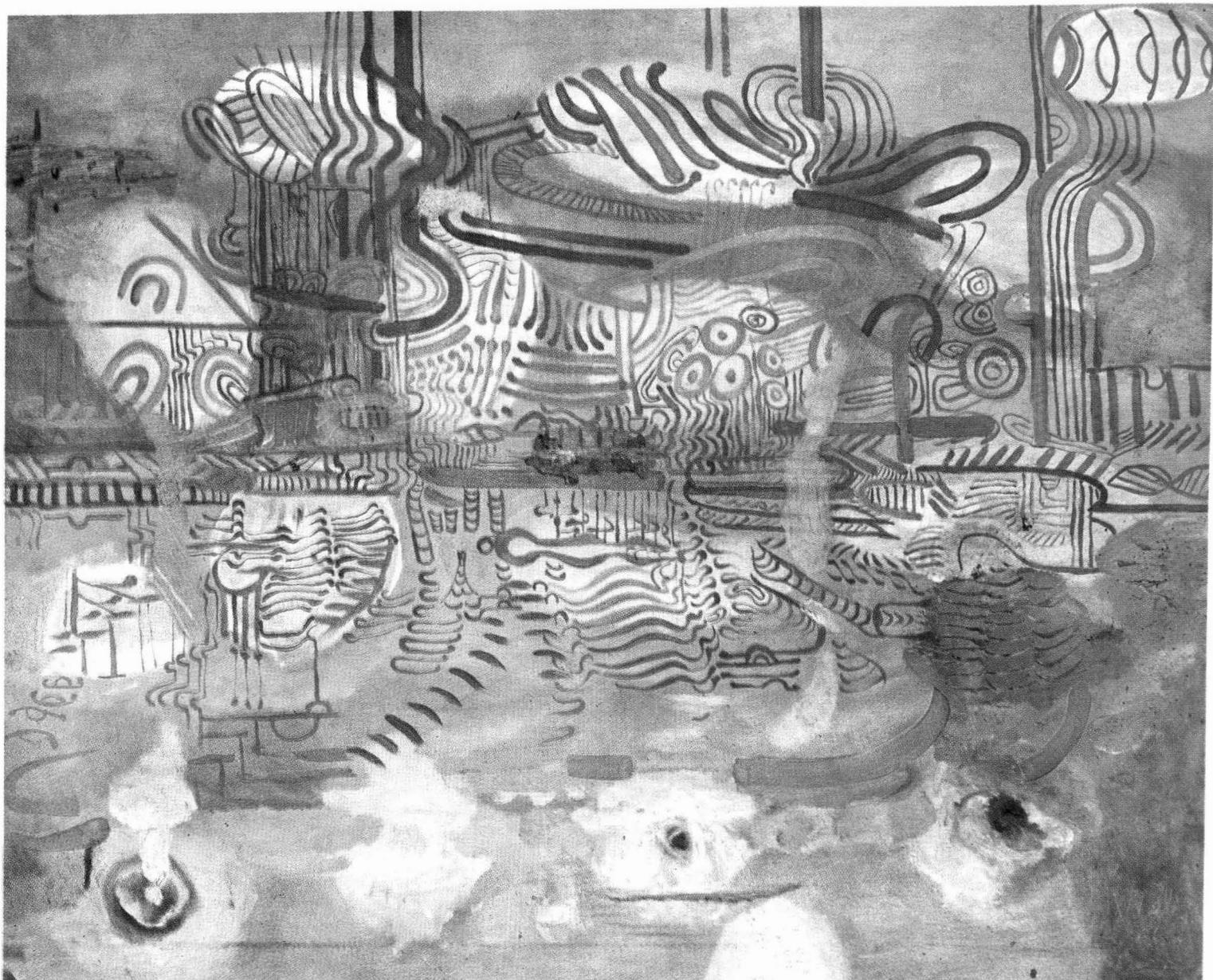


José Luis Cuevas

sus colores eran lo más mexicano que podía encontrarse; si bien esa defensa resultaba ineficaz y pueblerina, señalaba sin embargo —ya no como defensa— un hecho fundamental: que el color es no sólo el puntal de la obra de Tamayo, sino el punto de partida alrededor del cual surge ésta.

Tamayo ha tenido la audacia y el valor constante de aceptar la caducidad de las formas que crea, y de buscar siempre soluciones nuevas. Es el suyo un movimiento lento, pausado, muy a tono con su sentido clasicista, a veces casi imperceptible; cuando acuerda uno ya se trata de otro Tamayo. A veces busca cautelosamente un camino y tiene la hombría y el buen sentido de abandonarlo si le parece necesario. Por eso su obra es una de las más sólidas que puedan encontrarse: pocos como él (por no decir ninguno) ha sido capaz de constituir un estilo; porque nunca ha permanecido estático, pero siempre se ha movido en terrenos que son los suyos —que van siendo los suyos— de modo que la totalidad de su obra hace realmente una unidad, compacta, segura, monumental.

Otro ángel anunciador fue Carlos Mérida, mexicano indudable, al que serlo no quita ni un pelo de guatemalteco. Él había partido de premisas similares a las que movieron el resto de la pintura mexicana, pero, llevado de un espíritu de investigación casi científica, desde temprano se alejó del tono declamatorio del resto de sus compañeros. Nunca se conformó con lo superficial del fenómeno del arte popular, sino que se dio a perseguir con cuidado de alquimista las estructuras moleculares de esas formas y a medir y pesar sus reacciones y combinaciones. Siempre tuvo más presente que otros su contacto con la pintura francesa de las primeras décadas del siglo, y de esa combinación —que si tiene uno algo de conciencia de los hechos no puede llamar ni casual ni curiosa— surgió su pintura de madurez. Mérida no copia la artesanía popular; crea obras personales de artesanía. Como un hombre de ciencia que repite en su laboratorio un fenómeno que se produce espontáneamente en la naturaleza, entiende el funcionamiento de los valores de esa artesanía, los hace conscientes, y los recrea en



Vlady

su taller. Está así en búsqueda siempre de formas muy concretas, que actúan por sí solas sin ningún contexto literario que las enmarque; formas que de tan concretas llegan a hacerse geométricas; preocupado de la individualidad de esos esquemas y de la autosuficiencia de cada cuadro. Pintor objetivista, si los hay.

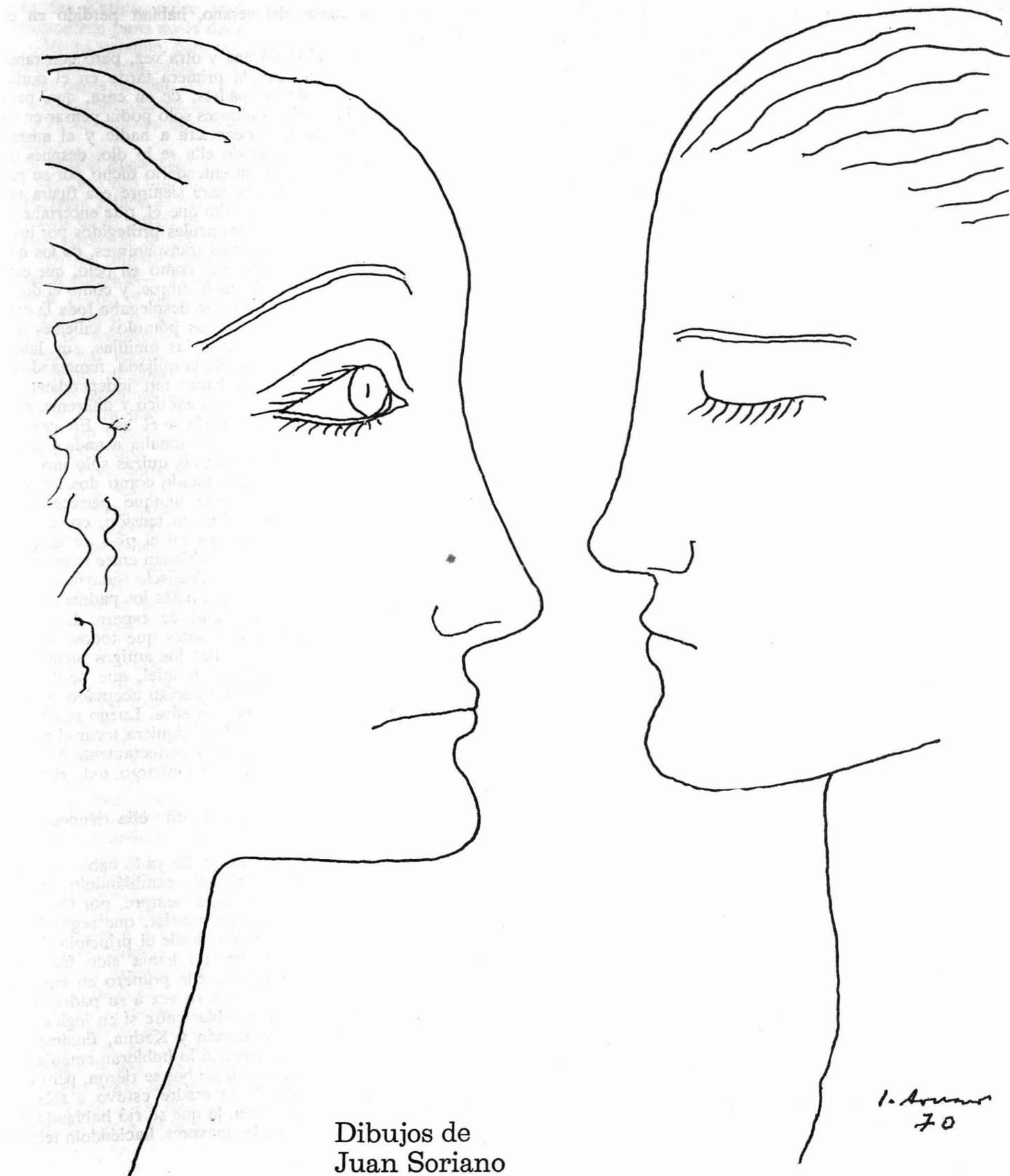
A él, el silencioso, acudieron los jóvenes cuando buscaban salidas. Era, al fin y al cabo, un ejemplo de que en este mismo ambiente que ellos sentían tan poco respirable, simultáneamente al esplendor del muralismo romántico, un pintor podía trabajar en un sentido diverso. Se produjo entonces, por parte de la nueva generación, el redescubrimiento de Mérida. Ahora, pasada la agitación de hace quince o diez años, parece que se le ha vuelto a olvidar. Mérida sigue trabajando. Sigue haciendo lo mismo (aunque no siga pintando igual). Su pintura parece no ser ya un modelo. De hecho no había implicado tampoco una protesta contra el abrumador peso de los "grandes": era, en realidad, la única pintura que, dado su temperamento, podía hacer.

La única que sigue haciendo.

El tercer ejemplo a quienes los benjamines de los años cincuenta podían volverse, y a quien se volvieron, fue el de Juan Soriano. Él se había iniciado, como por fuerza tenía que ser, en la escuela mexicana, pero desde un primer momento estuvo cerca de los que pudieran llamarse heterodoxos de la escuela. Es necesario insistir en que la pintura mexicana, no había sido sólo la mediocridad de los "académicos" pintores menores, ni la genialidad de las mejores obras de los grandes, por más que hacia 1950-60 eso fuera lo que prevaleciera, y esa la impresión que tenían los jóvenes; pero había habido otras personalidades, más o menos marginales, que habían seguido, casi en sordina, caminos diferentes; lo fantástico, muchas veces, había sido el terreno de estos artistas. Soriano se formó primero con uno de ellos, Carlos Orozco Romero, y estuvo vecino de la pintura de gente como Julio Castellanos, o Rodríguez Lozano o el primer Tamayo. Ajeno a la grandilocuencia de la pintura mural, incapaz de realizarla, se re-

Juan
García Ponce

La gaviota



Dibujos de
Juan Soriano

1. Avance
70



Habían estado caminando casi desde el principio de la mañana a la orilla del mar, sobre la estrecha faja de arena firme, humedecida por el suave ir y venir de las pequeñas olas que borraban las huellas de sus pies descalzos al extenderse silenciosas sobre la playa ardiente, como si se hicieran cómplices del, para ellos, inadvertido propósito de no volverse atrás, y desde el principio también, la gaviota los siguió, volando ligeramente a su espalda, sin adelantarlos nunca, hasta ser ya la única presencia viva que podía ser testigo de su doble figura solitaria, unida en su separación y semejante en su diferencia. Alrededor de ella, de la doble figura apenas adolescente, el muchacho con los blancos pantalones de dril enrollados desigualmente y la camisa blanca también amarrada a la cintura desde que el sol empezó a picarle en la espalda, con la escopeta colgando del hombro izquierdo y su mano tocando cada cierto tiempo el lustroso mango, y la muchacha con sus ajustados shorts azul pálido dejando libres sus largas piernas doradas y la delgada blusa sin mangas mostrando el no menos hermoso dibujo de sus brazos, no había espacio, sino, sobre el delicado murmullo del mar, sólo luz, una luz única, intangible, bajo la que desaparecían los colores y las formas. El mar no era más que el espejo sobre el que brillaba de pronto, en la cresta de alguna suave ondulación, el vacío luminoso del cielo y su tenue movimiento se perdía sin ninguna transición en el brillo ardiente de la arena limitada en el lado contrario por la franja incolora también de los arbustos, que no parecían pertenecer ni al agua ni a la tierra y detrás de los cuales no se extendía más que el vacío luminoso del cielo. Ellos habían empezado a alejarse de las casas que bordeaban la costa sin saber por qué, para moverse simplemente, para afirmar la soledad en que habían vuelto a encontrarse, y ahora el mundo entero parecía haberse alejado; pero no estaban solos; en medio de la radiante luminosidad, el vuelo de la gaviota hacía tangible la ingrátida textura del aire, como si su blancura deslizante negara la otra realidad de lo blanco, presente a pesar de que ninguno de los dos se había vuelto en ningún momento a mirarla y ella no los había adelantado nunca, como si sólo escoltara la ignorancia del motivo de los movimientos de ellos.

El verano había terminado ya. Un fin que no traía consigo el principio de nada; pero, igual que el segundo día, de entre las casas deshabitadas ella había salido muy temprano por la mañana y fue a sentarse junto a él, que miraba el mar incoloro con las piernas encogidas, los brazos alrededor de ellas y la escopeta en la espalda. Después empezaron a caminar. Cuando se puso de pie, él le había tomado la mano para ayudarla a incorporarse y durante los primeros pasos se quedó con ella en la suya. Su mano delgada que, el primer día, sintiera frágil como si pudiese quebrarla, hacerla desaparecer con el mero poder de una ligera presión, al tomarla para despedirse de ella, de noche ya, después de que habían vagabundado por la orilla del mar y entre las casas solitarias.

—¡Mira las estrellas! —había dicho ella entonces en su perfecto español, pero con un acento diferente al de él, cuya disimilitud les hiciera reír al principio, y al levantar la cabeza, siguiendo el movimiento del interminable cuello de ella, a él le pareció que hasta entonces nunca había visto el cielo ni la noche. Y sin embargo, desde entonces ya, estaba lleno de recuerdos anteriores a ella, recuerdos solitarios, que su aparición y la tensión que siguió, después de tres días deslumbrantes,

durante los largos meses del verano, habían perdido en el olvido.

Durante esos meses él sintió una y otra vez, pero con rabia ahora, que todo era igual que la primera tarde en el portal junto al mar de la casa de sus padres, de su casa, que, para colmo, era también la de ella. Entonces sólo podía pensar en su nombre, como si éste no le perteneciera a nadie y al mismo tiempo fuese todo. Katina. Cuando ella se lo dio, después de que él había creído escucharlo sin entenderlo dicho por su padre, las tres sílabas representaron para siempre esa figura tan delgada como la suya y no menos alta que él, que encerraba su piel ligeramente dorada ya, sus ojos azules protegidos por unos párpados increíblemente frágiles, casi transparentes, de los que salían las pestañas tan largas y negras como su pelo, que caía partido en dos a ambos lados de sus hombros, y como el doble arco de sus cejas, alrededor del cual se desplegaba toda la cara con su frente larga, su nariz recta, sus pómulos salientes que hacían parecer ligeramente hundidas las mejillas, sus labios delgados y pálidos y el firme trazo de la quijada, rematando en la barbilla redonda, que lograba hacer tan independiente el largo cuello curvado. Todo en ella era exótico y diferente, pero él sabía que ella también debía verlo a él así. En cambio, cuando se lo dijo a ella, su nombre no sonaba a nada y le dio vergüenza. Luis. Una sola sílaba y detrás quizás sólo una furia inexplicable. Hasta entonces habían estado como dos lobeznos inquietos que se vigilan mutuamente aunque pertenezcan a la misma manada, con los músculos en tensión, conteniendo apenas el impulso de saltar, sentados en el piso de mosaico, cada uno al lado de sus padres, que hablaban entre sí en inglés, un idioma que, sin que ellos pudieran decirselo todavía, ninguno de los dos sabía, y eran tan bellos que hasta los padres tuvieron que reparar finalmente en su actitud de espera. Los de él habían venido a la casa de verano antes que todos, precisamente para esperar allí a los de ella: los amigos alemanes a los que conocieran durante su luna de miel, que desde hacía dos años vivían en la capital y ahora habían aceptado su entusiasta invitación a pasar el verano con ellos. Luego resultó que aunque los padres no habían logrado ni siquiera tocar el español en esos dos años, Katina lo dominaba perfectamente a los tres meses de ir a una escuela en la que, sin embargo, todo el mundo le hablaba en alemán.

—Tu nombre significa Ludwig —le dijo ella riéndose cuando lo supo.

Eran dos sílabas, pero al anochecer ella ya lo había regresado a la única inevitable sílaba original, cambiándolo primero por Lud y luego, definitivamente, para siempre, por Dwig, una palabra que él ni siquiera podía pronunciar, que según Katina no era alemán ni nada y por tanto, desde el principio, le perteneció sólo a ella. Sin embargo, no había sido fácil acercarse. El padre de Luis le habló a ella primero en inglés; en vez de contestarle Katina le habló a su vez a su padre en alemán; los dos padres volvieron a hablar entre sí en inglés; luego la madre de ella le habló en alemán y Katina, finalmente, a Luis en español. Él se asustó como si lo hubieran empujado de pronto a un abismo y los padres de ambos se rieron, pero cuando, siguiendo la sugerencia de su madre estuvo a solas con Katina sobre la arena de la playa, la que se rió hablando de la idiotéz —“¿se dice así?”— de los mayores, haciéndolo reír tam-



bién, fue Katina, quien explicó enseguida que Katina era un sobrenombre pero no le daría nunca su verdadero nombre.

—No es horrible, pero no me gusta —explicó, volviendo un instante la cabeza hacia la casa y clavando luego los ojos en él.

Luis había vencido el susto inicial, pero ahora estaba turbado.

—No tengo muchas amigas —dijo—. Aquí . . .

—Ya lo sé —lo interrumpió ella y se quedó callada, esperando.

Él sonrió, encantado de pronto.

—Tal vez eso sea bueno ¿verdad? —dijo luego.

Enfrente estaba el mar y a su alrededor todo era conocido. Sentados en el portal los padres de ambos se veían muy lejos. Katina siguió la mirada de él.

—Yo los quiero mucho a ellos —dijo como para corregir la burla anterior—. ¿Tú también a los tuyos?

—Sí —dijo él sin vergüenza.

—Está bien —dijo Katina, dando todo lo que había que saber por terminado—; ¿qué hacemos ahora?

Desde ese momento, durante los tres días siguientes, Luis trató de ser el guía. El mar estaba ligeramente revuelto aún y las olas manchadas de algas rompían con más fuerza sobre la arena en la que se secaban las mismas algas. Primero caminaron sin rumbo por la playa. Ella mirando hacia el mar; él hacia las casas, venciendo la tentación de decirle quién vendría a vivir en unos pocos días a cada una de ellas, consciente de que para Katina los puros nombres no podían significar nada. La fuerte brisa que soplaba desde el mar hacia la tierra ceñía el delgado vestido de algodón de ella contra sus piernas y cuando, sin avisarle a él, se sentó de pronto sobre la arena para descalzarse, la falda resbalando sobre sus muslos los dejó descubiertos por completo. De pie a su lado, él tuvo que hacer que su vista se perdiera en el largo muelle que se extendía hasta muy adentro en el mar, más allá, en el puerto.

—Tal vez haya algún barco alemán en el muelle, mira —dijo cuando volvió la vista hacia ella.

—No me importa —contestó Katina encogiendo los hombros—. Yo no tengo nostalgia.

Se puso de pie y levantándose la falda con las manos fue adentrándose en el mar hasta llegar casi al lugar donde rompían las olas. La brisa revolvió su negro cabello, echándose sobre la cara.

—Está tibia —dijo casi con sorpresa, volviéndose hacia Luis, que se había quedado sentado junto a las sandalias de ella como si tuviera que vigilarlas.

—Ya lo sé —contestó él, con un tono de conocimiento, ligeramente despreciativo tal vez.

—¿No vienes? —insistió ella.

—No, aquí te espero —dijo él y pensó que apenas ella saliera la llevaría tierra adentro, hacia los cocotales, más allá de las casas, donde podría sorprenderla con su facilidad para trepar por los lisos troncos anillados.

Durante la cena, en efecto, Katina les contó entusiasmada a sus padres cómo se subía Luis a las palmas y él supo que lo estaba haciendo porque se volvía a mirarlo una y otra vez, aunque apenas podía distinguir su nombre entre la música de las vocales largas y cortas que parecían formar una sola palabra; pero luego los que hablaron fueron los mayores y ellos sólo se veían a los ojos sonriendo apenas entre bocado y bocado, cada uno a un lado de la mesa.

Al terminar, todos salieron de nuevo al portal, donde la brisa soplaba casi con furia y mientras los padres se balanceaban en sus mecedoras hablando entre cortos silencios, Luis y Katina se sentaron en los escalones que desembocaban directamente a la arena, muy cerca uno del otro, mirando hacia el mar que, perdido en la oscuridad, era un puro, continuo rumor.

—¿De qué parte de Alemania eres? —le había preguntado Luis entonces, aunque sus padres se lo habían dicho ya y ella contestó:

—De München —con una pronunciación que hizo sonar la palabra diferente y convirtió para Luis a la ciudad en otro lugar del que había imaginado.

Después el que habló fue él, de sus primos y amigos y de las visitas a la antigua hacienda de sus abuelos, hasta que de pronto Katina se estiró extendiendo los brazos y bostezó largamente, rematando el bostezo con un profundo suspiro.

—Katina está cansada —dijo la madre de Luis, haciendo que él pensara con temor que habían estado atentos a ellos todo el tiempo y escuchando por tanto algunas de sus exageraciones, que casi se convertían en mentiras; pero la madre se limitó a decirle algo en inglés a la de Katina y luego le dijo a él que la acompañara a su cuarto y si quería se acostara ya él también.

Katina besó a sus padres y a los de Luis al dar las buenas noches y él se sintió obligado a hacer lo mismo, terminando con su padre que le dio una casi ruda palmada en la mejilla después, lleno de orgullo.

Subieron las escaleras juntos y Luis se detuvo indeciso en la puerta del cuarto destinado a Katina y que antes fuera siempre el de su abuela. Katina volvió a bostezar y los ojos azules se le llenaron de lágrimas, brillando más aún.

—Bueno . . . —dijo Luis.

—No, entra —dijo ella, abriendo la puerta.

Sobre la cama estaba su maleta. Katina se dirigió directamente hacia ella y empezó a sacar cosas, dejándolas en desorden por todos lados, mientras Luis esperaba cerca de la puerta todavía, admirándola. Luego ella se detuvo de pronto y miró hacia la ventana.

—Se oye el mar —dijo sinceramente sorprendida.

—Claro —contestó Luis con orgullo. Abrió la ventana y el rumor entró al cuarto con mayor claridad.

—¿Dwig, qué maravilla! —dijo ella con los profundos ojos azules abiertos a la sorpresa y la felicidad—. ¡Me gusta todo, todo me gusta!

A él le pareció que su comentario sonaba a persona mayor y sintió vergüenza, pero ella caminaba ya hacia la ventana y saltando fácilmente por ella salió a la terraza. Él la siguió y fue entonces cuando Katina le había dicho que mirara las estrellas y después de quedarse callada un momento le tendió la mano delgada, tan delgada, le dio las buenas noches y entró de nuevo a su cuarto por la ventana. Instintivamente, Luis se dirigió también al suyo y en la cama, a oscuras ya, para él empezó a existir sólo el presente, sin anticipación del futuro ni una mucho más imposible mirada hacia atrás, hacia donde todavía no estaba Katina.

Una de las tardes, la segunda de sus tres primeros días solitarios mientras los padres de los dos dormían la siesta, Luis se metió forzando la puerta trasera a la casa de uno de sus tíos donde recordaba haber visto un gran atlas y echados en la

terrazza superior de su casa, en los mosaicos sobre los que las paredes arrojaban sombra, él y Katina lo repasaron, gracias a la insistencia casi necia de él, para comprobar juntos la distancia que separaba la ciudad de ella de la suya; pero a Katina no le interesaban los mapas ni las comprobaciones. Nadaba por lo menos tan bien como él y con igual resistencia, pero Luis esquiaba mejor y ella desistía de volver a intentar la salida apenas fracasaba alguna vez. La primera mañana, al bajar, medio soñoliento todavía, en shorts y sin camisa, para desayunar, él la encontró, sentada a la mesa en traje de baño ya y cuando ella, terminado el desayuno, se puso de pie, su cuerpo delgado, cubierto apenas por un pequeño bikini rojo, era tan bello que él ni siquiera se dio cuenta de hasta qué punto lo estaba contemplando, sin poder imaginar ya que tenía que terminar su café con leche, pensando sólo en subir a ponerse el traje de baño y salir con ella a la playa.

Lo esperó en el portal, sentada en una de las mecedoras, sin balancearse, con las largas piernas de rodillas ligeramente salientes todavía estiradas en línea recta hacia adelante y un pie sobre el otro, mordisqueando una galleta con mermelada y con los rojos tirantes de la parte superior del bikini sueltos, cayendo sobre su estómago liso como un espejo y apenas él apareció en el portal, dejó la galleta sobre el brazo de la mecedora, sin fijarse en que el brusco movimiento con que se levantó la hizo caer al suelo, y corrió por la playa hacia el mar, atándose los tirantes alrededor del cuello al mismo tiempo, envuelta por la luz fija, sin contrastes, de la mañana, como si su figura naciera de ella o fuera parte de ella, desplazándose en un vacío que la recogía sin ninguna resistencia. Él la siguió instintivamente, corriendo también y llegaron casi al mismo tiempo a la orilla del mar, al que ella entró, seguida igualmente por Luis, casi sin detenerse, perdiéndose bajo el agua, un tanto revuelta todavía, unos metros más adelante del lugar donde las olas al romper le habían hecho levantar los brazos un instante para protegerse de las salpicaduras. Al perderla bajo el agua, Luis empezó a nadar sin sumergir la cabeza, alejándose despacio de la orilla y un poco después vio reaparecer no muy lejos su cabellera negra y seguir nadando mar adentro. La alcanzó y avanzó a su lado hasta que ella se detuvo donde ninguno de los dos tocaban fondo ya. Ella se apartó el pelo de la cara, abrió los ojos azules en cuyas pestañas brillaban las gotas de agua y le sonrió como si estuviera segura de que iba a encontrarlo a su lado.

—Es tan raro que el agua esté caliente —dijo con el aliento ligeramente entrecortado, mientras su mano delgada repetía el gesto de apartarse el pelo—. Me quedaría aquí todo el tiempo.

Luis la miró con la respiración un tanto alterada también, viendo cómo el mar hacía subir y bajar con un suave ritmo el cuerpo de ella de la misma manera que el suyo.

—Tu pelo. . . —dijo.

—¿Qué tiene? —preguntó ella.

—No sé. . . Es como. . . , como el marco de un retrato.

Katina lo miró a los ojos maliciosamente.

—Algún día voy a cortármelo —dijo luego muy seria, repitiendo una vez más el gesto de echarlo hacia atrás y sonriéndole después.

Nunca, pensó Luis, nunca, como cuando ella le comentó que jamás le daría su nombre; pero ya no dijo nada más, sino

que los dos se quedaron uno cerca del otro, balanceados libremente por el mar, unidos y separados por él, hasta que Katina sin avisar, como si de pronto estuviera perdida en sí misma, empezó a nadar siguiendo la línea de la playa y él dudó un momento antes de decidirse a seguirla.

No salieron del agua hasta que los padres de los dos aparecieron en la playa, plantando una enorme sombrilla verde y azul en la arena y Katina se acostó poniendo la cabeza sobre el estómago de su padre, que tomaba el sol con los ojos cerrados fuera de la sombra protectora de la sombrilla y dio un respingo al sentir el contacto con el pelo mojado. El padre de Luis se rió mientras él se quedaba de pie a una prudente distancia y luego Katina le dijo algo a su padre, que Luis no pudo entender por supuesto, mostrándole sus manos arrugadas por el largo tiempo que había estado en el agua.

La madre de Luis le advirtió a Katina, hablando muy despacio, como si a ella le fuera a costar trabajo entenderla, que tuviera cuidado con el sol y Luis, sonriendo por dentro ante la innecesaria precaución de su madre al hablar, pensó que el sol nunca le haría nada a ella, sin darse cuenta de que para él eso no era posible porque Katina era parte de la luz, era la luz misma, sin ningún límite, encarnada en su persona más allá de todo espacio, aparte de toda contingencia; pero cuando el padre de él sugirió dar un paseo para que los invitados conocieran la costa y le pidió que lo acompañara a buscar la lancha, que con la ayuda de los pescadores del pueblo habían echado al mar la mañana anterior y ahora subía y bajaba con el ritmo de las olas un tanto mar adentro, tanto Katina como sus padres y la madre de él se pusieron blusas para protegerse y Katina y su madre unos sombreros de copa en punta y ala ancha echada hacia abajo de los que el de Katina tenía una cinta azul, que ella se ató cuidadosamente bajo la barbilla, haciéndose sombra además con el brazo y mirando la raya blanca de la costa que se dibujaba a lo lejos, de tal modo que cada vez que él, sentado en el extremo de la proa se volvía a mirarla, mientras la espuma levantada por la lancha salpicaba su cuerpo, la mitad superior del rostro de ella quedaba en sombras y él no podía saber si ella lo estaba mirando también.

Luego nadaron alrededor de la lancha lejos de la orilla, en las verdes aguas profundas, un buen rato y Katina sólo pareció



ocuparse de su padre y de ganar la atención del de Luis, pero en un momento en que él estaba descansando con los brazos apoyados en la borda de la lancha y la cabeza sobre ellos, sintió que alguien le tiraba de los pies por debajo del agua y un instante después la cabeza de Katina, quitándose los pelos de la cara, apareció sonriéndole en la borda contraria y luego, al día siguiente, cuando intentaron esquiar, toda su atención estuvo dedicada a él. Para entonces, la tarde anterior, mientras los mayores dormían la siesta, ellos habían ido caminando por la carretera a la que daba la parte posterior de toda la larga hilera de casas de verano hasta el puerto. Katina, que salió descalza a pesar de la advertencia de él, había regresado por unas sandalias apenas tocó el caliente pavimento de la carretera, pero por lo demás sólo traía puestos unos shorts blancos y un sostén amarillo tan pequeño como el de su bikini y él, fascinado, ni siquiera pensó en decirle que nadie iba así al puerto, sintiendo en el fondo que ella era intocable y tenía todos los derechos.

Primero fueron hasta el extremo del largo muelle, donde no había ningún barco alemán, pero sí dos noruegos, uno turco y un pequeño guardacostas mexicano. Katina le gritó algo en alemán al oficial impecablemente vestido de blanco de uno de los barcos noruegos, quien los miraba desde la cabina de mando y éste, sorprendido, contestó en seguida con gran entusiasmo y luego bajó por ellos y los hizo subir al barco, donde siguió hablando con Katina, sonriendo continuamente, mientras les enseñaba las distintas partes de él, de acuerdo, pensó Luis, con las preguntas de Katina, que sin dejar de hablar con el oficial se volvía continuamente a sonreírle a Luis y en un momento en que su guía le dio la espalda se encogió de hombros despreciativamente y le sacó la lengua. Luego, cuando los dos estaban de nuevo en el muelle, mientras agitaba la mano diciéndole adiós al sonriente oficial, comentó para Luis:

—Es un tonto y cree que nosotros también. Pobre.

Luis se sintió pagado del largo silencio que había tenido que guardar y, seguro de sí mismo otra vez, caminó junto a ella, consciente de que el oficial los estaba mirando desde la soledad de su barco, hasta el lado contrario del muelle, donde Katina se puso a hablar de nuevo, pero en español esta vez, con uno de los marineros, sudado y con el moreno torso desnudo, que pintaba, sentado en un tablón que colgaba sobre el mar, la quilla del barco mexicano. Las explicaciones de éste sobre el funcionamiento del pequeño cañón que se encontraba en la proa eran bastante confusas y Katina desistió del intento de conversación en seguida.

Mientras caminaban de regreso por el largo muelle, la blanca hilera de las casas de veraneo, bajo la deslumbrante luz del sol de la tarde, se veía cerca y lejos al mismo tiempo, como si estuviera en otro espacio al que fuera imposible llegar desde el muelle, y Luis sintió de pronto que, a diferencia de él, Katina no era parte de ellas, pero tampoco pertenecía a ningún otro lado, estaba allí simplemente, caminando junto a él, con el pelo revuelto por el viento, apartándose una y otra vez de la cara, y tal vez en cualquier momento, precisamente por que su presencia era tan absoluta que no podía pensar más que en su cercanía, sin ni siquiera ser consciente de ella, sino tan sólo gozándola como una parte de sí mismo, extraña a él, pero que, de algún modo, siempre había tenido, siempre lo había

acompañado, sin que, por supuesto, pudiera advertirlo más que en el instante en que, sin esperarlo para nada, se había hecho real, podía desaparecer igualmente. Esa realidad todopoderosa e intangible, le dio un nuevo carácter a los portales de la pequeña zona comercial del puerto, en los que se multiplicaban todo tipo de tiendas umbrosas que dejaban escapar los más variados olores y entre cuyos objetos heterogéneos Katina curioseó interminablemente, repasándolos todos hasta que, tal como Luis había planeado, se sentaron ante una de las mesas con cubiertas de mármol de la nevería a tomar un refresco; pero ella sólo le dio unos cuantos sorbos al suyo y se levantó en seguida a ver la serie de postales exhibidas cerca de ellos y en las que se reproducían lugares de la playa y el puerto tomados desde tales ángulos e iluminados con colores tan inesperados que resultaban irreconocibles.

—¿A quién se las vas a mandar? —preguntó Luis con un vago temor, irreconocible también para él mismo, cuando ella regresó a su lugar con un abultado número de postales.

—A nadie —contestó Katina—. Son para mí.

Le dio unos sorbos más a su refresco y antes de levantarse de nuevo agregó:

—Quiero que me compres uno de esos peines enormes que estaban en la otra tienda.

—Son de carey —explicó Luis y cuando lo hubo comprado, ella se lo metió entre el short y la piel, dejando salir una parte de él como si fuera el mango de un cuchillo, sin intentar probarlo, tal como a Luis le hubiera gustado verla hacer, en su negro cabello.

Por la noche, después de que Katina y él habían vuelto a nadar bajo la mirada de sus padres que conversaban sentados en el portal, Katina bajó a cenar con el mismo short blanco y el sostén amarillo, y al terminar la cena, cuando los padres se sentaron a jugar bridge, ella le pidió que salieran a dar una vuelta de nuevo.

—Vamos al cementerio —propuso Luis una vez que estuvieron fuera de la casa.

—No, ¿para qué? —respondió Katina sorprendida—. Me daría miedo.

—Para nada —insistió Luis—. No es un cementerio como todos los demás, está aquí junto y ya no se usa; desde hace mucho. Pero a veces hay fuegos fatuos. Yo los he visto.

—¿Qué es eso? —preguntó Katina.

—Ya lo verás, digo, si tenemos suerte. Ven —contestó Luis excitado.

Ella se dejó guiar sin ningún convencimiento. El cementerio se veía simplemente como un terreno baldío entre unas de las casas de veraneo y un grupo de chozas de paja en la parte posterior de la carretera, pero tenía un enorme almendro en uno de sus lados. Los dos se detuvieron un momento ante la maltrecha reja de tiras de madera que cerraba simbólicamente el terreno cercado por una triple hilera de alambre de púas. Bajo la sombra del almendro, que acentuaba la oscuridad, era casi imposible distinguir el contorno de las tumbas.

—No parece un cementerio —dijo Katina más confiada.

—Ven . . . —dijo Luis y la guió hacia adentro, aunque ahora él también tenía un ligero temor y había hecho el comentario en voz baja.

La arena cubría las estrechas veredas y aun parte de las

lápidas de tal manera que, si no fuese por algunas descuidadas cruces que sobresalían al adentrarse un poco en el terreno, se tendría la sensación de caminar por la playa. Katina y Luis se dirigieron hacia el almendro, cuya vasta copa era como un punto de referencia. Arriba, el cielo cubierto de estrellas se extendía infinito, no como una bóveda, sino como una apertura sin límites en la que se perdía toda posibilidad de más allá. El olor del mar llegaba hasta ellos, vivo y penetrante, junto con su sostenido murmullo, que cambiaba de ritmo de acuerdo con el movimiento de las olas. Sin embargo, los dos, juntos, al mismo tiempo, tenían la sensación de que se habían alejado de todo inesperadamente, sin pensarlo y esa acción los acercaba hasta convertirlos en una sola persona, de tal modo que uno dependía del otro para sentirse a sí mismo. Bajo la sombra del almendro, el pelo negro de Katina se confundía con la noche. Su mano delgada buscó la de Luis, que sintió el contacto de sus dedos en la palma, pero ella no llegó a completar el movimiento, sino que se mantuvo aparte, como si de pronto ese contacto con él, desde su unión, fuera innecesario.

—Dime qué es eso de los fuegos fatuos —volvió a preguntarle Katina.

—Son unas llamas que salen sobre las tumbas, como si hubiera una vela. Dicen que es por el fósforo —le explicó él esta vez.

—¿De veras? —dijo ella excitada, con un súbito interés en el que no había ninguna sombra de temor—. ¿Tú los has visto?

—Claro —dijo Luis—. Sólo se necesita que haya bastante sequedad en el ambiente.

Pero, en verdad, él sólo había oído hablar de ellos a algunos de sus primos mayores y en una ocasión había esperado allí mismo inútilmente que aparecieran con uno de sus amigos, conteniendo las ganas de irse sin que ninguno de los dos se atreviera a confesarlo, y en los años anteriores la tentación de ir al cementerio pendía sobre casi todo el grupo de muchachos de su edad a lo largo de los dos meses de luz y de mar que formaban las vacaciones sin que el proyecto llegara a realizarse casi nunca, aunque muchos aseguraban haber sido testigos de la aparición de los fuegos. Sin embargo, esta vez, una pequeña llama empezó a moverse sobre una de las tumbas, como si saliera de la lápida, pero a unos cuantos centímetros sobre ella, y casi al mismo tiempo, más lejos, aparecieron otras dos. Su pequeño fulgor pareció cubrir toda la oscuridad de la noche. Luis y Katina se quedaron inmóviles un largo tiempo, con la vista fija en ellas, como si los tímidos resplandores en movimiento, a punto de desaparecer todo el tiempo, fueran astros resplandecientes que sólo su atención mantuviera vivos.

—¡Vamos hacia ellos! —dijo al fin Luis excitado—. Dicen que te siguen.

—No, espera —contestó Katina, deteniéndolo con el brazo, demasiado asombrada para advertir que él había descubierto su mentira anterior mostrando que era la primera vez que veía los fuegos también, y luego agregó en voz muy baja: —Es muy bonito . . .

Luis se dio cuenta entonces de que ninguno de los dos tenía miedo. Los tímidos fuegos nacidos de la muerte eran en verdad una forma de vida que su voluntad parecía haber hecho

aparecer y que se unían naturalmente al rumor de la noche creado por el mar y repetían desde su pequeñez el lejano titilar de las estrellas en el cielo abierto. En su asombro, Katina parecía más inocente y niña que nunca y él le pasó instintivamente el brazo por los hombros desnudos, acercándola hacia sí, de tal modo que ella se quedó apoyada contra su pecho, sin mirarlo y sin que él tuviera tampoco plena conciencia de su secreta cercanía y de la dulzura del ligero peso de su cuerpo contra el suyo.

Luego, la llama que se movía apenas sobre la tumba más cercana desapareció en la oscuridad tan súbitamente como se había mostrado y en seguida la más lejana se perdió también; pero la última se mantuvo todavía e incluso pasó de pronto de una tumba a otra, como si brincara, y durante un instante ellos sintieron al mismo tiempo, sin tener que decírselo, que se acercaría a su doble figura, que se unió más aún bajo la protectora copa del almendro; sin embargo, después de ese intento de movimiento, el último fuego se hundió también en la oscuridad. Luis y Katina se quedaron todavía un largo momento en silencio, sin moverse, pero sin saber tampoco lo que esperaban, hasta que ella volvió la cara hacia Luis, buscando su mirada en la noche y dijo:

—¡Qué lástima! Duró muy poco.

Sobre sus palabras, el murmullo del mar llegó con una inesperada fuerza hasta ellos y los dos comprendieron que era inútil seguir esperando. Luis retiró el brazo de los hombros de ella y caminaron hacia la salida en silencio. Sólo cuando estuvieron de nuevo en la carretera Katina comentó:

—No se me va a olvidar nunca, Dwig. Yo no sabía que pasaran cosas así. Me encanta estar contigo.

Y al principio su voz tenía un acento grave, pero la última frase encerraba ya la excitada alegría de siempre.

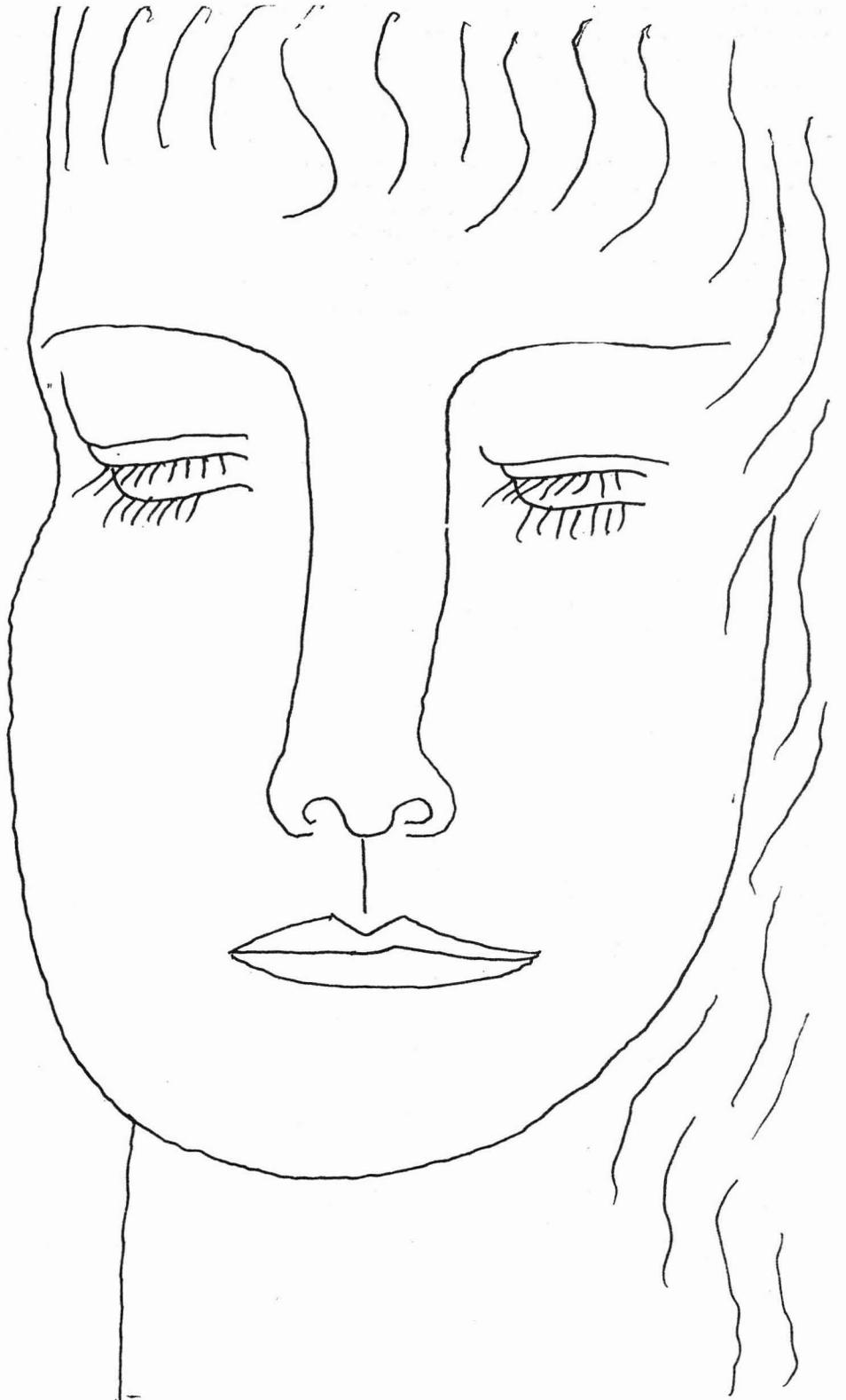
Regresaron corriendo por la orilla del mar, a pesar de que la arena suelta hacía muy pesada la carrera, y al entrar con el aliento entrecortado a la casa, la madre de Luis apartó un instante la atención del juego para preguntarles de dónde venían, pero antes de que terminara, Katina ya estaba hablando excitada con sus padres en alemán, sin detenerse para nada a pesar de su aliento entrecortado y hubo que esperar a que terminara lo que a Luis le pareció una sola, larga, dura y de pronto dulce palabra, para que el padre de ella, después de contestarle, se dirigiera a los padres de Luis en inglés y el padre de él le preguntara de dónde había sacado la idea de ir al cementerio.

—Siempre voy —dijo Luis, turbado.

—¡Mentiroso! —dijo la madre sonriendo; pero Katina seguía mirándolo con una admiración que hizo que su padre la atrajera hacia sí y le dijera al oído algo que provocó que ella lo empujara violentamente.

Luego los mandaron a dormir y la madre de Katina subió con ella hasta su cuarto, pero Luis la tuvo todavía para él toda la mañana siguiente. Katina apareció con un traje de baño tan pequeño como el rojo pero azul esta vez, cuando él había terminado de desayunar ya y llevaba un tiempo interminable esperándola, en traje de baño también. Ella tomó su desayuno sin sentarse casi, ansiosa por salir, sin que Luis pudiera apartar los ojos de su figura delgada, con la piel ligeramente enrojecida por el sol, poniéndose de pie una y otra vez en un continuo intento frustrado por el hambre de apartarse de la

1. Avant
70-



mesa, pasando los enormes mordiscos que le daba al pan con la ayuda del café con leche, y apenas estuvieron en la playa le pidió que fueran de nuevo al cementerio.

—De día no importa —dijo Luis.

Pero ella insistió y fueron hasta él, aunque, en efecto, bajo la fija luz del sol se veía sólo como un terreno baldío, semicubierto por la arena, con unas cuantas cruces descoloridas y lo único que llamaba la atención era la umbrosa belleza verdeante de la ancha copa escalonada del almendro, plantada a un lado como un único monumento vivo, así que Katina se apartó de él y se volvió hacia el mar, que había amanecido más tranquilo y mucho más transparente que el día anterior, como si hubiera olvidado por completo la experiencia de la noche y ya sólo deseara afirmarse bajo la realidad inmóvil de la ardiente luz del día.

Por la tarde, empezaron a llegar los demás. Eran todos aquellos con los que Luis había compartido sus veranos hasta entonces y entre los que se dividían sus recuerdos, pero ahora su presencia resultaba una invasión perturbadora y molesta del puro instante sin espacio ni tiempo en que se habían convertido los días en compañía de Katina. Los extraños eran ellos, sus amigos y primas y las amigas de sus primas y sus propios primos, todos los que entraban y salían de una y otra casa, incluso la suya, como si éstas fueran una prolongación de la playa y les pertenecieran por igual, de tal modo que en el pueblo entero se perdía cualquier posible intimidad en nombre de un estado de ánimo colectivo que pertenecía, desde mucho antes de que Luis empezara a participar conscientemente de él, al verano y configuraba su especial carácter. Desde la terraza de su casa, echado con Katina en el triángulo de sombra que proyectaba la pared sobre los mosaicos y que los dos habían escogido como su lugar propio desde la tarde en que, ante la indiferencia de Katina, Luis viera con ella el atlas en el que era tan fácil unir sus pasados, los dos vieron ya a los primeros conocidos de él que lo llamaban desde la playa, pidiéndole a gritos que bajara a unírseles.

—¿Quiénes son? —había preguntado Katina.

—Unos amigos —contestó vagamente Luis, consciente ya de que muy pronto sería imposible evitarlos y dándose cuenta, sin poder imaginar la casi continua e insatisfecha irritación que le esperaba, que quería conservar sólo para sí a Katina.

Y ella se guardó para él, pero de una manera que, a pesar de que muchas veces era evidente y Katina trataba de subrayar más aún, él no podía aceptar, incapaz de sentir que le bastaba después de los primeros días de soledad, porque lo que había cambiado era la naturaleza misma de su relación, dejando de ser natural para exigir una intencionalidad que, para la desesperación de Luis, cuando más profundamente nacía de la voluntad de ella de hacerle ver que estaba todavía con él de la misma manera que al principio, sólo parecía subrayar la coquetería que la hacía también tan atractiva para los demás. Y sin darse cuenta de que lo que él buscaba y deseaba y necesitaba, no era que Katina mostrara que lo prefería o aún que era suya, sino que estuviese tan sola y libre como los primeros días, fuera tan dueña de sí misma como lo eran el mar y la playa y las palmeras o el perdido cementerio al que no regresaron.

Era una transformación lenta, pero inevitable y por esto mismo más dolorosa. La noche misma en que las casas de

junto empezaron a estar iluminadas también, sus padres y los de Katina cenaron con unos tíos de Luis y junto con ellos vinieron las dos primas de él. Más que a los muchachos o por lo menos tanto como a algunos de ellos, Katina despertaba la curiosidad y el interés de las muchachas, que se disputaban su compañía y hacían más difícil que Luis estuviera cerca, porque hasta entonces los grupos entre ellos, a diferencia de lo que ocurría con los que ya eran mayores, siempre se dividían en dos partes y buscar la compañía de las niñas era un signo que no pasaba nunca inadvertido para los demás y que todos trataban de evitar con sus burlas e insinuaciones maliciosas, como si no quisieran que se rompiera la homogeneidad del conjunto. Y en esto Katina no parecía ser diferente a los otros, sino que se perdía alegremente entre sus nuevas amigas hasta hacerse inalcanzable para Luis, que sólo podía seguirla a distancia, esperando continuamente algún signo de reconocimiento que algunas veces no llegaba nunca o que, al contrario, era tan obvio que él tenía que fingir, ante los que hasta entonces fueran tan fácilmente sus amigos, que no tenía importancia. Y sin embargo, en esas condiciones, Katina estaba más presente aún y era más real que durante aquellos perdidos primeros días en que con tanta facilidad los dos habían parecido simplemente formar una nueva unidad.

Katina salía del mar de pronto para alcanzarlo cuando él iba caminando por la orilla con alguno de sus amigos, obligarlo a detenerse y poner su pierna junto a la de él para dejar la huella de sus pies marcada sobre la arena húmeda.

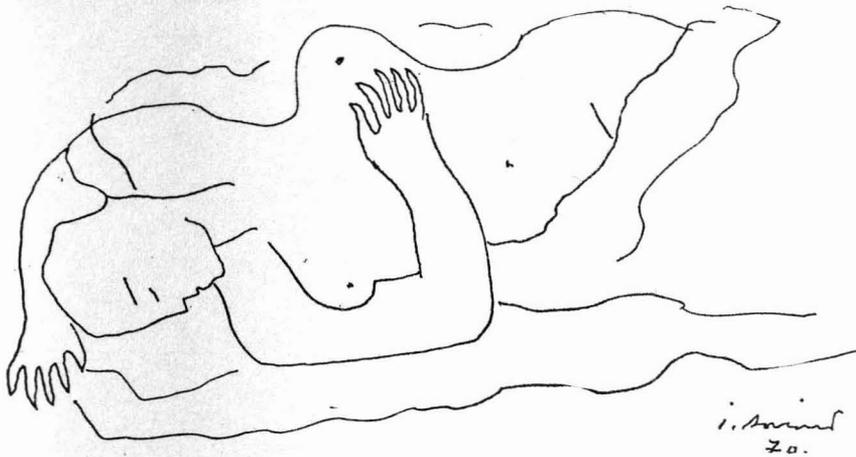
—¿Ves? —decía—. Son del mismo tamaño.

Y los dos se quedaban uno junto al otro, viendo las huellas semejantes mientras los amigos de él esperaban, mirándolos sin entender qué pasaba hasta que una ola más fuerte que las anteriores borraba el dibujo de las huellas.

—No importa —agregaba Katina—. Nosotros ya sabemos que son iguales.

Pero alguna de sus nuevas amigas estaba ya también junto a ella y los dos tenían que separarse.

Sin embargo, luego, con algunos de los padres de esas mismas amigas y de los amigos de él, una parte numerosa del grupo, demasiado numerosa para los dos coches de que se disponía, se iban por la tarde, después de que los mayores hubieran dormido su siesta, hasta alguno de los pueblos vecinos de pescadores, por la carretera que avanzaba casi a la orilla del mar. Él y Katina, que no habían puesto la suficiente atención a la hora de la salida, se encontraban de pronto en coches diferentes, pero apenas se detenían, desperdigándose por la playa, caminando por los rústicos, pequeños muelles de pilotes y tablones de madera, lamidos suave, rítmicamente por el continuo movimiento de ida y vuelta del mar, los dos se buscaban, con la abierta necesidad que durante todo el trayecto los había hecho esperar tan sólo el momento en que volverían a estar juntos, y a la hora del regreso, al subirse a los coches, ignorando la confusión que provocaban, él lograba quedar sentado al lado de Katina. Apretado con cuatro o cinco muchachos más en el asiento trasero, Luis sólo era consciente de que el hombro de Katina se apoyaba en su pecho y su pierna izquierda seguía cuidadosamente unida la posición de la derecha de ella, mientras la última luz de la tarde se perdía a su alrededor, dejándolos con la intimidad de su contacto secreto en la semioscuridad, atentos sólo a él y envueltos por el pene-



trante olor del aire salado que entraba por la ventanilla abierta del coche, revolviendo el suave pelo de Katina, que se lo apartaba de la cara una y otra vez, haciendo siempre al final una ligera presión con su brazo sobre el pecho de Luis.

Igualmente, iban todos juntos a pasar el día, siempre vigilados por una o dos parejas de padres, a alguna de las playas retiradas, donde las olas eran más fuertes. Katina se hacía más inaccesible entonces, perdiéndose entre todas las demás muchachas, mientras él tenía que mostrar una cierta fidelidad al grupo de los hombres. Pero luego, ellos intentaban meter de nuevo al mar un enorme tronco que las olas habían empujado hasta la playa. Luis, atento tan sólo a medias a la tarea, buscando aun sin darse cuenta la figura con el bikini rojo de Katina, se hacía una larga y estrecha raspada con una de las salientes que formaban las desaparecidas ramas del resbaladizo tronco al no advertir en verdad que ya habían conseguido meterlo de nuevo al mar y las olas lo movían de un lado a otro. Enseguida, Katina estaba a su lado, preocupada como si fuera una herida verdaderamente importante, limpiando con la mano la sangre que no dejaba de fluir y untándose la instintivamente en sus propias piernas, así que, luego, los dos tenían que meterse al mar juntos para limpiarse en verdad. Después, Katina se sentaba junto a él a la hora de la comida, se comía la mitad de un sandwich y le daba el resto a Luis, tomaba la mitad de un refresco y le pasaba la botella a él, deteniendo un fugaz instante sus ojos azules en los de Luis o permitiendo que la mano de él se quedara claramente un momento sobre la suya al tomar la botella del refresco.

—Todo por la mitad —decía ella muy rápido, sin atreverse a sonreír casi.

Y para Luis en esa rapidez, en esa sonrisa que apenas se insinuaba, aparecía el peso de todos los demás, aumentando la necesidad de tenerla a solas, haciéndole dudar, de una manera que, a veces, de pronto, Katina parecía empeñada en hacer más profunda.

Ella salía de su cuarto, por la noche, abriendo la puerta justo en el momento en que él se disponía a entrar al suyo de regreso de la casa de alguno de sus amigos.

—¿Fuiste al cementerio? —le preguntaba.

—No —decía él—. Allí sólo voy a regresar contigo, te lo prometo. Y tú ¿qué hiciste?

Katina estaba vestida ya para dormir, con un camión cerrado hasta el cuello, pero sin mangas y que le dejaba desnudas por completo las piernas, acentuando el color definitivamente dorado que había tomado toda su piel y que hacía más azules aún sus ojos, y bajo la mirada de él tardaba un momento en responder:

—Nada. Cené en casa de tus primas y después todas se pusieron a hablar de ustedes.

—Y tú ¿qué dijiste? —se atrevía a preguntar Luis.

—Yo no hablé —contestaba Katina y para mayor felicidad de él agregaba todavía—. Vamos a la terraza.

Entonces se echaban de nuevo sobre el piso, con la espalda pegada a la pared, bajo la ventana de la habitación de ella, escuchando sin saber qué decirse el rumor del mar, hasta que Luis, incapaz de guardar para sí la terrible melancolía cuyo origen no le interesaba explicarse, se decidía a comentar:

—Me gustaba más cuando estábamos solos.

Katina dejaba pasar un interminable momento durante el cual hasta el golpe de las olas parecía detenerse.

—Creo que a mis papás les pasa lo mismo —se escapaba luego, sin ningún motivo, por el puro gusto del juego tal vez, pero impidiendo definitivamente que él, lleno de furia ahora, tratara de decir más.

Esa misma furia, que lo hacía desear apartarse para siempre, reaparecía cuando los dos lados opuestos pero paralelos del grupo nadaban confundidos para subirse a la misma lancha o se reunían bajo la misma sombrilla y Luis veía que alguno de sus amigos ayudaba a subir al bote a Katina, recibiendo la misma mirada con que lo veía a él a veces, o ella conversaba con otro, contándole cosas de su vida en Alemania que a él no le había dicho. Así, en la sala abierta hacia la playa de la casa de una de las muchachas, donde seis o siete de ellos habían entrado a tomar un refresco con la misma libertad con que se entraba a cualquiera de las casas conocidas, mojados todavía por el agua de mar y dejando en el piso la arena que se les había pegado a los pies, le oyó responder a la pregunta de uno de ellos sobre por qué tenía el pelo negro si sus padres eran rubios, que su abuela había nacido en Brasil de madre alemana y padre brasileño mientras se echaba precisamente el pelo negro hacia adelante para que le cayera sobre los hombros a ambos lados del cuello y Luis sentía que era una ofensa que le diera a la curiosidad de los demás algo que él no supiera ya. Luego, mientras los dos comían con sus padres, le preguntó de pronto, después de haber guardado silencio todo el tiempo, como si la pregunta saliera de muy adentro y le costara un esfuerzo hacerla:

—¿Y dónde está ahora?

Katina lo miró interrogativamente, sin entender de qué estaba hablando.

—¿Quién? —dijo luego.

La madre de Luis lo miró también, atenta a la conversación, y él enrojeció, pensando que quizá no había entendido bien la explicación de Katina porque durante ella había fingido que no estaba escuchando, y agregó con dificultad:

—Tu abuela, la brasileña. . .

—Ah, ella —dijo Katina—. . . Está en München, vive con una de mis tías. Pero no es brasileña. Sólo vivió allí un año. Ni siquiera habla brasileño.

—Portugués; en Brasil se habla portugués —la corrigió Luis irritado, cada vez más consciente de la atención de su madre.

—Es lo mismo. A mí no me interesan esas cosas. Tú me entiendes a mí ¿no? —contestó Katina.

—Quién sabe —dijo Luis y se sintió obligado a insistir para afirmar su razón y, oscuramente, para molestarla a ella—. ¿Y tu bisabuelo?

—Murió al año de nacer mi abuela. Por eso regresaron a Alemania. Es un lío: yo no sé nada de eso —contestó Katina.

—La estás molestando, Luis. Ya no hagas más preguntas —intervino entonces la madre de él.

—No, no la estoy molestando —dijo Luis; pero ya no habló más durante la comida y evitó las miradas tanto de su madre como de Katina, poniendo toda su atención en el plato, seguro de que su madre estaba hablando de él en inglés con los padres de ella.

Al terminar, se levantó de la mesa antes que nadie y se

encerró en su cuarto, furioso y avergonzado, con la furia alimentando su vergüenza y la vergüenza su furia. Un momento después, Katina llamó a su puerta. Traía puesto todavía el bikini rojo con el que había comido, con los tirantes del cuello sueltos cayendo hacia adelante, y se estaba peinando con el peine que él le regalara.

—¿Estás enojado conmigo? —dijo apenas él abrió la puerta, entrando al cuarto sin dejar de pasarse trabajosamente el peine por el largo pelo enredado.

—Claro que no —dijo Luis, sin disimular su desprecio.

Ella lo miró un instante buscando los ojos de él con toda la oscura profundidad de su mirada azul, sin dejar de peinarse, y luego le dio un rápido beso en la mejilla.

Sin darse cuenta de lo que hacía, en vez de dejarla apartarse, Luis la tomó de la muñeca y la atrajo hacia sí. Ella no opuso ninguna resistencia y entonces él la abrazó por completo, sintiendo en sus manos, como si a través de ellas reconociera el sabor del mar y algo que no se parecía a nada, que resultaba superior a todo y que era la piel de Katina, su espalda delgada y el tirante de su bikini, mientras sus piernas se pegaban a las de ella. Luego, buscó su boca hasta encontrar, pasando antes por su pelo ligeramente endurecido por el agua salada, sus labios delgados y en ese momento muy secos, que, aunque ella no había respondido a su abrazo, sino sólo se dejaba hacer con los brazos caídos y el peine en la mano todavía, se abrieron al contacto con los suyos y la frescura de la lengua húmeda de ella entró a la boca de él, hasta que los labios de ambos estuvieron mojados también y Luis, recibiendo su lengua o metiendo la suya en la boca de ella, sintió que nunca terminarían, sino que se quedarían así para siempre, sin pensar en nada, con sus dos cuerpos convertidos en uno solo a través de sus bocas. Sin embargo, Katina no levantó en ningún momento los brazos para responder al abrazo de Luis y al fin separó los labios y escondió la cabeza en el cuello de él, sin desprenderse de su abrazo, como si fuera incapaz de hacer otro movimiento.

—¿Te habían besado antes? —preguntó Luis, sin pensar en lo que decía, desde la ausencia de sí mismo en que lo había sumergido la cercanía de ella.

—Sí —respondió ella y un instante después, incapaz todavía de apartar la cara de su refugio en el cuello de él, agregó—: Pero no me gusta.

Sólo entonces se desprendió, como si se le escurriera de entre las manos, del abrazo de él y Luis pudo verla a unos cuantos pasos de distancia del cuerpo que él era incapaz de sentir como suyo, perdido en ese vacío sin límites desde el que parecía imposible regresar a la realidad del cuarto, increíblemente cercana y distante en su diminuto bikini rojo, con sus piernas y sus brazos largos y delgados, dorados como su vientre y su cara por el sol, con su pelo negro cayendo esta vez hacia adelante sobre uno solo de sus hombros y sus ojos azules muy abiertos, mirándolo no a él, sino más allá de él, a través de él, intocable de pronto y sin embargo, presente de tal modo que no existía más que ella y a su alrededor, ante la desaparición de todos los cuerpos sólidos, tan sólo se hallaba la luz.

Katina lo miró sin verlo, como si buscara en él algo que no podía encontrar pero de lo que sólo él podía ser el depositario, condenándola por tanto a seguir buscándolo en él y sólo

en él, y después dijo:

—Ya le pregunté a mi padre. Mi bisabuelo también era medio alemán, pero se llamaba da Silva.

Luego, antes de que Luis tuviera tiempo de contestar, como si supiera que era imposible que dijese nada, salió del cuarto.

Todavía faltaban casi tres semanas para que terminaran los dos meses tradicionales de vacaciones. El mar estaba tan tranquilo y transparente que sólo parecía existir para que la luz jugara sobre el blanco fondo de arena poniéndola en movimiento al obedecer en su viaje hacia él el ritmo delicado de las olas y el cielo era un puro vacío deslumbrante, sin ninguna sombra, en el que ni siquiera se podía distinguir el sol, de tal modo que éste también se ocultaba bajo su propia luz. En tanto, después de ese único beso, la unidad de Luis y Katina parecía haber entrado, sin que la voluntad de ellos interviniera ni fuese capaz de cambiarla, a otra dimensión. Estaban más cerca uno del otro, pero ahora de una manera secreta, que hacía sentir a Luis más lejos que nunca al convertir a Katina en algo impenetrable que, sin embargo, parecía estar una y otra vez en el límite que la llevaría a abrirse para siempre, pero sin que él supiera cómo traspasar ese límite al tiempo que la furia que lo acometía de pronto se interponía entre él y sus propios deseos. Katina fingía que todo seguía igual y Luis, a veces, cansado, adoptaba esta misma actitud; pero nada era cierto. Y ahora, además, cuando resultaban más intrusos que nunca, la presencia de los otros, al hacer que su propia necesidad de la cercanía de Katina, del contacto con la piel y los labios de Katina, de la entrega de Katina, apareciera como un atributo de ellos también o que, al menos, el colocaba en ellos, sin que le interesara distraer cuál de las dos cosas era la verdadera, resultaba más intolerable que nunca y lo hacía dividirse entre una inevitable fidelidad al recuerdo de tantos veranos pasados que lo obligaban a sentirlos sus amigos, parte y realidad de su propio mundo, y el irreprimible deseo de que todos desaparecieran ya, dejándolo a él con Katina, libres en ese puro centro sin espacio que habían creado entre los dos.

Jugaban, por ejemplo, dentro del mar a los combates a caballo. Dos muchachas se subían a la espalda de dos muchachos, rodeándoles la cintura con los muslos, que ellos, a su

1. Armonía
70.



vez, mantenían pegados a su cuerpo sujetándolos con las manos y cada jinete trataba de derribar de su montura a la contraria, luchando por sumergirla en el agua hasta que tuviera que desprenderse de ella. Muchas veces, el combate era tan parejo que duraban un tiempo interminable. Las parejas se acercaban y se alejaban, giraban una alrededor de la otra, se trezaban tirando del contrario y el enemigo lograba zafarse gracias a la habilidad de la cabalgadura o a su propia capacidad de resistencia para permanecer bajo el agua, mientras su caballo trataba de apartarse cuando ya todo parecía perdido, y luego, con una alegre risa de triunfo, intentaba a su vez ser la que llevaba la ventaja en el ataque; y en muchas ocasiones Luis era la cabalgadura de Katina y Katina la jinete de Luis. Entonces, la atención que había que poner en la pelea se mezclaba con la aguda conciencia y el perturbador placer que la acompañaba, de tener entre sus manos las deliciosas piernas de Katina y su cuerpo pegado a su espalda, al tiempo que uno de los brazos de ella se sujetaba a su cuello, rodeándolo en los momentos difíciles de la pelea hasta casi hacerle daño y sus risas y su aliento entrecortado resonaban tras de él, y todo esto le hacía sentir con tanta intensidad su cercanía, el placer de cada uno de los contactos del cuerpo de ella con el suyo, que el propósito directo del juego se perdía por completo en la bruma de sus emociones, aunque no dejara de ejecutar con toda la habilidad de que era capaz cada una de las acciones que éste requería, mientras en su interior no cesaba ni un momento de preguntarse hasta qué punto ella sentiría igual que él esa unión de sus cuerpos y cuáles de entre todos los contactos y presiones más fuertes, además de estar provocados por las exigencias del juego, tendrían también la intención, por parte de ella, de aumentar esa unión, hasta que la doble unidad formada por él y Katina salía vencedora, o, lo que quizá era más agradable aún, se veía obligada a disolver su abrazo en la confusión que debajo del agua creaba para ellos el triunfo de los contrarios, de tal modo que tanto Katina como él parecían querer mantener ese abrazo más allá de toda posibilidad, más allá de los límites que les imponía la necesidad de volver a la superficie, a pesar de que, en ella otra vez, muchas veces, Katina le tiraba de nuevo los brazos al cuello y lo abrazaba, pero ahora de frente, riéndose feliz, como si la derrota fuera también un triunfo, y con su cuerpo mojado pegado al de ella, sintiendo sus brazos delgados alrededor de su cuello, él no se explicaba cuándo se rompía el impulso de perderse para siempre en ese abrazo y se encontraba de pronto de nuevo lejos de ella, separado ya y en el vacío. Pero entonces también, en otras muchas ocasiones, después de esos momentos de absoluta inconsciencia en medio de la felicidad, Katina se trepaba de inmediato a la espalda de otro muchacho y tanto si le tocaba ser el enemigo como presenciar tan sólo la lucha, Luis, con una desesperación y una impotencia totales por su imposibilidad de saber hasta qué punto sus temores de que Katina tuviera con los demás las mismas actitudes que con él y el otro estuviera recibiendo en ese instante las mismas presiones secretas, los mismos contactos buscados que él creía percibir cuando la tenía unida a su espalda, se perdía en sentido contrario, centrándose por completo en su separación de Katina y su soledad, con una ignorancia tan impenetrable del verdadero carácter de sus sentimientos y sus sensaciones

que, en medio de la furia y sus impotentes reproches a sí mismo por la posible, y tan deseada, injusticia de sus sospechas, la realidad inmediata de las acciones y aun del mundo que lo rodeaba se perdía igualmente para él. Y este estado de ánimo se repetía en las ocasiones más inesperadas y por los pretextos menos previsibles. Bastaba a veces con que él pasara cerca de la orilla esquiando y al volverse hacia la playa entreviera apenas a Katina conversando bajo la sombra de alguna de las sombrillas con alguno de sus antiguos amigos o que, de pronto, cuando ella nadaba hacia alguna de las lanchas ancladas cerca de la playa, alguno de ellos la siguiera y los dos terminaran subiéndose juntos al bote, mientras Luis se debatía entre su deseo de unírseles y la voluntad de permanecer aparte y que fuese Katina la que se le acercara, aunque tampoco podía dejar de pensar que tal vez ella quería que estuviese allí, a su lado, en ese bote inalcanzable y entonces la ira se volvía contra su incapacidad para realizar el aparentemente fácil y natural movimiento que lo pondría junto a ella y hasta quizá le daría la satisfacción, incomunicable de tan difícil y maravillosa en la espera y tan natural en la realización, de pedirle, como tantas otras veces, que se echaran juntos al mar de nuevo, con lo que él sacaría de pronto la cabeza del agua para encontrar la de Katina a unos cuantos metros, enmarcada por el pelo negro, con la punta de las largas pestañas y el perfecto arco de las cejas brillando con las gotas de agua, o esperaría su aparición en ese punto en el que el mar encontraba a través de la presencia de ella toda su verdad. Pero tal vez los momentos peores, los más inciertos, los más terribles y los más gozosos después de aquel primero y único beso que ya parecía casi soñado en su irreal realidad, se presentaban cuando los dos estaban solos. Era el atardecer y Katina estaba en la terraza del segundo piso con algún ligero vestido cuya falda agitaba la brisa en igual forma que su pelo negro, o con shorts y alguna de sus blusas sin mangas o hasta en uno de sus minúsculos trajes de baño todavía, tan distintos para él a los de todas las demás muchachas, inclinada sobre la barandilla con los codos apoyados en ella, los brazos extendidos hacia adelante y las manos entrelazadas, inmóvil entre la luz que se hacía cada vez más delicada y la brisa, como una estatua viva que encerrara en su misteriosa fragilidad toda la belleza del mundo que la rodeaba, mientras sus ojos azules se perdían en la cambiante extensión sin límites del mar, mirando como el sol se retardaba sobre el horizonte, no menos inalcanzable que ella, y Luis que la había visto aparecer desde su cuarto y detenerse en el sitio preciso en que su mirada podía abarcarla por completo a través del marco de la ventana, salía también y se quedaba justo detrás de ella, sin llegar a tocarla, pero tan cerca que su pelo agitado por la brisa rozaba de pronto la cara de él, y mientras Katina ignoraba o fingía ignorar su presencia, él podía sentir como si estuviera tocándolo la cercanía del cuerpo de ella, venciendo sin poder explicarse por qué el impulso de abrazarlo, respirando su olor, seguro a veces de que en su inmovilidad ella estaba consintiendo su cercanía y su cuerpo encerraba y vencía la misma tensión que el de él, hasta que Katina se volvía poniendo su cara tan cerca de la de Luis que sus facciones se borraban y decía:

—Mira el sol antes de que se pierda.

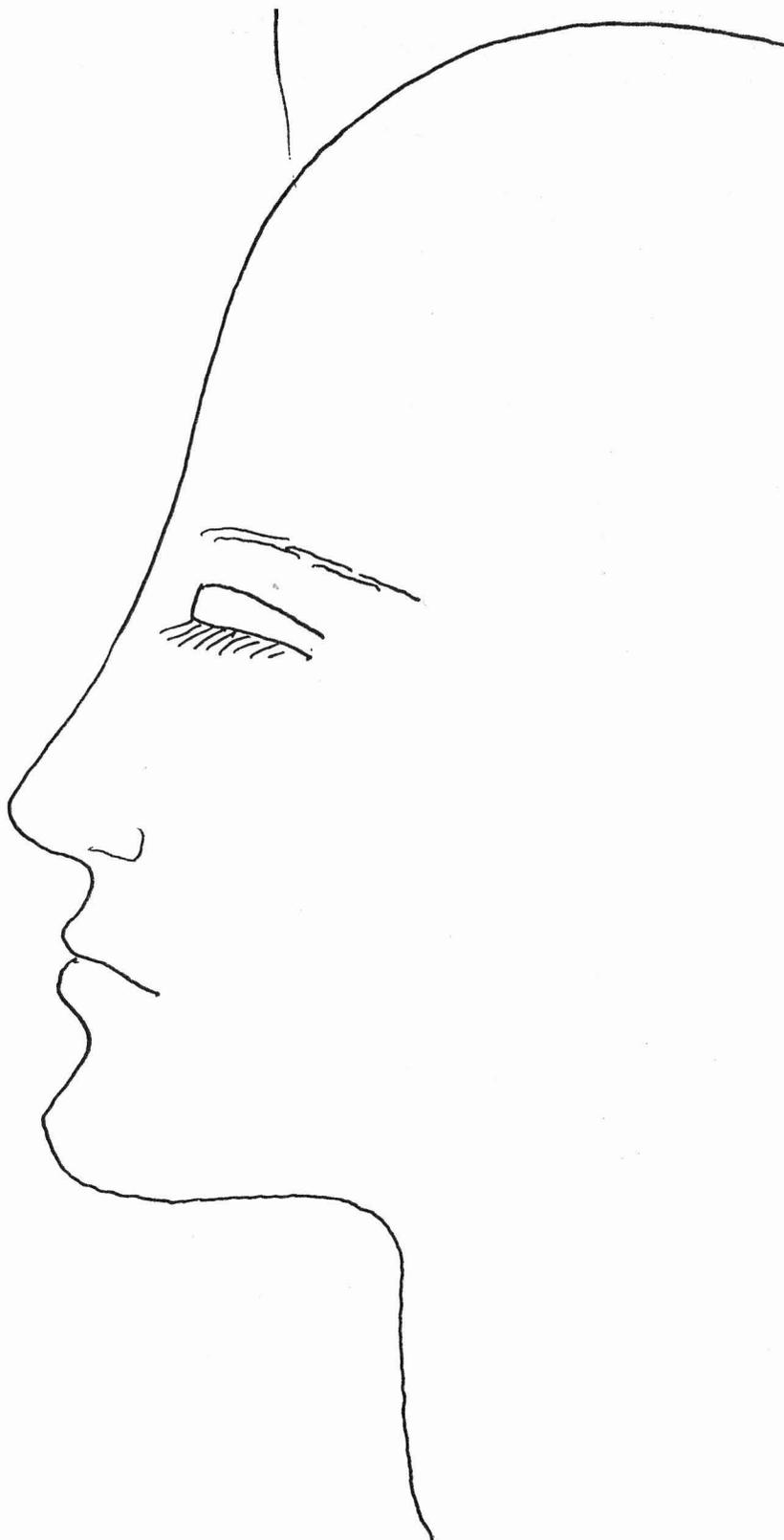
O simplemente:

—Dwig, no sabía que estabas detrás; ponte aquí a mi lado. Entonces él imitaba su posición y el brazo desnudo de ella se unía al suyo desde el extremo de las manos entrelazadas hasta el hombro, pero sin que el contacto pudiera dejar de parecer casual, como podían parecerlo igualmente los encuentros continuos de sus hombros mientras en la noche caminaban uno al lado del otro a la orilla del mar o por la carretera, de regreso de casa de alguno de los amigos o las amigas o los parientes de Luis, que ya le pertenecían también a ella, solos al fin, pero sólo para que Luis entrara a ese distinto terreno de las dudas que creaba su soledad, pensando, aun cuando estuviese hablando al mismo tiempo de cualquier tontería, que ella había dicho que ya la habían besado antes, pero no le gustaba, sin poder saber si esa falta de gusto incluía el beso de él, hasta que llegaban a la casa y después de besar a sus padres y de saludar a las visitas si las había, siguiendo la costumbre que Katina había establecido, subían a sus cuartos y en el eterno instante que precedía a la separación hasta el día siguiente y que para Luis siempre parecía ser el último de que disponían, Katina lo miraba a los ojos y él miraba los ojos de Katina, seguro de que se arrojaría a sus brazos, pero para encontrar sólo que ella se salía finalmente del vacío que los circundaba con un rápido “hasta mañana”.

Sin embargo, cuando él buscaba hacer evidente su interés y su necesidad de ella manteniéndose cuidadosamente aparte, Katina empleaba sin excepción toda su fácil naturalidad para traerlo otra vez a su lado, como si en ella no existiera ningún conflicto y simplemente tuvieran que estar juntos porque así lo habían estado desde el principio. Ésa era su manera de acercarse aun cuando él estuviera solo con sus amigos y ninguna mujer los acompañara y en ella no se disimulaba en ningún momento la voluntad de estar con Luis, solamente con Luis entre todos; pero dentro de la felicidad de él en esos momentos no había ninguna posibilidad de intimidad, precisamente porque Katina lo hacía todo de una manera tan directa, tan abierta a la naturalidad de una entrega que no era entrega porque parecía anterior a ellos, los convertía en una especie de hermanos o algo más que hermanos aún, el reflejo de una única figura que de pronto se había hecho doble y de la que lo único que podría causar extrañeza es que hubiese alguna diferencia entre ellos, de tal modo que ella se echaba sobre su espalda, pasándole los brazos por el cuello como cuando jugaban en el mar, o lo tomaba del brazo y caminaba junto a él adaptando el ritmo de sus pasos al suyo, apoyando la cabeza en su hombro de tal manera que su pelo quedaba sobre la cabeza en su hombro de tal manera que su pelo quedaba sobre la boca de él y Luis respiraba junto con el aire salado la fragancia incomparable de ese puro misterio negro y encosa o siguiendo el llamado de alguno de los que de nuevo eran amigos de Luis pero por eso mismo resultaban más intrusos que nunca, dejándolo con el eco de su cercanía formando una presencia tan fuerte que Katina parecía haberse apartado sin dejarlo y él seguía sintiendo el peso de su cuerpo junto al suyo, en el suyo, al tiempo que su mirada vigilaba el cambiante dibujo que la figura de Katina no iba dejando en el espacio, sino que, milagrosamente, recogía por completo sobre sí misma, como si todos sus movimientos, tan rápidos y nerviosos muchas veces, tan alocados y exteriormente sin sentido fueran

parte de una sola imagen, ajena al tiempo y al espacio, que encontraba inevitablemente su propio equilibrio en la inapreciable belleza de cada una de sus partes, centradas en un determinado instante, que se perdía en el siguiente antes de llegar a hacerse concreto, en el sonido terso e inexplicable de su risa, en la grave profundidad en la que alguna de sus continuas exclamaciones de entusiasmo, sorpresa o alegría encerraban la tesitura de su voz de niña todavía y sin embargo absolutamente suya y personal, o en la inclinación de su rostro echado hacia un lado, subrayando la interminable curva de su cuello, cuya piel, bajo la que jugaban las venas, apenas parecía cubrirlo antes de que se perdiera en el trazo de sus hombros, o en el movimiento de sus largas piernas y sus delgados brazos, cuyos desplazamientos se mostraban como si fueran siempre paralelos aun cuando ejecutaran acciones a través de las cuales pareciera imposible encontrar el motivo que los hacía obedecer a un solo impulso nacido de la indestructible totalidad de ella como figura, esa totalidad de la que la suma de sus facciones en la cara, con el profundo y al mismo tiempo suave hundimiento de las mejillas bajo los pómulos salientes, el arco de las cejas abriendo y marcando el recto trazo de la amplia frente, la apenas angulosa línea de la quijada y, en el centro, los ojos azules fijos siempre en el asombro y el deslumbramiento, la nariz recta y la boca delgada anticipando sin que pudiera saberse por qué la posibilidad de una sonrisa, era la evidencia de una perfección total de la que, para maravilla de Luis, ella nunca parecía ser consciente, ni cuando sus actos le hacían pensar a él que estaba dándosela por completo, ni cuando, sin que nada hubiese cambiado exteriormente, parecía estar a una distancia inalcanzable, haciéndose tan remota en su engañoso alejamiento como la línea del horizonte, que en realidad no marcaba el fin ni el principio de nada. Y de igual manera, cuando estaba en la casa de Luis, con un impudor que a él lo turbaba muchas veces, obligándolo a preguntarse si detrás de las acciones de Katina no se ocultaría el propósito de ponerlo en ridículo ante los padres de ambos, ella, de cuya figura él no podía apartar la mirada, como si toda la realidad de la casa se sostuviera sólo gracias a su presencia, llevaba hasta un extremo, que hasta entonces Luis pensara inimaginable, mientras esperaban antes de sentarse a la mesa o cuando él bajaba de dormir la siesta, las muestras de cariño con su padre, sentándose con su minúsculo traje de baño sobre sus piernas, hablándole casi al oído en alemán, riéndose con una rara complicidad, metiendo la mano entre su pelo rubio para acariciarlo despeinándolo al tiempo que lo besaba una y otra vez en las mejillas, en el cuello, en el pecho, hasta que el padre, con una exclamación incomprensible para Luis pero que por su tono debería ser al mismo tiempo de cariño y de rechazo, se ponía de pie con ella en sus brazos, levantándola en vilo para dejarla enseguida sobre el piso, igual que se deja un animal cuyas pruebas de cariño gustan y molestan al mismo tiempo, sólo para que Katina se dirigiera directamente hacia Luis, que había estado fingiendo que miraba hacia otra parte o que ocultaba su interés tras las páginas desplegadas de algún periódico, y haciendo a un lado de un manotazo ese periódico o anunciándole con un ligero gritito su llegada, se sentara igualmente en las piernas de él, ante la mirada sonriente de los padres de los dos, apoyando como tantas otras veces delante

1. Primer
70.



de los amigos de Luis, la cabeza en su hombro y obligándolo, mediante el sencillo recurso de tomar sus brazos y dirigir sus movimientos, a abrazarla, mirando con una sonrisa de falso desprecio a los padres, que hablaban en inglés, seguramente de ellos, pensaba Luis, y diciendo en voz muy alta:

—No los necesitamos ¿verdad?

Sin que Luis, dividido por completo en dos partes contradictorias por la turbación y el placer, fuera capaz de decir nada, aunque la mirada que trataba de ser cómplice de sus padres pero él era incapaz de interpretar, le hacía sentir que debería encontrar las fuerzas que le permitieran reírse también y tratar a Katina con el aparentemente rudo cariño con que acababa de ver que lo hacía el padre de ella. Entonces era Katina la que se apartaba de él, dejando sus piernas con la misma naturalidad con que había permitido que su peso inevitable descansara en ellas, confundiendo en un contacto único su piel con la de él, y la repentina ausencia de ese contacto con su piel, de ese peso sobre él, ingravido en el momento en que lo tenía encima e intolerable en su desaparición, era superior a cualquier turbación que pudiera experimentar y lograba que la presencia de los padres desapareciera por completo.

Pero así, suspendido en la más alta fascinación, durante esas últimas semanas en las que la gente, los demás, los otros, empezaban a regresar a la ciudad poco a poco, haciendo que las casas de verano volvieran a mostrarse en un número cada vez mayor cerradas y silenciosas, aparte de los que todavía gozaban, formando parte de ellos, del mar, de la playa y de la luz que lo encerraba todo, Luis no podía dejar de sentir, sin poder ni siquiera pensar en que esta existencia debería tener un fin, que su exasperación cada vez mayor y los bruscos rompimientos entre la unión más absoluta y la separación más inexplicable con Katina lo mantenían en un estado que cada día resultaba más por encima de sus posibilidades de comprensión y de dominio, despertando los más inesperados ataques de furia e incertidumbre, de furia nacida de la incertidumbre y de incertidumbre provocada por la inexplicable sin razón de su furia. Dentro de ese estado, con el único consuelo del conocimiento de que Katina y sus padres se quedarían todavía en la casa durante un tiempo cuyo límite no se había fijado, lo que le permitía considerarlo simplemente interminable por la misma razón que le impedía recordar que existía o debería existir en su memoria una época anterior a la llegada de ellos, alcanzó finalmente el momento esperado la mayor parte de las veces, roto sólo por las ocasiones en las que Katina se mostraba como si fuera una sola y la misma persona con él delante de ellos, y otras temido, en que, con excepción de unos cuantos que sólo podían considerarse conocidos y por tanto estaban aparte, todos sus amigos habían regresado ya a la ciudad. La tarde de ese día estuvo marcada por las despedidas y el continuo ruido de los coches en la carretera, y por la noche Luis y Katina fueron invitados a cenar a la casa de las primas que irrumpieron en la de él un día que parecía ya increíblemente lejano. Desde el principio, Katina y sus primas establecieron una especie de complicidad entre mujeres que durante toda la cena hizo sentir a Luis aparte, sin lugar y un tanto ridículo, obligándolo casi a pensar con nostalgia en la compañía de sus amigos. De pronto, sin dejar de estar presente en la continua admiración de Luis, en ese momento que

debería señalar el esperado retorno a su soledad de dos, Katina resultaba estar más lejos que nunca, cayendo en la indignidad de confundir su presencia con la de las primas, haciéndose casi igual a ellas. Luego, al terminar la cena, las primas encontraron un pretexto para subir a su cuarto en vez de que todos salieran a caminar por la playa como había propuesto Luis. Él encontró que como hombre le era imposible acompañarlas a ver una idiotez tal como la ropa que sólo podía interesarle a las mujeres y dijo malhumorado que las esperaría en el portal, a pesar de la súbita intensidad con que la mirada azul de Katina clavada un instante en sus ojos pareció pedirle que subiera.

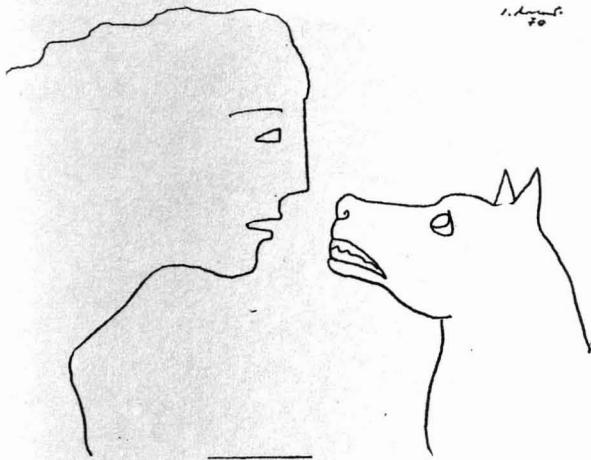
Los padres de sus primas se habían ido a cenar a su vez a la casa de él y Luis salió al portal más enojado aún porque la mirada de Katina parecía encerrar como siempre la promesa de una felicidad que nunca se cumplía. Se sentó, rodeado por la oscuridad, en una de las mecedoras del portal, siguiendo sin darse cuenta con el balanceo de la mecedora el marcado ritmo del movimiento del mar, que llegaba hasta él con toda claridad desde la ausencia de un espacio imposible de determinar, y dejó pasar lo que le pareció un tiempo interminable, durante el cual se sintió cada vez más solo, enojado y ofendido, lleno de una inexplicable nostalgia por su pasado anterior al conocimiento de Katina, hasta que impetuosamente, guiado por una furia directa contra Katina que, sin embargo, no se dirigía a su figura concreta, sino a algo que la encerraba y que simultáneamente era parte de ella y estaba fuera de ella, se levantó de la mecedora y se alejó de la casa sin avisarle a nadie, caminando por la orilla del mar hasta la suya, furioso ya también consigo mismo por haber iniciado esa acción, pero incapaz de volverse atrás. Entonces, ese pasado por el que un momento antes había creído tener nostalgia y del que le hablara la primera noche a Katina sentados los dos en los escalones del portal de su casa, se le mostró como algo insoportable también, al tiempo que sentía que si dejaba de pertenecerle no tenía nada y estaba intolerablemente vacío, rodeado de sentimientos, de pensamientos, de rumores que no era capaz de determinar, como ocurría con la noche ajena al espacio en la que transcurría y en medio de la cual caminaba él.

Cuando entró a su casa, cerrado por completo en su propia furia, como si ésta fuera la única realidad capaz de alcanzarlo, sus padres estaban todavía en la mesa con sus invitados.

—¿Y Katina? —le preguntó su madre.

—Se quedó con las primas —dijo él y dio las buenas noches y subió a su cuarto sin mirar casi hacia el comedor, evitando cualquier otra posible pregunta.

En él se puso a revolver sin motivo su ropa, los objetos preferidos acumulados en el closet a lo largo de los años y olvidados en él entre un verano y otro. Luego se quedó un largo rato de pie, cerca de su cama, inmóvil, escuchando el sonido del mar y venciendo el impulso de salir a la terraza, y al fin se desnudó, apagó la luz y se tiró sobre la cama, quedándose con los ojos abiertos en la oscuridad, sin siquiera poder sentir su furia ya, a pesar de que ésta lo envolvía por completo, hasta que le pareció oír la voz de Katina en la sala y luego escuchó claramente sus pasos en la escalera y sintió como se detenían un momento interminable en el pasillo, seguro de que a él le era imposible moverse hacia ella, tan sólo para que luego, tran-



quilizándolo casi al abrir una nueva pausa en la tensión de la espera, la puerta del cuarto de ella se abiera y se cerrara guardándola en su interior.

Por la mañana, al despertar, seguía sintiendo la misma rabia sorda que se volvía contra sí mismo al tiempo que se le imponía como producto del alejamiento de Katina, un alejamiento que luego imaginaba provocado por él, de tal modo que su impreciso rencor se convertía en un círculo sin fin del que le era imposible salir. Tal vez por eso, en vez de ponerse enseguida el traje de baño para bajar a desayunar como lo hiciera desde el segundo día en que ella estuvo en la casa, se vistió con pantalones y camisa y sin ningún motivo cargó la vieja escopeta que encontrara entre sus cosas la noche anterior y bajó al comedor con ella, evitando conscientemente mirar la puerta del cuarto de Katina. Había desayunado sin fijarse en lo que comía, sintiendo la casa extrañamente silenciosa y demasiado grande a su alrededor, como si se encontrara en el primer día de un tiempo inexplicable, dentro del que todo lo que siempre, desde que tenía memoria y podía recordar, le fuera conocido resultaba ajeno y extraño, y fue a sentarse a la playa, sobre la arena que ya empezaba a estar caliente, bajo la luz deslumbrante, que borraba los colores del mar, hacia el que él miraba sin ver, dejando que su vista se perdiera en la ausencia de límites que nacía de la absoluta unión entre ese mar convertido en un puro brillo y la línea del horizonte.

Entonces Katina había aparecido, quedándose de pie detrás de él, que reconoció su presencia como si toda ella pesara sobre su cuerpo, haciendo que lo sintiera más suyo que nunca, recorrido, hecho concreto, por una tensión intolerable, pero que, al mismo tiempo, le impedía volverse hacia ella.

—*An woran deukst du?* —había dicho Katina al fin en voz baja, con un tono grave, hablándole por primera vez en alemán y haciendo así que él sintiera que era la Katina del primer día, a la que viera durante un tiempo sin fin mientras los padres de ambos conversaban, sin atreverse a hablarle, pensando que su maravillosa realidad siempre sería intocable.

—Eso significa: ¿En qué piensas? —agregó Katina enseguida con el mismo tono grave todavía cuando él se volvió a mirarla, recorriendo lentamente con la vista sus delgados pies, que, como ella había comprobado con las huellas en la arena húmeda, eran del mismo tamaño que los suyos, las largas piernas que se ocultaban finalmente en el breve short azul, la blusa blanca dejando libres sus brazos y finalmente el rostro enmarcado por el pelo negro en cuyos ojos azules se quedaron los de él antes de contestar con un tono malhumorado todavía:

—En nada, no pienso en nada. En que sólo es un principio, tal vez.

—Un principio de qué —dijo ella, sentándose a su lado.

—No lo sé, eso es lo malo. Un principio de nada tampoco —contestó Luis, y volvió a mirar hacia el mar.

Ella se quedó callada un momento, mirando también hacia el horizonte sin límites como si quisiera ver lo que él veía. De pronto, parecía haber entrado en sí misma, haciéndose mayor y sin embargo, era la misma Katina, frágil y al mismo tiempo decidida, segura de sí y maravillosamente niña todavía.

—¿Estás enojado, Dwig? —dijo luego, volviéndose a mirarlo.

—No —contestó él y la imposibilidad de decir la verdad lo

obligó a cerrarse más aún en esa furia ajena a él mismo y que no deseaba.

—¿Para qué quieres ese rifle? —preguntó entonces Katina, como si no advirtiera lo que pasaba dentro de él y pudieran hablar normalmente.

—No es un rifle, es una escopeta —dijo él, sonriendo casi sin darse cuenta—. Antes mataba zopilotes con ella, e iguanas, Pero hace mucho de eso.

—Ah. . . —dijo Katina, sin comprender, pero como si nada de eso tuviera importancia ante el hecho de que los dos estaban sentados uno junto al otro, solos, frente al mar.

—Ven, vamos a caminar —le había pedido Luis, poniéndose de pie y tendiéndole la mano.

—¿A dónde? —preguntó Katina todavía, antes de permitir que él la ayudara a levantarse, estrechando su mano delgada en la suya.

—A caminar simplemente. Por la playa, lejos de las casas —contestó él.

Y ahora, en efecto, habían dejado todo atrás y caminaban envueltos por la luz sin necesidad de hablar, ni de tocarse, seguidos tan sólo por la vigilante gaviota, sin saber cuándo llegaría el momento de detenerse, sin que Luis guardara ningún rastro de su furia ya, como si la hubiera dejado olvidada entre las casas que habían dejado atrás, y sólo sintiera, sin ser plenamente consciente de ello, la cercanía de Katina, que sin embargo era toda, la única realidad en medio del brillo deslumbrante; sin que Katina supiera tampoco qué esperaba, aunque cuando Luis se detuvo un momento para quitarse la camisa amarrándose a la cintura y enrollarse los pantalones, sintió con una terrible y maravillosa fuerza la necesidad de abrazarlo e inexplicablemente sólo la había obligado a contener su impulso el descubrimiento súbito de la gaviota, suspendida en su vuelo en medio del ardiente vacío del cielo, y ahora, en la pura luz sin espacio que los rodeaba, avanzando por el tiempo suspendido en un sólo instante que era siempre el mismo, en su interior estaba fijo el pensamiento de que en un momento cuya llegada no podía imaginar se detendría para quitarse la ropa y entrar al mar, que debería recibirla como si fuera ese Luis que caminaba intocable a su lado, con la escopeta al hombro.

La línea de arbustos incoloros que cerraba la ausencia de espacio en el lado contrario al del mar sólo para abrir de nuevo el horizonte inalcanzable, se había hecho más espesa y más alta, cuando el pensamiento fijo en alguna parte recóndita de Katina se hizo acto y ella se sentó inesperadamente sobre la arena. Luis se detuvo también, sorprendido, y bajó la vista para mirarla.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada, como tú dices —contestó ella—. Hay demasiada luz. Ya no veo, quiero nadar.

Luis se quedó de pie a su lado sin comprender. Junto con ellos, la gaviota se había detenido también en su avance, y volaba en círculos, sin adelantarseles, con lentos movimientos de sus enormes alas blancas, creando su propio, único espacio, en medio de la infinita, luminosa, inmensidad vacía.

Sin ver en ningún momento a Luis, como si de pronto ignorara por completo su presencia y para ella sólo existiera el mar, Katina se desabrochó la blusa, quitándose rápidamente e hizo lo mismo con el short. Luis no había podido verla real-

mente mientras ella hacía, en lo que a él le pareció un solo instante, esas acciones; pero luego ella se puso de pie.

—¿No vienes? —le preguntó sin ninguna prisa ya.

Sólo entonces él advirtió en verdad que Katina estaba desnuda y tan cerca que con sólo estirar el brazo podría tocarla. Sin embargo, no podía moverse ni hablar. La figura de ella era la misma que cuando se mostraba con alguno de sus minúsculos trajes de baño, pero ahora, en vez de una tela roja o azul, el traje no era más que un recuerdo señalado por el color más claro de su piel en los lugares en que la cubría de costumbre y él veía sus pequeños pechos desnudos con los inimaginables pezones, de mujer ya, salidos en el centro y más allá de la línea más clara de su piel, que señalaba el principio o el fin del desaparecido traje, el pelo negro sobre su sexo, que era ahora una realidad absoluta. Por lo demás, Katina era la misma. El pelo le caía sobre los hombros conocidos, sus ojos azules lo miraban; pero en sus labios delgados no había ninguna sonrisa, sino que estaban firmemente unidos, cerrados por completo, al contrario que ese cuerpo que se le abría por primera vez y que tenía un nuevo centro definitivo para toda su belleza, un centro resplandeciente en su negritud, tan adorable y lejano como los pequeños pechos que, con los pezones descubiertos también, él sentía ver por primera vez aunque los hubiera entrevistado tantas veces y con tanta turbación antes. Y así, desnudo, el cuerpo de Katina, Katina entera, perdía toda malicia, todo rasgo de fascinación lograda a través de su coquetería natural, y era más inocente y pura y única que nunca; pero él desaparecía a su lado.

Ante su silencio, ella le dio la espalda y se adentró en el mar. Él vio como las olas, tan delicadas que apenas rompían contra la playa con un leve chasquido, acariciaban sus piernas rodeándolas, y vio su larga y delgada espalda cortada por la línea clara que señalaba la desaparecida presencia del sostén del bikini, sus caderas apenas más pronunciadas que las de él mismo pero de mujer ya sin duda alguna, la dibujada curva de sus nalgas que tan inexplicablemente se perdía en la larga firmeza de las piernas y, arriba, el mismo inagotable pelo negro en el que incluso la fuerza de la luz desaparecía convirtiéndose en sombra. Luego, el mar, tan transparente hasta entonces, adquirió una nueva y densa textura cuando la figura de Katina se perdió en él. Un momento después, la cabeza y un fragmento de los hombros de ella volvieron a aparecer más lejos, inalcanzables en medio del agua y él los miró, envarado por la fuerza de su necesidad de ir hacia ellos, pero, por eso mismo, incapaz de moverse, sintiendo cómo la furia que tantas veces lo había apresado durante los meses anteriores subía por su cuerpo hasta llenar su cabeza, haciéndolo odiarse pero al mismo tiempo odiar más aún a Katina, hasta el grado de que no podía seguir mirándola. Entonces sus ojos encontraron a la gaviota, que volaba en amplios círculos, muy despacio, casi exactamente sobre la cabeza de ella, haciendo que lo que hasta ese momento fuera un puro vacío sin contornos posibles se convirtiera en un pesado espacio, cerrado por completo en su derredor. Cegado por la ira, sin pensar en lo que hacía, tomó la escopeta que colgaba de su hombro y disparó una sola, terrible vez contra ella.

El tiempo, tan inexistente hasta entonces, pareció empezar a girar enloquecido a partir del sonido del disparo y sin em-

bargo todo semejó ocurrir en un solo instante. La gaviota detuvo por completo su vuelo, quedándose inmóvil durante una eternidad, tan paralizada como él un momento antes ante Katina; simultáneamente, ella dio un grito que en apariencia se sumó al seco ruido del disparo y antes de que el sonido de la voz de ella desapareciera, la gaviota empezó a caer, como si de pronto su gracilidad se hubiera convertido en el peso muerto de una piedra.

Katina nadó hacia la playa y salió corriendo del mar, pasando junto a Luis como si éste no existiera, sin detenerse en su sobreexcitado camino hacia el punto detrás de la línea de arbustos en que había caído el cuerpo de la gaviota. Instintivamente, volviendo a ser él mismo sólo entonces desde el aparentemente irrecuperable pasado en que ella apareciera desnuda ante su mirada, Luis la siguió, pero Katina había pasado ya la barrera de los arbustos y se dirigía hacia el cuerpo de la gaviota, que con las vastas alas extendidas manchadas por el rojo de su sangre yacía deshecha sobre la arena tan blanca como ella, con la cabeza doblada en un giro roto sobre el pecho, cuando él logró alcanzarla y la detuvo tomándola por la cintura. Katina se revolvió en sus brazos, tratando de liberarse y gritándole en una mezcla de español y alemán, pero de pronto él sintió que su piel reconocía la dulzura de la de ella y la de ella la de él. Sin ninguna transición, las palabras de ella se perdieron en el súbito silencio que los rodeó y luego los labios de él estaban en los de Katina y reconocía su lengua húmeda, de la que se apartó sin embargo para que la suya tocara la unión entre el cuello y los hombros de Katina y en seguida se detuviera en el pezón que su boca rodeaba, sólo para que Katina lo llevara después hacia su boca de nuevo, pegando por completo sus pechos al suyo y rodeando su cuello con los brazos en un contacto que simultáneamente la hacía intangible y más presente que nunca. No supo en qué momento se había quitado los pantalones, pero tuvo una clara conciencia de la mano de ella acariciando su sexo cuando ya estaban tendidos sobre la arena y luego del momento en que Katina lo guió hasta su interior, que lo rodeó por completo sin que ella se quejara a pesar de que Luis podía sentir su resistencia mientras entraba, sólo para perderse de inmediato, junto con ella, en ella, en la dulzura de un olvido que no tenía fin en su viaje hacia atrás y que los unía en la ilimitada claridad de conciencia que hacían nacer de su propia oscuridad, aislándolos del mundo y entregándolos al mundo.

Mucho después, el negro pelo de ella estaba extendido en su pecho y sus labios se entreabrían silenciosos sobre los latidos de la vena del cuello de él. A su alrededor, como única presencia en el vacío que se mostraba más allá, la luz los envolvía como una manta delicada, tenue en su mismo ardor, capaz de mostrar su peso sólo en el cuerpo de ellos. Entonces, como si despertara temerosa de un único sueño para entrar por primera vez a la realidad, Katina levantó apenas la cabeza, hizo a un lado el pelo que le cubría parte de la cara y dijo casi en un susurro, con los ojos azules fijos en los de él:

—Dwig, *die Möwe*, la gaviota. . .

Los dos levantaron la cabeza y buscaron tímidamente a su derredor y luego se pusieron de pie, incrédulos; pero la gaviota ya no estaba.

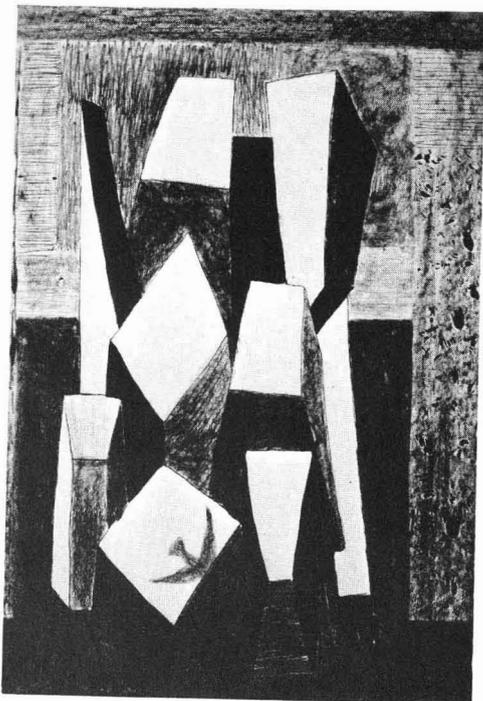


Manuel Felguérez

fugiaba en una pintura cercana a lo fantástico, por donde circulaba un aire de misterio y de ensueño. Pintura que permitía la expresión de un mundo íntimo, muy a su medida, suficiente para ese gozo personal que parece encontrar Soriano al realizar un cuadro, y que es una de las constantes (y uno de los valores) de su arte. La posibilidad de ver fuera de México otros tipos de pintura fue quizá un catalizador que precipitó el rumbo posterior que tomaría la obra de Soriano, hizo que de la intimidad de los sueños de niño, de cocos y brujas, ángeles benignos y malignos (pero más o menos risueños) llegara, como llevado de la mano, siempre en busca de lo propio, a formas cada vez menos figurativas, ya ajenas totalmente al mundo pseudo heroico de la caterva de muralistas mediocres. La figura vino así a ser para él un punto de partida para un arabesco que fluye de su yo a través de su pincel.

La pintura de Soriano, “flor al viento delicada”, habla siempre de un hombre que contempla el mundo y que no se conforma con la superficie de las cosas que ve. No de uno que simplemente imagina, sino de uno que platica con los objetos: al hacerlo los aprehende, los practica, los reconoce. Y pinta su diálogo con cosas y gentes.

Si bien toda la obra de Soriano puede entenderse como un camino hacia la libertad, el fluir de su nerviosa línea no es indefinido y automático. Al contrario, muy emparentado con el arabesco, con la línea del ataurique o el lazo de un artezón mudéjar, su línea, como sus formas, obedece siempre a un juego cuyas reglas parecen determinadas en alguna manera de antemano. Quizá lo que hace de su pintura una floración tan vital pero tan segura es ese equilibrio entre imaginación y razón. Su obra es un camino abierto, pero no a todo, sino a formas



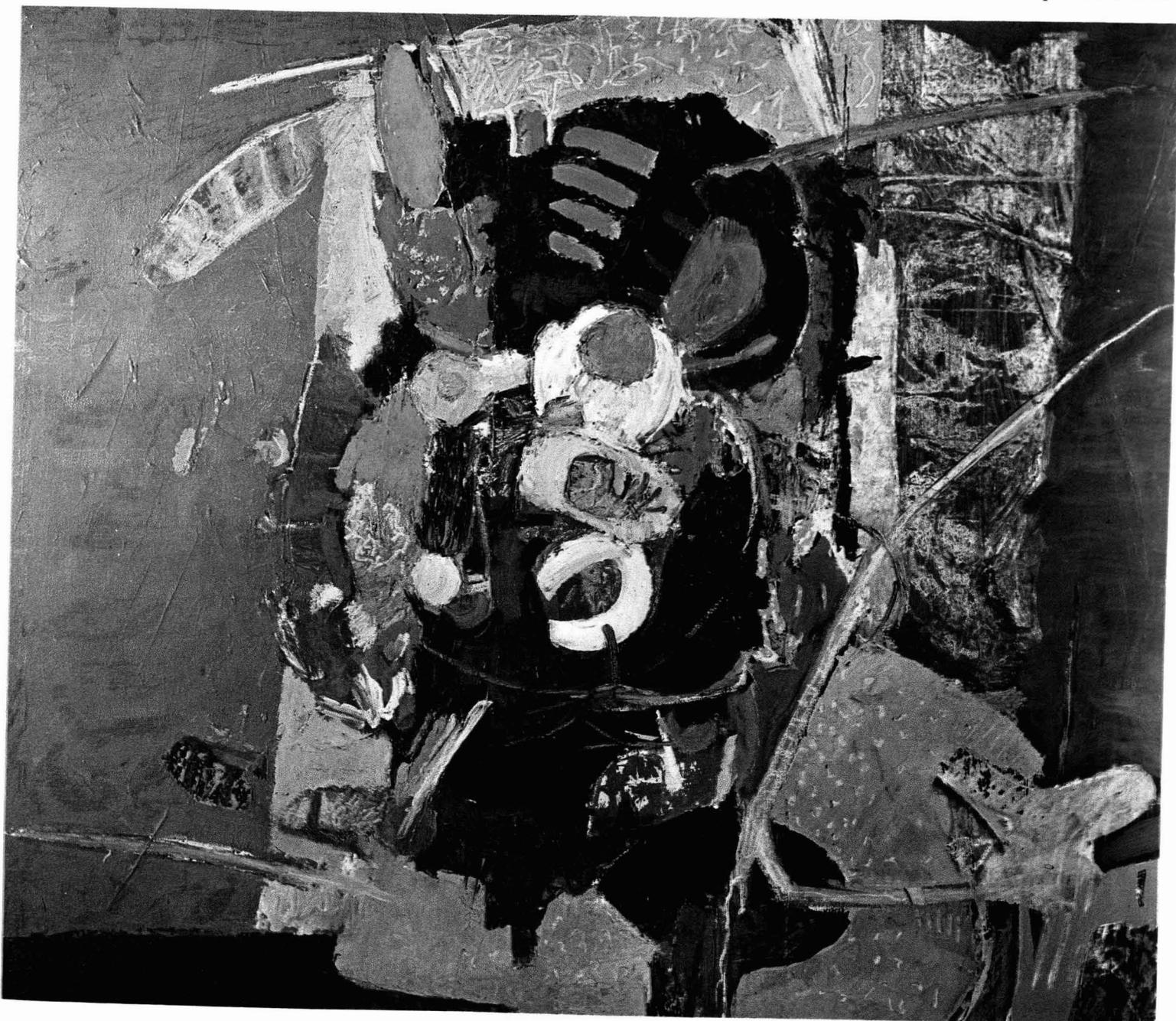
Waldemar Sjölander

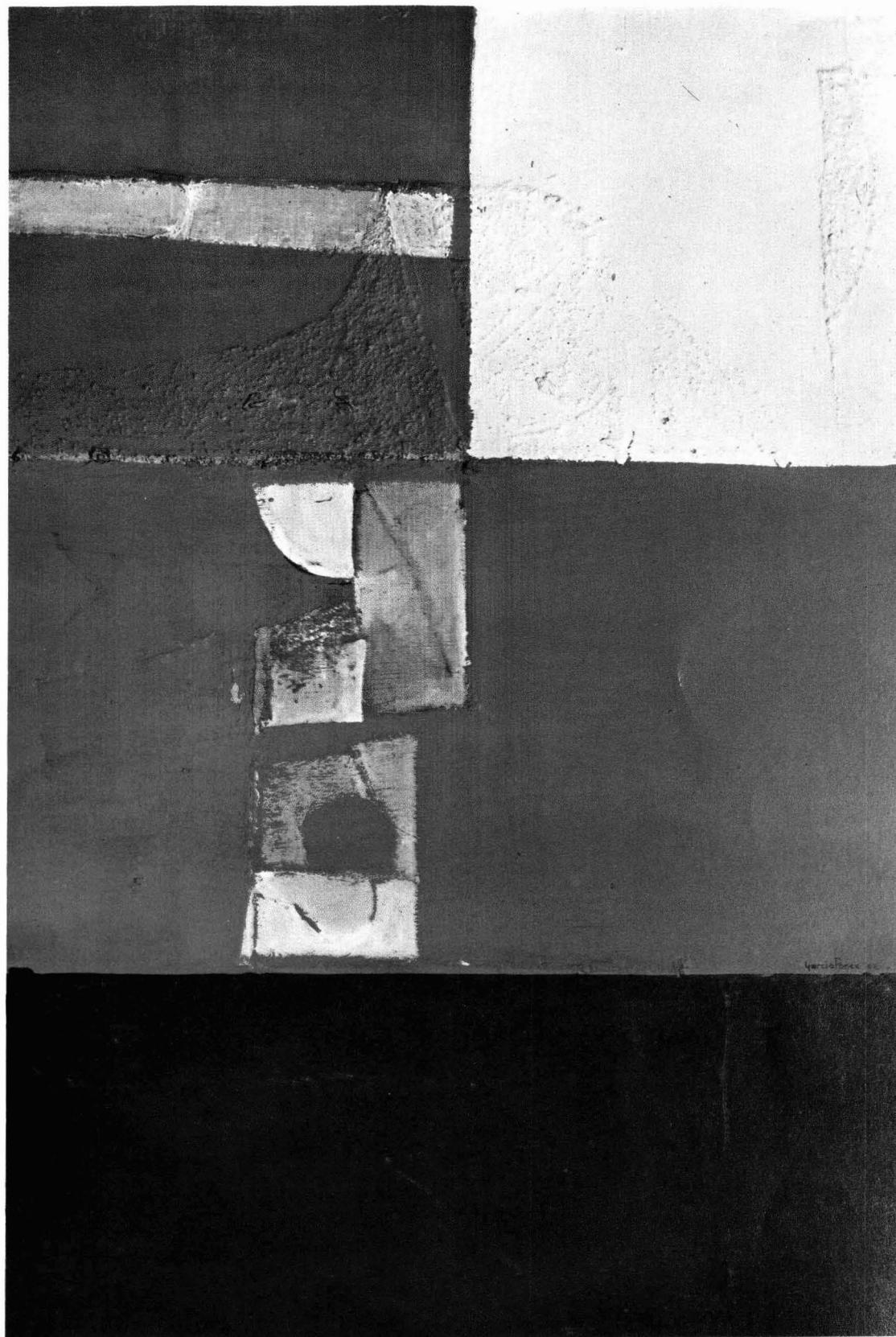
variadísimas que sin embargo se mueven siempre dentro de una gama definida. Teóricamente es un camino que en algún momento tendría que agotarse; lo que no sabemos es hasta dónde la imaginación inaudita de Soriano sea capaz de continuar llevando adelante su experiencia por ese rumbo: por ahora, aunque él haya sido el hermano mayor de los pintores que hacen obra realmente válida en México, cuando uno está frente a un cuadro de Soriano se siente frente a la pintura del más fresco y más joven de los artistas.

Al tiempo en que Juan Soriano adquiría ya una madurez y una personalidad definida como pintor (hacia 1955 quizá, por decir una fecha) justamente se movía ya muy fuerte el piso en el medio artístico local, y los jóvenes iniciaban la revolución de salón que conduciría a la situación actual. Soriano fue para ellos un ejemplo.

Octavio Paz, con su ojo y su percepción aguda había reconocido en él cualidades muy especiales desde hacía años, y ahora le daba el espaldarazo. Cuando las jaurías menores se lanzaban a mordisquear a Soriano, Diego Rivera, desde lo alto de su trono de Júpiter tonante, declaró que él era el más dotado de los jóvenes pintores: la declaración cayó como un balde de agua fría; pintores y panegiristas de la escuela mexicana pusieron el grito en el cielo y razgaron sus vestiduras: “¿maestro, por qué nos has abandonado?” No sabemos si Diego, al fin siempre consciente y al fin siempre talentoso en el saber ver, hizo tal declaración como un acto de íntima honestidad, o si —con su reconocido sentido del humor— lo hizo como un acto de suprema burla a los enanos que lo rodeaban. En todo caso, lo cierto es que Soriano sí era el más dotado de los pintores jóvenes (por no decir, casi, el único

Enrique Echeverría





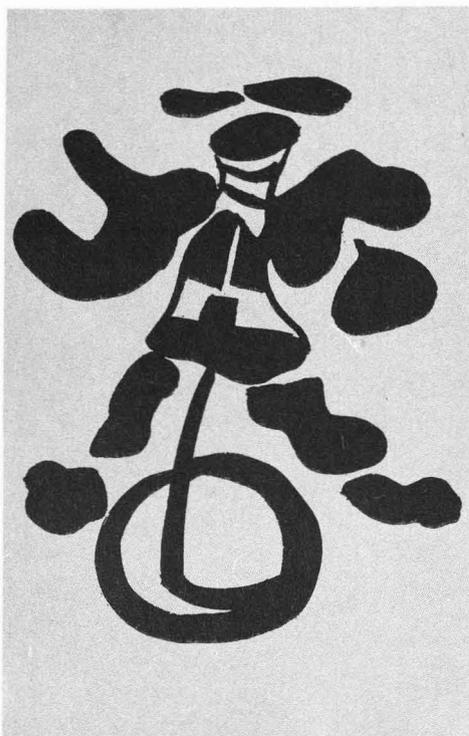
Fernando García Ponce

dotado entre los que entonces tenían más que intenciones, sueños, deseos, conciencia).

Tamayo, en la plena madurez de una pintura sólidamente clásica, amparado por un amplísimo prestigio en los Estados Unidos y en Francia (esto es, también, por un amplísimo mercado) ganado con sus cualidades insuperables; Carlos Mérida, en su hacer tranquilo, callado, sobrio, firme; Soriano, con la luz y la frescura en las manos; fueron las tres voces anunciadoras de la nueva pintura de Mé-

xico. Tan diferentes entre sí (lo cual no dejará de tener consecuencias en lo que vendrá después), eran los ejemplos atractivos a quienes los jóvenes se volvían en el deseo ya impostergable de romper el cascarón cerrado y de despejar la atmósfera agobiante de una pintura que sentían raquítica y embotada.

El hecho es que el barco de la escuela mexicana hacía agua por todas partes. Muerto Orozco, quizá el único de los grandes que habría podido mantener su arte vivo, en busca siempre de novedades;

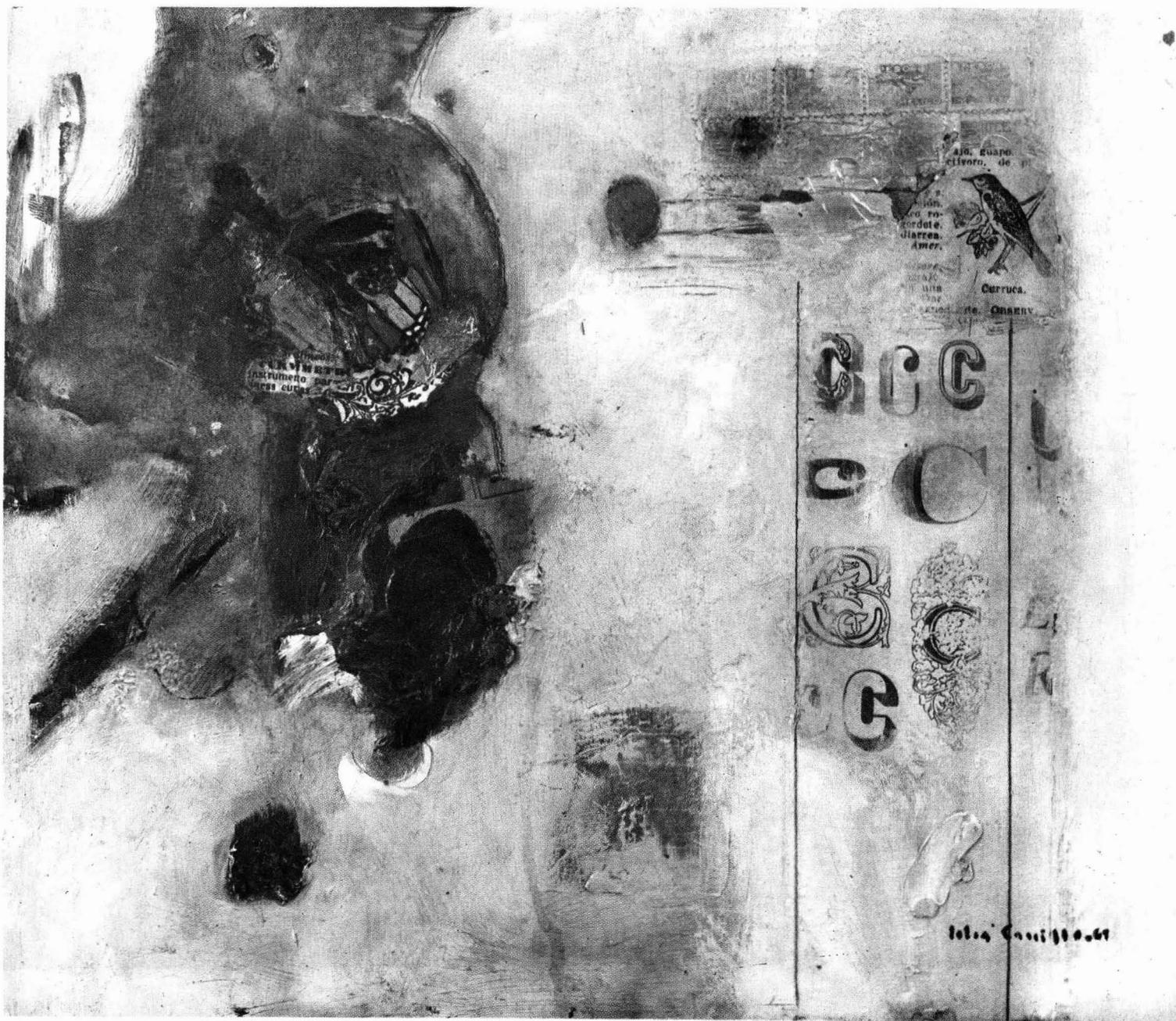


Diego Rivera moriría pronto, pero quizá para la pintura había muerto hacía por lo menos unos quince años: quince años de repeticiones agudas, de contemporizaciones, de claudicaciones pictóricas, de copia o caricatura de sí mismo; sólo a veces, como destello de joya fina, aparece en la medianía de su última pintura el genio del Diego Rivera anterior. David Alfaro Siqueiros en la década de los cincuenta más hablador que pintor (una reciente y magnífica exposición retrospectiva permitió ver cómo la verborrea fue carcomiendo poco a poco el sólido muro de su pintura). Siqueiros con discursos, invectivas y entrevistas, y el enjambre de epígonos, neoacademicistas de la propia escuela, (no pocos de ellos chaquetas después), fueron los defensores de la vieja escuela mexicana. Pobre defensa. No pintaron, hablaron: de los altísimos ideales, de la inmensidad de quienes habían muerto física o pictóricamente, del pueblo (que después de los frijoles en

lo primero que pensaba era en su pintura —antes aun de pensar en la Guadalupeana), de la Revolución, de Wall Street, de la CIA, del destino manifiesto de México. Hablaron también de la “escuela de París” (hasta el cansancio) y de su confabulación internacional, pagada con dólares neoyorquinos y dirigida por el Departamento de Estado gringo para acabar con la escuela mexicana, único movimiento revolucionario esculto-pictohisto - popu - artístico veri-formintegrado del mundo, hijo directo y legítimo del Gran Renacimiento Italiano y enriquecido por la sangre de Quetzalcóatl y de Emiliano Zapata. Intentar oponerse a la grandiosa escuela mexicana era comprometer el futuro de la humanidad. En México, no pintar según esa escuela era traición a la patria y traición al movimiento obrero internacional. (Todo esto se decía, claro, cuando los patrones de la escuela mexicana eran un gobierno cada vez más diestro —que pronto se bajaría oficial-

Luis López Loza

Lilia Carrillo





Vicente Rojo

mente del caballo de la Revolución, aunque “siempre no” y una burguesía robustecida a su calor.)

El ataque a la maltrecha fortaleza lo hicieron los jóvenes en todos los terrenos, pero sin duda más pintando que hablando. Dado que no parecía fácil la posibilidad de una convivencia pacífica, el ataque resultaba una necesidad. Por algo los corifeos realistas habían organizado la falange de defensa antes aun de que los heterodoxos pensarán en otras cosas que no fuera pintar. Para los jóvenes de entonces se trataba de una necesidad personal; la de poder pintar como les importaba pintar —que era al mismo tiempo como podían y como querían hacerlo— sin que se les tratara de degenerados abstraccionistas decadentes. Pero también se trataba de una necesidad “material”. En un medio como el nuestro, y en una organización institucional como la del México posrevolucionario, la instancia oficial como promotora interna y externa y como compradora, es de importancia fundamental. De modo que a los pintores que hace unos quince años iniciaban un trabajo en serio, les unía el deseo de sacudirse el peso de una tradición relictante que no sentían suya y a la que

no le veían posibilidades; y les unía también la necesidad de romper la cerrazón del mundo oficial, entonces (y en buena parte aun ahora) indispensable para la subsistencia de un artista. Era el asalto al “palacio de mármol” del que Cuevas ha hablado como de algo en que le iba su honor y su vida. Todavía ahora Cuevas sigue obsesivamente peleando contra la sombra cada vez más débil de la escuela mexicana. De hecho, una organización ajena al aparato gubernativo, que agrupe y promueva a numerosos pintores, no surgió sino hacia 1968: el Salón Independiente.

Así se presentó en el panorama de la cultura de México un fenómeno curioso. A los pintores jóvenes los unía su inquina contra el pasado inmediato del arte del país, más que la búsqueda en un determinado sentido. Buscaban, ciertamente, pero en forma individual y no hacia un cierto rumbo. Estaban juntos en tanto que negaban algo, más que en tanto que trataban de afirmar otra cosa. De ahí que, con quizá una excepción, no surgieran tendencias nuevas en el arte mexicano. Y de ahí, sobre todo, que no pocos pensaron que bastaba con no hacer lo que antes se hacía para que, como por

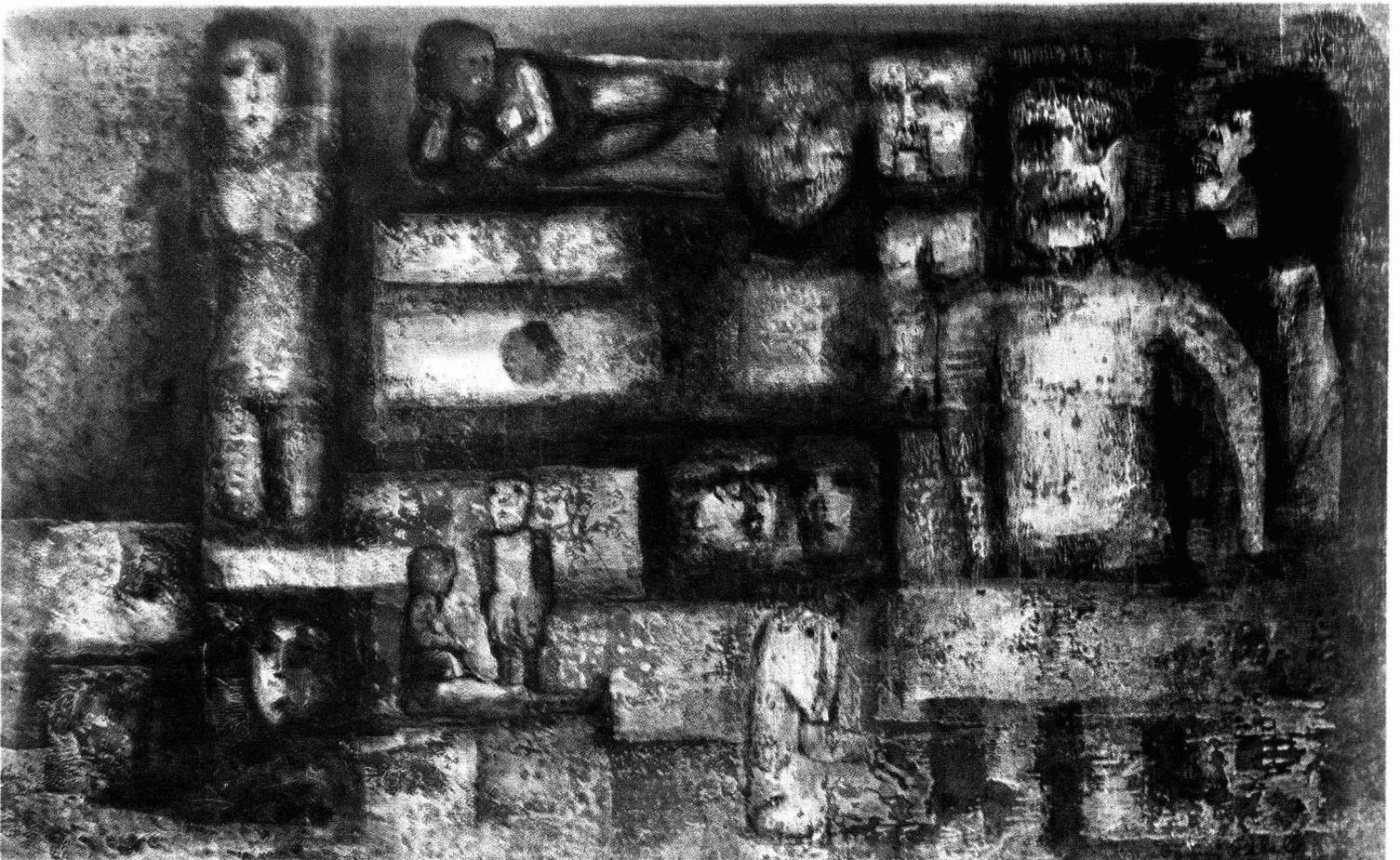


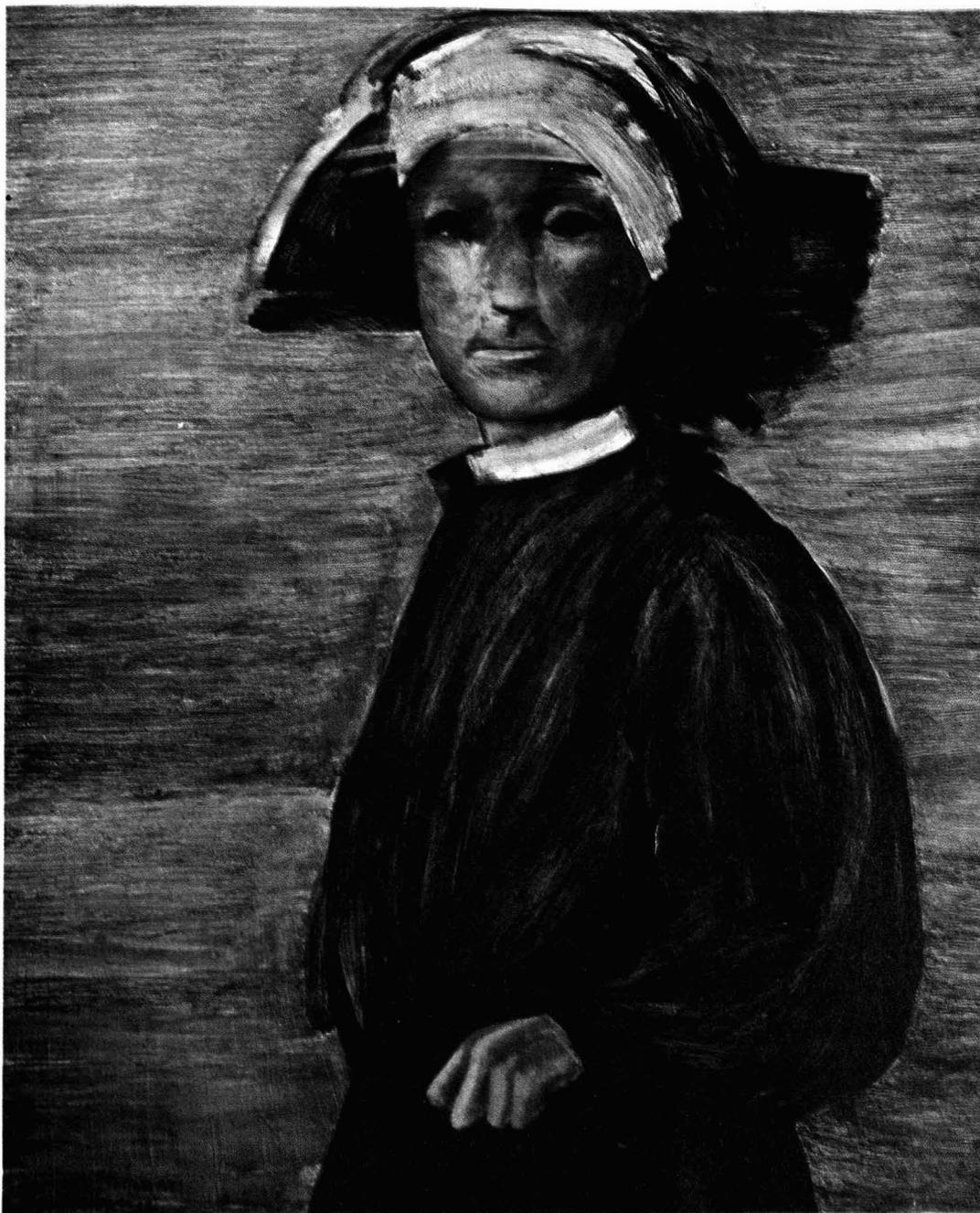
Alice Rahon

encantamiento, surgiera algo positivo. Éste fue un mal circunstancial que desde luego no afectó a los más conscientes, pero que sí dio un tono a lo que en México se hacía entre 1955 y 1960; en cierto modo incluso los mejor dotados resintieron ese fenómeno, porque quedaron separados como islas en un mar de corrientes confusas. La crítica joven, que desde luego sentía la misma necesidad de acabar de una vez con los esteriores de la escuela, se dio en ocasiones a alabar la pintura de los insurgentes nada más porque era insurgente; y aunque es bien cierto que la heterodoxia puede entenderse como una cualidad, es indudable que no puede ser suficiente para crear algo importante.

Al hablar del momento que estoy tratando de deslindar, resulta necesario referirse a una serie de artistas extranjeros que trabajaban en la mayoría de los casos desde hacía ya tiempo en nuestro país, pero que no estaban verdaderamente integrados a nuestro medio. Generalmente se trata de personas que eligieron residir aquí por una u otra razón, pero que hacían sus cosas ajenas a lo que estaba pasando en la república mexicana de las artes. Lo interesante del caso es que esos pintores que vivían en una especie de ghetto, conocidos y reconocidos por muy pocos, acogidos apenas por algunas galerías inteligentes, entraron a jugar un papel importante dentro de la vida cultural del país justamente en el momento en que rompió el enclaus-

Fanny Rabel





Francisco Corzas

tramiento anterior y se abrieron las puertas. Otros pintores que en ese momento o después llegaron a México no padecieron ya esa separación, sino que de una manera normal participaron y han participado dentro del conjunto de la pintura nuestra. Decir esto no es hablar estrictamente de pintura, pero vale la pena hacerlo porque demuestra, me parece, un importante cambio de actitud que, él sí, se reflejaba directamente en las obras de los artistas. Para tener una idea de la magnitud de ese cambio en nuestro ambiente, y de cómo ha llegado a permearse el mismo aparato oficial, baste recordar que cuando se llevó a cabo la primera bienal de arte americano en el Palacio de las Bellas Artes, no fueron invitados los pintores no mexicanos que residían en el país (y pocos de los heterodoxos tuvieron invitación), mientras que ahora siempre están presentes en las representaciones mexicanas.

Se encontraban en la situación que describo, artistas como Günther Gerzso, como Alice Rahon, Leonora Carrington, Remedios Varo. El caso de las dos últimas es de notar, porque a partir de la revolución de salón empezaron a gozar de una fama y un prestigio muy grande, y —tan diferentes como puedan ser una de otra por temperamento y por obra— alimentaron una serie de experiencias (sin ninguna liga con la exposición surrealista de 1940 y sus inmediatas secuelas, ni con el quehacer muy personal de artistas como Frida Kahlo) encaminadas hacia ese surrealismo fantástico y racional, metódico, de personajes vestidos muy raro, en sitios muy raros, haciendo cosas muy raras, pero siempre atrayentes en su tenue misterio. La fugaz ventolera de los malhechos seguidores de ambas señoras pasó, pero quedó una “sensibilización” del medio a ese tipo de expresión fantástica, que ha hecho po-



Roberto Donis

sibles o favorecido la obra de otros artistas más jóvenes y talentosos.

Si la escuela mexicana no hubiera llegado a los ínfimos niveles que alcanzó, y si no se hubiera negado sistemáticamente a toda renovación formal, quizá hubiera sido posible una continuidad. Quizá, independientemente de las personas, estaba dada una situación cultural tal que hacía todo desarrollo normal imposible. La reflexión resultaría ociosa si no se diera el caso de algunos artistas que trataron no de negar la escuela, sino de hacerla cambiar a partir de las premisas formales que estaban planteadas. Ricardo Martínez hizo un esfuerzo por ir más allá de la vulgaridad de sus contemporáneos, por galvanizar el menguado realismo a base de figuras sólidas y esquemáticas, incluidas en líneas envolventes que les dan pesadez de casi esculturas; a los colorines disparados sin concierto, de muy vaga y dudosa inspiración folklórica, opuso cuadros casi monocromos, de entonaciones tenues, de formas desdibujadas: extraña poesía en sus obras (si la hay), con un dejo de vulgaridad; desgraciadamente se asentó cómodamente en una receta de más o menos éxito, y lo que pudo ser el inicio de un camino no fue sino un sendero sin salida. Un caso

verdaderamente ejemplar es el de Pedro Coronel, quizá el artista nuestro que con más conciencia se echó encima el problema de entender lo que había sido la experiencia mexicana, y de rescatar para provecho de un fluir no interrumpido lo que le pareció que ahí había de salvable. Su obra se apoya en gran medida en lo que había sido la escuela, que para él sí tenía significado, que a él sí le decía cosas, y se abre en un amplísimo abanico de posibilidades que Pedro Coronel ha ido acariciando una a una. Su conocimiento y su permeabilidad a otros universos pictóricos le ha dado esa posibilidad de desarrollo. Aquel firme punto de apoyo o su personalidad como de piedra (o, más bien, ambas cosas coincidentes) hacen de su pintura una construcción sólida y definitiva. Pintura que huele a tierra, a animal, a sudor. El país, su tradición, su mugre, sus judas son algo para Pedro Coronel, que no pinta como si estuviera en cualquier parte, sino que se responsabiliza de una circunstancia, no por casualidad, sino por empeño sostenido. Pero la misma situación en que se desarrolló la obra madura de este Coronel hacen que su aventura sea una aventura tan solitaria como cualquier otra.

Entiendo, como he dicho, que la ne-

Arnaldo Coen





Francisco Toledo

cesidad de quitarse anteojeras y volver los ojos hacia fuera era un imperativo de la cultura mexicana a partir de la década de los cincuenta, y forma parte quizá de un movimiento de vaivén que nos hace ya concentrarnos y mirar sobre nosotros mismos, ya sentirnos partícipes del mundo. De pronto la cultura mexicana sintió, como otras veces, que estaba fuera del mundo de las naciones cultas y se dio prisa para, una vez más, ponerse al día. Se sintió de repente que el pecado mayor era el de la ignorancia. Octavio Paz dice que en México “ya nadie tiene miedo de ser acusado de ‘cosmopolitismo’”: podría hablarse del miedo feroz que se tiene ahora de ser acusado de no ser cosmopolita. Los afortunados pintores que han conseguido un mercado grande o chico fuera del país contemplan con infinito desprecio a los pobres chichimecas que no han podido traspasar la ya mítica cortina de nopal. Los suspirantes tiemblan, se atiborran de revistas y de monografías mínimas de máximos artistas actuales. La prisa por estar al día no les da tiempo para pensar en sus cosas, no les da tiempo de hacer sus cosas, de reflexionar sobre su propia pintura. Corren desafortadamente pero (Dios nos perdone) siempre llegan tarde. La maldición

de Sísifo que se abate sobre ellos confirma el complejo de inferioridad que es típico de los momentos de “mirar hacia afuera” que cíclicamente tiene nuestra cultura. El tiempo en que llega el amigo con las últimas novedades del exterior, el tiempo en que éstas aparecen en las revistas, el tiempo de conseguir las, y el que se lleva ponerse a hacer las cosas: el hecho es que cuando por fin se presentan ufanas ante el público, ya están atrasadas. No es la primera vez que, con las variantes históricas del caso, el fenómeno se presenta en México, desde la época del neoclásico. De la placidez comodina y segura en su inconciencia de quien se siente el ombligo del mundo, pasamos al ajeteo de la inseguridad total, a la carrera del complejo de atraso.

Quiero hacerme entender: no es que califique negativamente ese mirar hacia afuera, puesto que lo considero una necesidad inherente a nuestro ser. Quiero sólo indicar que el aspecto que presenta es a veces lamentable. Y concretamente, para la pintura actual de México se deriva una consecuencia importante. Puesto que en forma casi repentina se presentó la negación de lo anterior y la búsqueda, no siempre personal sino derivada en la peor forma de búsquedas

de otros en otros lados, el resultado fue la carencia de tendencias definidas y un sinnúmero de pseudoensayos diversos y divergentes (puesto que eran ensayos de otros, malamente adaptados a las dimensiones locales): y de ahí el panorama ciertamente caótico que presenta nuestra pintura actual. Y la situación no sólo se presentó así para la generación del "rompimiento", sino para la generación siguiente, que ya no tuvo escuela mexicana contra quien pelearse, para la

cual sus colegas de treintaicinco o cuarenta años no ofrecían programas concretos que rechazar o a los cuales sumarse, pero que está preocupada por la misma sensación de atraso y el mismo prurito de ponerse a la verdadera altura de los tiempos.

Hace unos diez años surgió, alrededor de Arnold Belkin, el grupo de quienes se llamaban a sí mismos "interioristas" y clamaban por un "arte neohumanista", pero la poca calidad de sus

miembros y el expresionismo trasnochado que proclamaban hizo que de ellos no quede ahora ni huella. Los "hartos", cuyo manifiesto redactó Matías Goeritz como "manifiesto moral" —aunque dirigido a los artistas— reunió a gente tan diversa entre sí que no llegó a adquirir como grupo una fisonomía distinguible.

En 1967 el Museo de Artes y Ciencias de la Universidad presentó una exposición llamada "Tendencias del arte abstracto en México". Aparte de que el

Rodolfo Nieto





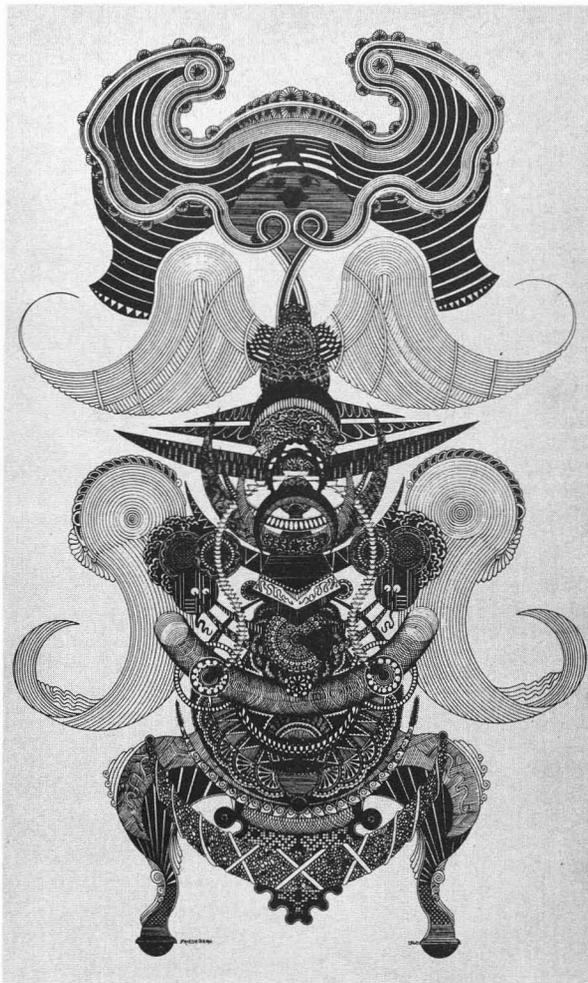
Roger von Gunten

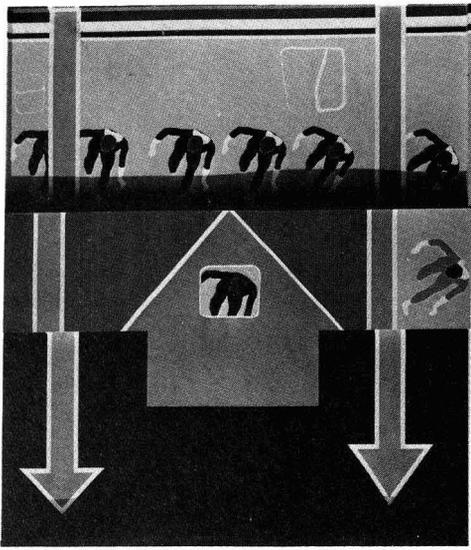
Pedro Friedeberg

concepto de “arte abstracto” para los fines de la exposición se hizo tan amplio que incluía todo lo que no fuera estrictamente escuela mexicana, y aparte de la calidad de no pocos de los participantes, lo que ahí se mostraba, en el fondo, era justamente la carencia de tendencias en el arte actual de México. Es decir, la carencia de programas (no necesariamente expresados en manifiestos, desde luego), la carencia de grupos que se dirijan con intereses más o menos comunes.

Anterior a esa exposición, la llamada “Confrontación 66” que organizó el Departamento de Artes Plásticas del Instituto de Bellas Artes (y que de alguna manera fue muestra de que la promoción oficial firmaba por fin —aunque tardíamente— el acta de defunción de la vieja escuela mexicana: a la que le tocó el último piso, entre lloros y lamentaciones) al mismo tiempo que permitía ver que en México había una verdadera pintura activa, dejaba también al descubierto la falta de estructura de lo que se estaba haciendo.

Podría pensarse que una situación así debería ser favorable al desarrollo personal de cada artista. Sin limitaciones ni presiones de ninguna especie, cada quien podría hacer su propia, personal, verdadera pintura. Al fin y al cabo la pin-





Felipe Ehrenberg

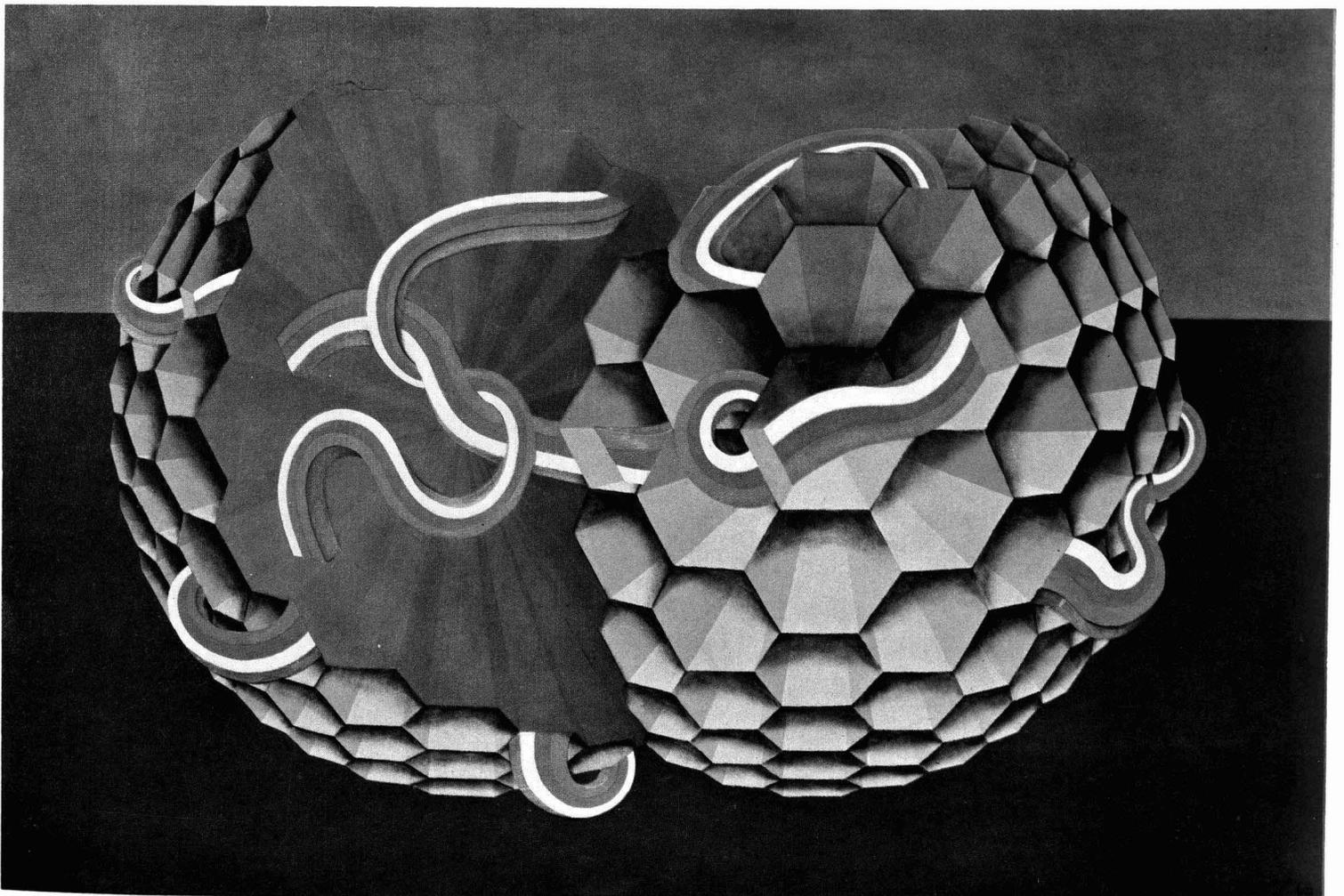
tura es un asunto de personas. Por mi parte creo que sí lo es, pero no sólo. Creo que la pintura, como cualquier arte y como cualquier expresión de eso que llamamos cultura es un asunto de individuos *después* de ser un asunto de circunstancias, de lugares, de tiempos. La experiencia de cada quien está colgando siempre de otras experiencias, en tiempo y en lugar. La pintura es una aventura individual pendiente siempre de otras aventuras individuales. En el fondo es siempre una suma, no una cifra aislada. No creo que la necesidad de recorrer solos su camino sea una ventaja para los pintores que ya llevan mucho y bueno andado; creo que es más problemática aún para la generación que debe empezar a tomar conciencia. La crítica misma (y por sabido puede callarse que la carencia crítica es una de nuestras debilidades) se pierde frecuentemente en el informe laberinto de nuestro panorama y se da a encontrar en cada pintor a un genio, en cada obra una revolución, en cada esfuerzo un logro. (Yo puedo confesarme culpable de haber cometido tal pecado.)

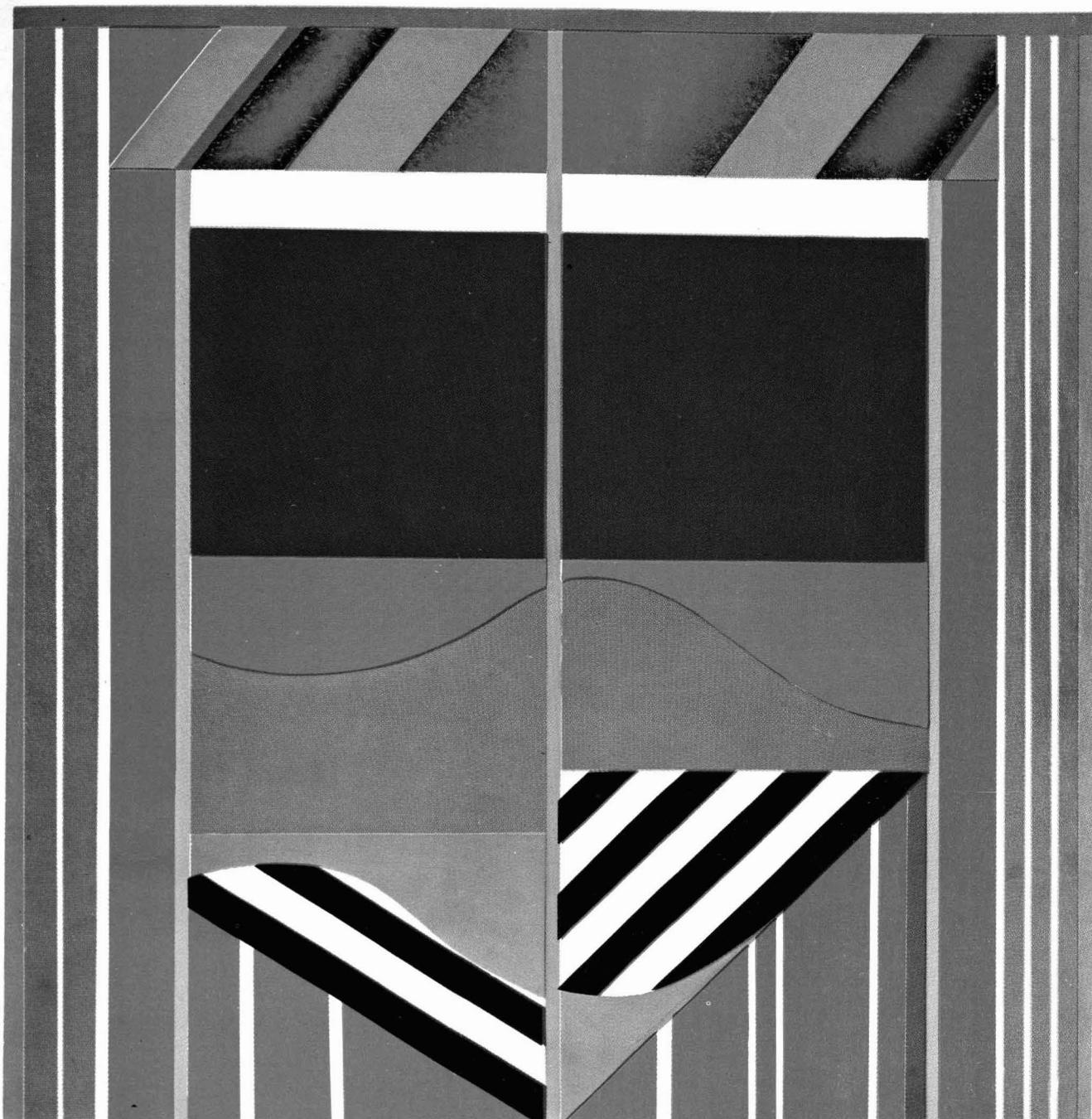
En esta confusión, algunas —no muchas— luces pueden verse, que nos aseguran de que aquí y ahora se hace pintura válida. La de aquellos que sí se han dado tiempo de reflexionar, que sí se han dado tiempo de construir una obra

paso a paso. No es posible aquí tratar de deslindar quiénes y cómo, ni quiero presentar el menú de la que considero la mejor pintura nuestra hoy por hoy. Pero no cedo a la tentación de citar a algunos (casi al azar, diría, para tranquilizar mi conciencia) como Gironella, en su mundo de infantas venidas a menos —o a más— en la pudrición espe-luznante de ensambles en los que se echa mano de cualquier cosa con tal de ejercer la inquina contra aquellas pobres niñas amortajadas en sedas, y contra su pintor de cámara; pudridero lujoso y feroz en que sin embargo no se llega a la basca por una íntima delicadeza que el pintor, como su modelo y como los modelos de él, conserva recóndita detrás de tanta grosería.

Si Lilia Carrillo, bienhecha y delicada, no parece ser más que una pintora correcta en cualquier parte, Felguérez, por su cuenta, trata constantemente de alcanzar otra dimensión en la opacidad de sus construcciones semi máquinas, semi muñecas (verdadera negación de la máquina y de la muñeca). Cuevas by Cuevas es siempre Cuevas: sus actuaciones se repiten una y otra vez, y siempre divierten, como se repite el rasgueo fino y firme de su pluma creadora o recordadora de íncubos y monstruos, gigantes, cabezudos y narizones. Uno va a las exposiciones de José Luis Cuevas

Ricardo Regazzoni





Kazuya Sakai

buscando alguna novedad: no la encuentra, pero siempre sale satisfecho de volver a ver las excelencias de su trazo y de su imaginación. Rodolfo Nieto se las agencia para una vez asegurar y dejar asentada su maestría, la solidez de una creación rigurosa y limpia, y la vez siguiente desconcertar con el más furibundo informalismo caótico y lleno de pegostes. Por su parte Arnaldo Coen se lanza a la empresa de abandonar su fino y riquísimo mundo de color, de textura y de línea —lleno de íntimas resonancias— para pop(ular)izarse; se necesita valor para hacerlo, y eso sólo basta para producir respeto.

Francisco Toledo y Brian Nissen nacieron uno en Oaxaca y el otro en las Islas Británicas, la pintura de uno viene de los cuentos de su abuelo, la del otro de cogitaciones en el puente de un barco carguero, cada uno recorrió caminos muy diferentes para llegar a donde se

encuentra; un extraño hilo de araña los une, sin embargo: en ambos hay el gusto por recobrar algo que la pintura había perdido hacía tiempo, valores que se llaman sensualidad, placidez, juego limpio, risa, gusto de hacer las cosas... La gente a veces ve sus cuadros y se entretiene en descubrir qué están haciendo los personajes y bichos que los pueblan, y olvida que esos valores de la pintura de ambos (tan diferentemente hechos acto en cada uno) no son valores agregados, sino que dependen de la forma libre pero tan rigurosa que los contiene.

Tal vez el único caso en que yo puedo descubrir de alguna manera una tendencia encaminada hacia algo concreto entre lo que ahora se pinta en México es el de algunos artistas que se encaminan a proponer el cuadro más como un objeto que como un modo de expresarse. Se trata de gente como Kazuya Sakai,



Brian Nissen

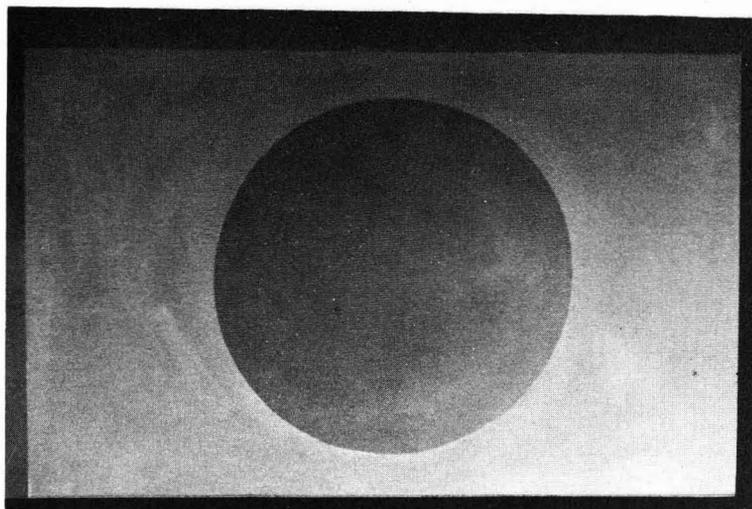
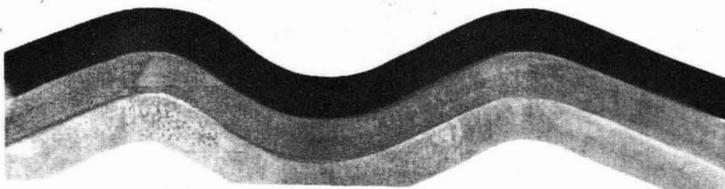
como Vicente Rojo, como Raúl Herrera, a los que podrían agregarse Felguérez, Ricardo Regazzoni y algún otro. Varios de ellos han partido de posturas radicalmente expresivas, del cuadro como diario sentimental del pintor, pero andando andando han desembocado en la actitud contraria. Han padecido y gozado las influencias más diversas, y en un cierto punto coinciden entre sí y coinciden, también, con alguna tendencia del arte fuera de México. Hablo de

coincidencias, porque lo que para mí es importante es precisamente el hecho de que lleguen a conclusiones en cierto modo similares pero por su propia cuenta. Saben lo que se hace en otras partes, pero no están copiándolo. No sé hasta dónde me lleve el entusiasmo, pero me siento frente a un hecho que me parece de la mayor importancia, porque veo aquí sí obras firmemente asentadas, que participan de un tiempo que es el de su época, pero que no son sólo

reflejo de otros mundos. Su pintura se debe a una comunicación fluida entre lo propio y lo de los demás: por eso resultan diferentes entre sí. Mientras Rojo, en la definición de sus signos y señales conserva todo un universo sentimental de culto por la materia pictórica, por la textura, que enriquece su obra, Herrera la envuelve en un dejo de sensualidad casi orgásmica y Sakai se ciñe a valores puramente cromáticos y geométricos. En ellos y en otros está la preocupación

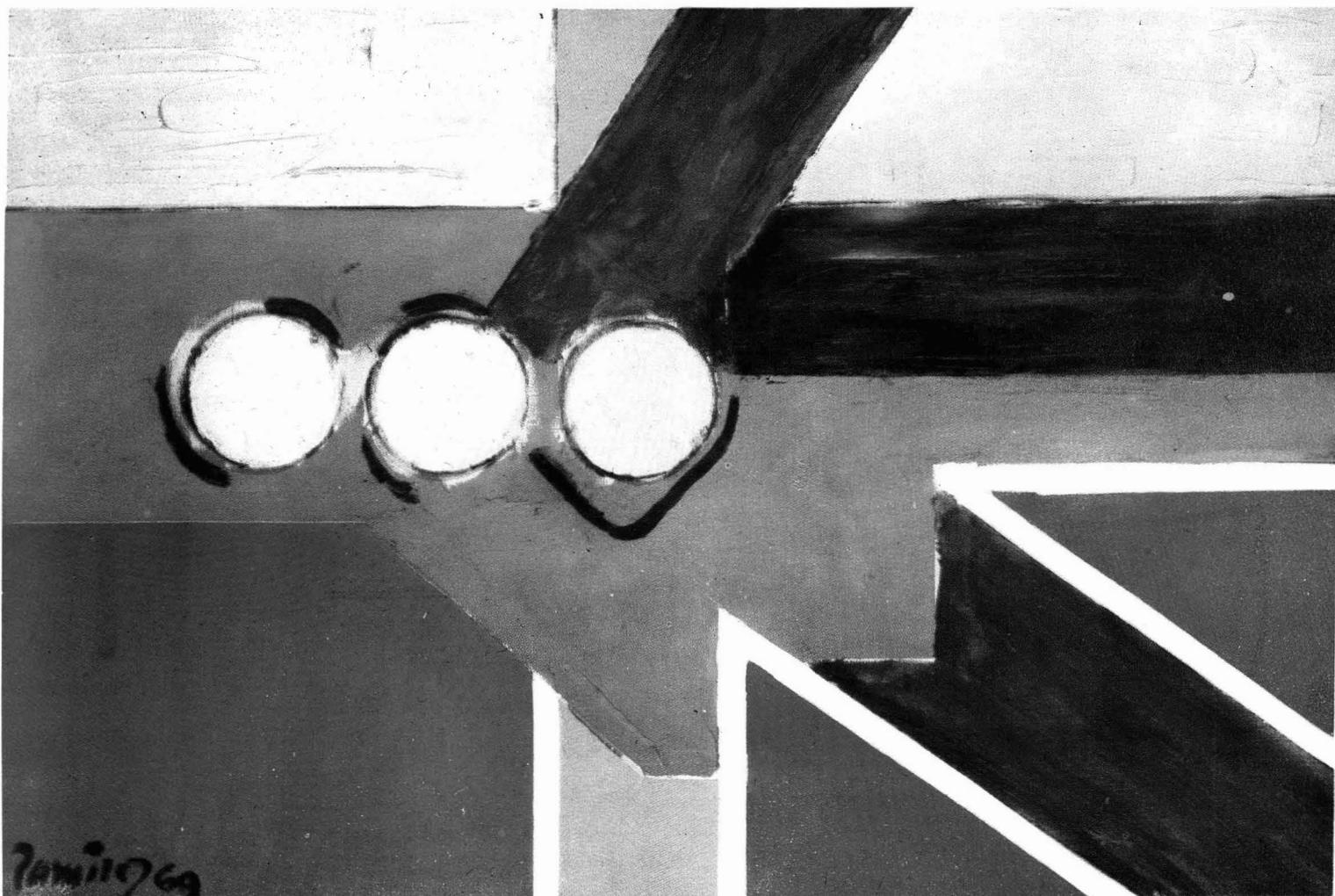
que quizá sea la charnela de la pintura de este momento: devolverle a la obra su condición de objeto y restaurar la tan debilitada relación entre obra y espectador.

La pintura actual de México es la suma de la obra de sus pintores. El mundo entero (y con él nuestro pedazo) participa simultáneamente de tiempos históricos diversos: conviven la coa y los cohetes supersónicos. La cultura de aquí va de la supervivencia de un romanticismo decimonónico milagrosamente conservado entre algodones para deleite de señoritas provincianas y horror de los "conocedores", a los pujidos de una vanguardia artística a carrera tendida. La "escuela mexicana" ha muerto, pero sobrevive en los murales que encargan los presidentes de mil y un ayuntamientos de toda la república. Estadísticamente podría sin duda demostrarse que la pintura nueva es la de los menos, y sin embargo es imposible no reconocer que es la única pintura viva y válida. En la confusión que reina entre esa nueva pintura mexicana, hecha tantas veces de despojos de otras partes, algunas obras firmes, llevadas adelante con talento y con conciencia, hablan un lenguaje más verdadero, más definido. En el fondo, no puede quejarse un país que cuenta con una decena de muy buenos pintores.

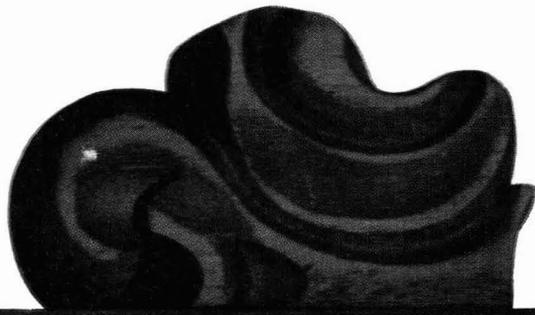


Raúl Herrera

Gabriel Ramírez



Victor





Jaime
Labastida
A la
intemperie

1
Invoco tu nombre como en un exorcismo
y me incorporo.
Bajo árboles de pólvora y silencio
te conjuro para que en ti
mi libertad no conozca medida.
Te consagro ahora estos pedazos
de papel maltratados;
cúdalos como si fueran
animales domésticos que comen de tu mano.

2
Estoy desamparado, interiormente destruido,
como si sólo azufre hubieran en mi pecho
encontrado mis dedos,
como si sólo úlceras, desnudez y vacío.
Una orfandad sin límites me descubre y denuncia.

¿Quién me arrebató mis cicatrices?

Estrechar tu cintura es descubrirme.
Quiero encontrar un cuerpo donde refugiarme,
un cuerpo, ¿el del anís, el tuyo, amor,
el de la lucha?, que sea el mío.
Pero en dónde protegerme
si llegan de todos sitios
noticias del desastre y adentro
de mí mismo las nutrias
devoran ruiseñores; sólo veo
el tentáculo carnívoro de las anémonas,
dos huracanes
y el enmohecido epílogo del mundo.
Ya sólo queda en mí
esta anatomía de garabato,
de sacudido en todas manos guiñapo
y caigo en el dolor, su ala me arrebató.

Ya no me reconozco.
En el aire camino como en una
inmensa piel de luces y topacios.
Nada peleo, pero desciendo
al cenote sagrado, al nauseabundo
pozo en donde están la escoria,

la muerte de mi amigo,
la herida que no me cicatriza,
la vida de tragedia
que somos y seremos.

Destruyamos. Que nuestros sucesores,
a su vez, destruyan. Que nos recuerden
por ser magos o brujos de violencia;
porque yo en golpes de continuada gracia
me construyo: mujer, revolución,
la vida, el mundo.

3
No hay sitio en el que pueda
apoyar la sombra de mis pies
del que no brote sangre
coagulada en piedra,
esqueletos del aire abrazados al limo.
De muerte y barro antiguo mi alimento.
Y nosotros, ceniza.

Cuando toco tu torso
hay algo que se quiebra.
Cuando estrecho la mano del amigo,
siento que crujen
arquitecturas de cristal y hielo,
que los pinos se hienden.
Parece dialogara con ausentes:
galopa, cráneo adentro, la vigilia,
ánades furiosos baten mi cerebro.
No tengo paz,
ni soy feliz ni nada.
¿Por qué esta mancha vegetal en la palabra?
Quizá arrebató esta mujer a otro hombre,
oh coágulo de tela, plumas, voces.

Cuando yazgo a tu lado, mujer,
brota un fantasma,
una mano sin huesos,
un cartílago muerto;
y entre mi boca y la tuya
gritan y jura desahuciados hombres.
¿Cómo besar entonces



tu mirada de ola, tus axilas
definitivamente submarinas?
Parezco dormir sobre siniestros.

Riesgo es entonces la cosecha,
frágil barca la joven,
pequeña alcoba tu vida
que me duele, mujer,
en el constante insomnio.

4

Algo caerá.
Las derramadas frutas nos darán alcoholes;
la cebada será fermento de catástrofe.

Cerremos los ojos ante tanto perfume
de sabinos secos. Por un instante,
cuando la araña sorbe el cerebro
de la mosca, miro la humeante
eternidad, esa pequeña boca
que devora; toda crisálida me pierde,
me destroza un guijarro,
el delicado insomnio de la abeja
me trastorna y deliro.

Y llegará la destrucción;
el esquema del nopal caerá en el suelo,
fallará en un punto la silueta del girasol,
podrido a muerte por la luna;
los coyotes comerán su propio corazón;
el águila será casi cartílagos
sin estructura vertebral ninguna;
no hay esperanza sino alcoholes
esparcidos por las noches
poderosas de viñedos
que truenan su amargura
en las quijadas de los montes.
El centeno, la piña, el mezcal,
la manzana luchando a muerte
por ocupar un sitio en mi garganta.

Vienen tus amados pero extraños senos,
en equilibrio intenso

sobre abismos de espadas
cuando bailas; pero la roca misma
es mariposa y tus senos
irremediabilmente van a la tiniebla:
no quiero, no puedo detenerlos,
queda incrustado en mi cerebro
un dardo, oh ternura
que se consume lastimándose.

Yo desnudo, trigo, alacrán,
mercurio que escapa de mis propias manos:
no puedo controlarme, no puedo
contenerme y ser el vaso
que limite al azogue.

Pienso la derrota
como si acabara de cometer un crimen.
Beso el pasto, muerdo el tronco
de árboles porque quiero que me dure
este delirio por amanecer,
oh, nubarrón eléctrico de dicha.

5

Apoyada en mi sangre
observas el vuelo regular de los insectos
y quiero desgajarte;
repetir este gesto que descubre
tu ya mil veces vista desnuda piel
de abedul tambaleante.

No duermas. Una vez más,
merodeador nocturno, encuentro
tus secretos resortes de delicia.
Y sin embargo entre los dos combate
un cenizante enemigo.
Parece no tuviera ya más
derecho al goce,
alguien en mi conciencia torturado grita.
Casi no puedo amarte,
hay cielos asesinos, vientos
que en exceso de vida nos mutilan,
polillas que de libros carcomen
la palabra indispensable y única.

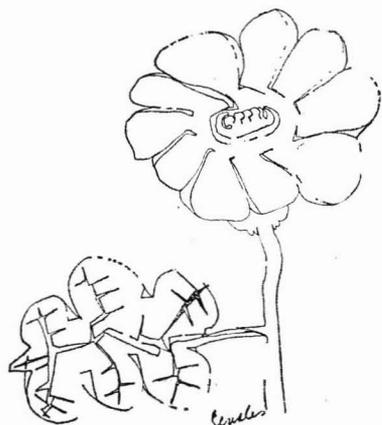
Sólo siento una espantosa lasitud de selva,
bostezos de pantano, caimán y garzas frágiles,
enjambre de insectos que caminan,
carcomido tronco de oyamel, mi cuerpo.

Y entonces me acostumbro
a disparar a bultos en la sombra,
maldigo al transitorio igual que yo
despojo del granito, la hormiga
que cercena la tierra paso a paso
buscando inútil horizonte
y entonces te combato,
crueldad y humillación de la esperanza,
parálisis del mundo,
hasta que anclemos
nunca
en una abra infinita.

6 *Intermedio. Retrato de mi hija con una dalia*
La mañana abre sus alas al otoño.
La niña le sonrío porque ignora el peligro,
la amenaza del cielo y su lluvia de luces.

Animales superiores me rodean;
mi casa es campo llano a sus pisadas;
la lamprea maltrata a mi hija
con tan sólo mirarla.
Y entro en galerías y *andamios*
interiores; un ejército
de descargas eléctricas me acosa,
estoy a la mitad de un relámpago,
matan a mi lado inocentes cebollas,
el rostro de un viejo me parece
el infierno surcado por arrugas,
la seca piel de un chivo.

¿Quién me arrebató mis cicatrices?



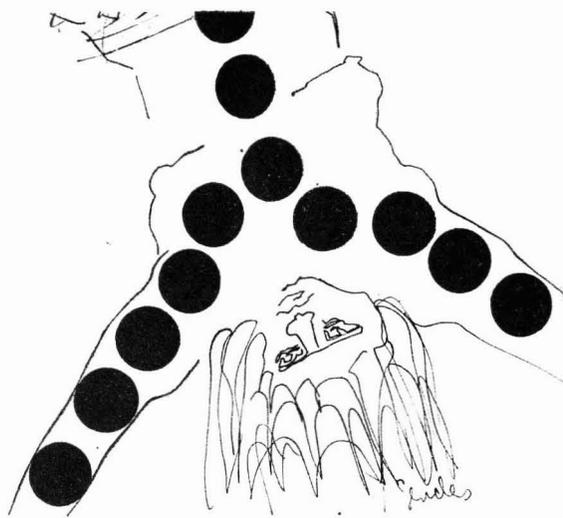
Sólo guardo la imagen de una dalia
aplastada y pistolas en las manos
de esos súbitos dioses.

7
También del nácar brota
la delicada astilla
que encaramada en mi hombro aúlla,
oboe feroz que al combate convoca.

En la blancura brota,
testigo de la peste,
el rostro que labramos
sin jamás terminar.
No reconozco silueta más exacta
de mí mismo que ésta de la lucha:
contra tus dientes de jabalí
desnudo embato, oh tajante,
oh fiel naturaleza.
Arde al tacto del agua mi piel,
potasio súbito, tenaz
silencio petrifica flautas
y el corazón se busca uñas
con que agredir al mono
que cuerda musical
de un golpe rompe.

Quiero en tus arenas suaves
sumergirme; morderte
para olvidar este clavel
que me recuerda el Asia.
Pero no puedo ni en tu pecho
guarecerme, hasta en tu vientre
leo el asesinato.

Con el viento aciago, el alquitrán
y las estopas me querello.
Hoy alimento un árbol
para que crezca equilibrado y tenso.
Miro el ademán del aerolito
al quemarse en la atmósfera
y empuño el arma
contra el rapaz quebrantahuesos.



Como un acto de amor,
un eucalipto abre sus puertas
a la postrera dársena.

8
¿Puede pegar el fuego de alaridos?
Sí, cuando en la piel purificada asoman
ojos que áridos y resecos,
la humedad, la muerte, desolada
noticia nos anuncian. Llamas
desde la carne brotan;
y de los huesos camina otro dolor,
del nervio al aire: en qué terrible
y terrenal camino busca la luz
la médula del hueso: en arrayán sonoro
convertido, en lenguas, en cristales,
en minuto más largo que una hora.

Soy el nervio hecho espuma,
la libertad, el salto,
la carrera suprema
que emprendo por sólo rescatarme:

Cuando hablo de árboles,
cuando hablo de árboles que crecen
adentro de la frente y que palpitan
venas que ciegamente, aunque sea luz,
el fuego oprime; cuando hablo de ayer,
hablo de ahora y de mi propia
condición de lastimado; el légamo
me imprime cicatrices; y de huellas
remotas, de la violencia, el crimen,
de los caminos que el látigo
o el puro rastro del ojo de la amada
cuando miró mi espalda,
dejaron en la piel, construyo
un mundo amargo, hermoso, donde soy
de mí mismo indagado, golpeado
para que nada pida y luce
porque al fin lleguemos
a sufrir de otra manera,
con un dolor más alto,
desde un espacio en el que ya no hay,

nunca,
esperanza.

9
Por años busqué, perro enyerbado,
escalar el volcán
o tirarme a sus llamas;
entre el todo y la nada,
la salvación, el destierro
del ángel y su espada flamígera.
Corrí adentro de mi esófago,
observé mi tráquea y la basura
que la eternidad arrojaba
a mis hombros. Por años
perseguí una puerta
cuando el campo era abierto,
un agujero por donde
introducirme en otra realidad
que no me castigara.
Destrozaba mis puños
en las puertas del cielo
clausuradas por siempre
a mis golpes de aldaba
en noches de tormenta y manos
que acarician
mi cabello aterrado.

Y esto es lo que pasa.
Busco la libertad, la vida,
ésta, donde devoro,
con sòmbra hasta los codos,
magra ración de pan y paraíso,
donde te amo, mujer,
cielo desplomado que refleja
una sonata negra en sus cabellos;
donde mis manos son
las de esa multitud que disloca
las vértebras del cráneo
al ceniztle enemigo
para que al fin te bese
sin que un dedo de espanto
se interponga y seamos
ebrios cuerpos de anís.

CARLOS MONTEMAYOR

MEMORIA

En las calles donde antiguamente se levantaban las mansiones de los Reales de la Universidad, construcciones viejas cuyas torres de cantera contrastaban con la oscuridad de los álamos, de rincones indefinibles se desprendía una música que sobre el empedrado duraba lo que diez tañidos de campana. Quienes vivieron allí —ahora todo está desolado y silencioso— recuerdan con tristeza aquella música. Muchos juran que era el canto de un niño; juran otros que era la voz de una mujer que dejaba entrar en su lecho a niños fatigados. Pero los más respetables aseguran que el ruido de las calles se mezclaba con los últimos ruidos de la demolición de las casas antiguas y la confusión producida era la música que escuchaban en aquellos tiempos y de la que hoy recuerdan, con añoranza, su quietud e inmensa dulzura.

MARIANA

Mariana me dice que en esta ciudad, en noches calurosas o de lluvia, aparece de pronto en las calles, a la vuelta de una esquina, que cunde el terror y la multitud muere envuelta en una huida desesperada. Se dice que después camina sobre los cadáveres y en el lento recorrido sus uñas se entierran en la carne tan profunda y dulcemente que los cuerpos se abren con facilidad.

Mariana me dice que sucede en las noches. La ciudad se torna extraña, el aire se adormece, el ruido de las calles se hace dulce y todo parece muerto, como inmensamente antiguo. Quien está

cerca cuando aparece no sobrevive; es visible un instante, y así como alguien que pasea su mirada ociosamente puede morir, también ocurre que alguno se vuelva a ver un segundo más tarde y sólo vea la multitud de cadáveres abiertos que no lo hará morir, sino enloquecer.

Mariana jamás lo ha presenciado, pero me cuenta con sus labios y sus ojos las historias que hay en torno de esas noches de calor o de lluvia, cuando viene el repentino surgimiento en las calles y mata a multitudes que pierden la belleza de esta ciudad para siempre.

DE CAELO ET INFERNO

Los hombres de Eneldos (todos los ancianos del Norte), versados en su temor divino, afirmaban que se requería una intensa preparación piadosa para llegar al Paraíso, porque ahí todo es Distinto y Terminado y Puro. Un hombre sin preparación que llegara a estar en él —descartando que quisiera encontrar seres eternos, lugares infinitos, voces de luz, vírgenes que vez tras vez renueven su sangre limpia, suave— encontraría que cada movimiento de las cosas, cada línea del mar o de la arena, cada ruido del viento o de la noche, desaparecen ante cosas por completo desconocidas, privadas de un sentido o referencia humana, cuya sola presencia, perfecta, indescifrable, haría que ese hombre muriese de silencio, de sed, de miedo principalmente, de un terrible miedo y bien podría tomar al Paraíso por el Infierno. Gregorio de Niza impugnaba la pobre visión de este mundo.



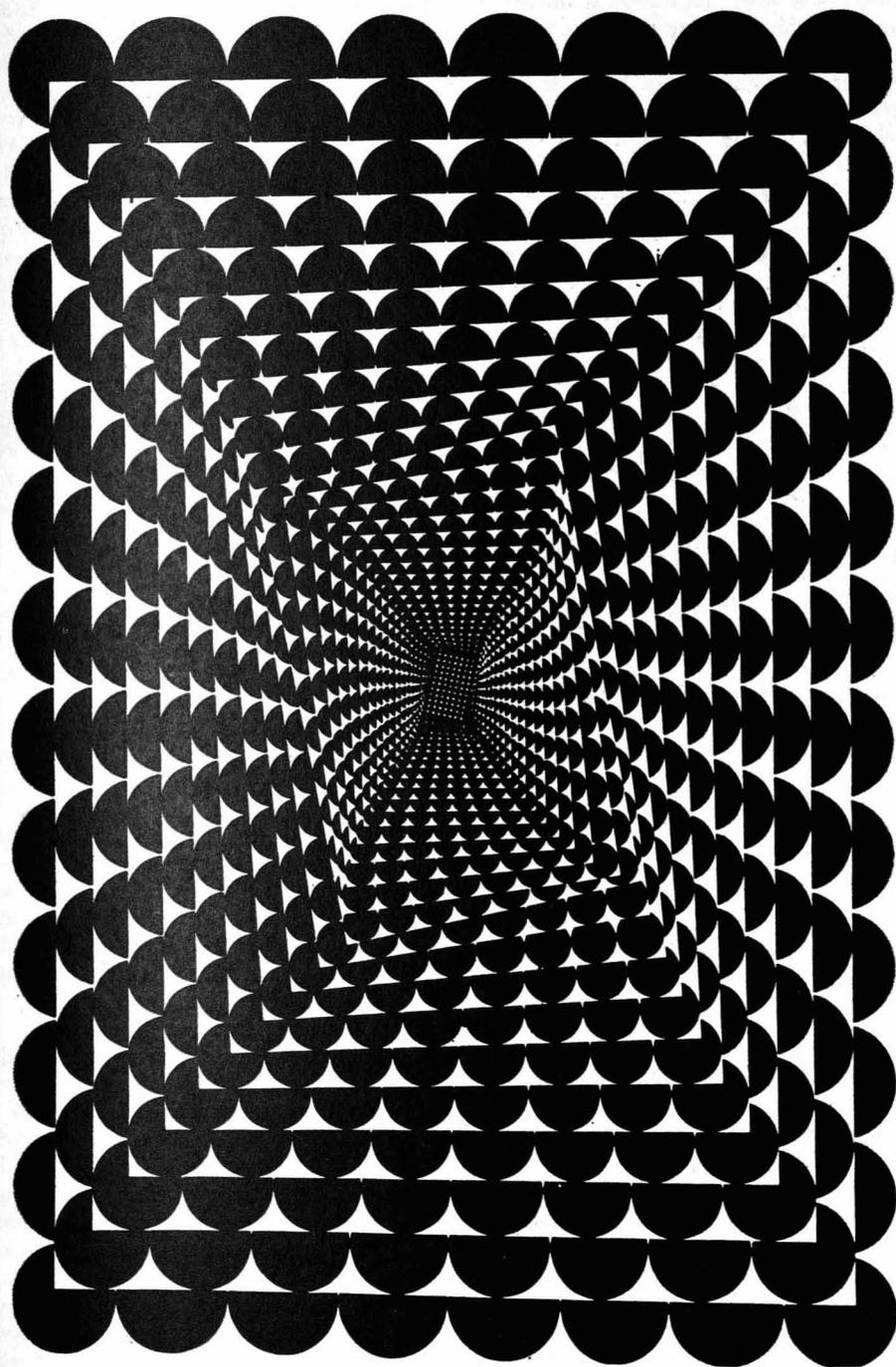
RAFAEL CORONEL

Rafael Coronel: surgimiento de un río en el mapa de la pintura mexicana. Su obra ha crecido atropelladamente, a borbotones. Seguirá creciendo. Sus formas, abstractas o no, a veces caligrafías fulgurantes, comprueban por su imaginación que Rafael Coronel —no me importan las clasificaciones, ni las influencias en él ni en los otros pintores jóvenes— es de los mejor dotados. Ha creado ya una obra fuerte, suelta y ágil. —*Luis Cardoza y Aragón* (1964)

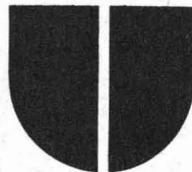
hojas de crítica

17

Suplemento de la Revista de la Universidad de México/volumen XXIV/número 7-8/marzo-abril de 1970



—Jeffrey Steele



Sumario

Letras

Julio Ramón Ribeyro, escritor
íntimo,
por C. E. Zavaleta / 2

Libros

Tres notas de Miguel Donoso
Pareja:

- 1 Integración racial y lucha
de clases en los EE.UU. / 3
- 2 *Conversación en La Catedral* / 6
- 3 *Reivindicación del Conde
don Julián* / 6

Génesis de la conciencia liberal,
por Carolina P. Cicero / 8

*El movimiento estudiantil de
México*,
por Humberto Musacchio / 9

Problemas de población,
por Iván Restrepo Fernández / 11

¿Un nuevo romanticismo?,
por Margarita Peña

Guía de los últimos libros / 14

julio ramón ribeyro, escritor íntimo

Por C. E. Zavaleta

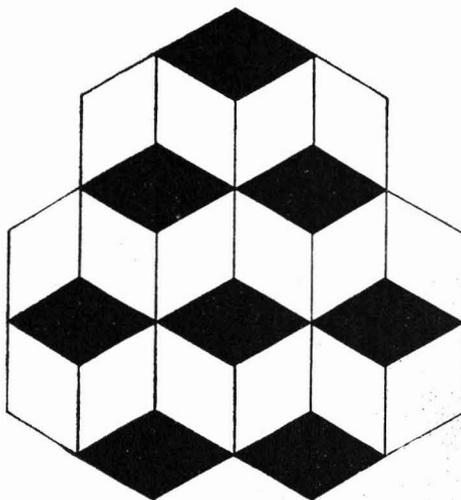
A los cuatro años de publicada en Lima *Los geniecillos dominicales*, con que ganara el Premio del diario limeño *Ex-preso*, acaba de aparecer en México la reedición de esta última novela del excelente pero aún poco conocido escritor peruano Julio Ramón Ribeyro.

La anterior novela suya de 1960 (ha escrito dos novelas y cuatro volúmenes de cuentos), *Crónica de San Gabriel*, había elegido la técnica del narrador autobiográfico, el orden temporal que va del presente al futuro y el minucioso añadir de anécdotas, una sobre otra, además de dibujar en cada capítulo diversos estados de ánimo del protagonista, en una espiral necesaria para comprender los hechos y el influjo de éstos sobre la psicología de aquél. Ese viaje a la sierra de un joven limeño, pensativo y sensible, permitió que Ribeyro nos describiera el conformismo y las timideces del personaje, y pintara en detalle sus reacciones más íntimas, menos proclives a la sensualidad que al intelectualismo. Buen lector de Stendhal, Flaubert y Joyce, para Ribeyro era fundamental el examen de la conducta individual donde se reflejan muy poco las variadas influencias de la sociedad. Lo importante era el ojo tímido y palpitante que observa el curso de las cosas y las sucesivas ligaduras (por lo general son sufrimientos) que atan al hombre con el monstruo colectivo. Eso sí, la abulia del protagonista dominaba el conjunto y con ella Ribeyro parecía postular la idea común, anterior y posterior a Hamlet, de que en los intelectuales faltan la decisión y los actos.

En *Los geniecillos dominicales* el mirador cambia y se aparta del narrador autobiográfico. El novelista describe ahora el grupo formado por Ludo Totem (nombre grotesco y risible) y sus jóvenes amigos limeños, que en el fondo viven de ilusiones, pero que en la práctica desdennan a las generaciones mayores, urden insultos contra ellas y contra el medio obsoleto, y entran en el círculo vicioso de una abulia que es la misma de la *Crónica de San Gabriel*.

Este grupo de geniecillos sólo esporádicos ("domingueros" o "de chiripa", como se dice en el Perú, y en el resto de la semana muy "tontillos", como diría el poeta César Vallejo) constituye para Ribeyro algo así como una réplica a la galería de semblanzas y retratos que apareció casi un siglo atrás, en un folleto firmado por el viejo e involida-

ble Ricardo Palma, guardando las distancias y temperamentos de ambos autores: la "bohemia de mi tiempo" llamó Palma a su banda vocinglera de amigos entre los cuales había poetas, escritores y simples aficionados al buen vivir o las malas artes. ¿Quiénes integran la "bohemia" de Ribeyro? Estudiantes universitarios, otros jóvenes que voluntariamente han renunciado a la universidad, y frente a ellos, la fauna de los bares, a ratos ingenua y a ratos delincuente, las casas de cita, y las calles, siempre las calles, donde estos ociosos y sensitivos hijos de



familia se sienten huérfanos. Algunos de ellos, como Ludo, son futuros novelistas; otros, futuros poetas, ensayistas o meros fabricantes de frases ingeniosas y procaces; y también hay especímenes que son unos completos fracasos vitales o artísticos. Todo el grupo se reúne en el bar "Palermo", en la esquina de la Colmena y el Parque Universitario de Lima, o asiste aburrido a las lecturas de cuentos en el "Ateneo", nombre disfrazado del antiguo local de "Ínsula" de Miraflores, en la avenida Alfredo Benavides. El sustento espiritual de la falange de jóvenes no es la Universidad de San Marcos, famosa pero apagada y mortecina en su renombre, ni sus lecturas atrasadas, ni el pisco barato que beben en cuanto bar encuentren, sino el humor negro y la dichosa melancolía que los vuelve precozmente viejos.

Ludo Totem, además de aquel medio, frecuenta el de sus familiares, personas de abolengo venidas a menos, y pasea

por Miraflores, barrio que ama profundamente y cuya combinación de alamedas, quietud y vecindad al mar le brinda un cuadro decadentista y romántico, en contraste con el Miraflores violento, duro y obscuro de las páginas de Mario Vargas Llosa.

El único conflicto en esta novela mayormente descriptiva sucede cuando el pacífico Ludo choca con la brutalidad del "Loco Camioneta" —un rufián— por ponerse a perseguir a una mujerzuela. Previamente había cotejado su personalidad con la de su amigo Segismundo, quien una vez visita San Marcos sólo para burlarse con ingenio e incipiente locura de los estudiantes y pretende desnudarse en el patio de Letras. Así, abonado el terreno para que los lectores nos digamos que en Lima y Miraflores no hay salvación para los sueños sentimentales y artísticos de Ludo, éste mata impunemente al "Loco Camioneta", y vuelve, sin arrepentimiento alguno, con un cinismo pueril e inconsciente, a la rutina habitual.

He aquí una novela de cuadros grotescos y agrídulces como le gustaría a Sherwood Anderson. Algunos lectores peruanos acaso celebren el hecho de que los personajes sean copia fiel de personas reales, conocidas, que ahora mismo están en "Palermo" o en algún bar de Surquillo, o lo que es más penoso, en un manicomio auténtico de Lima.

Dicho aspecto es menos importante que los medios expresivos empleados por Ribeyro. La incorporación del diálogo en la narración, las mezclas de descripciones con evocaciones, la acumulación de detalles descriptivos, el empleo de elementos irracionales y telegráficos en una prosa discursiva, muestran que Ribeyro se decide por experimentos nuevos en cada uno de sus libros. En los cuentos de *Tres historias sublevantes* (1960) había mucho de clisé social, inaparente en él afecto a las sensaciones delicadas y tortuosas y al detallismo psicológico. En los otros relatos de *Las botellas y los hombres* quizá faltó la rotundidad de los temas, el vaivén del tiempo y el espacio más o menos puros y tejiendo de veras la vida de los hombres, costumbre maestra que habíamos aplaudido en *Los gallinazos sin plumas* (1955), el gran libro de Ribeyro. Aquí en *Los geniecillos dominicales* hay excelentes caracterizaciones, como las de Segismundo y Pirulo, y hay siempre dos planos narrativos, el de las cosas aparentes y rígidas, y otro en que brota la comedia risible, llena de significados psicológicos y sociales, donde hasta los fanchos figen ser intelectuales. Y esta deliciosa comedia acaba bruscamente en el asesinato efectista y truculento del "Loco Camioneta".

Valioso escritor como es en cada paso que da, Ribeyro busca y halla nuevas facetas del mundo de la clase media peruana, cuya pobreza material se compensa, para el arte, por su riqueza de sentimientos contradictorios y su casi infinita variedad de indecisiones.

libros

Tres notas de Miguel Donoso Pareja

I

integración racial y lucha de clases en los ee.uu.

Cuando Eldridge Cleaver publicó, el año pasado, su *Soul on ice* —editado ahora en México como *Alma encadenada* (Siglo XXI, 1969), con la inclusión de varias cartas de Cleaver y Beverly Axelrod, bajo el título de *Preludio de amor*—, muchos cambios ideológicos se habían producido dentro del movimiento negro de los Estados Unidos, desde el desprendimiento de Malcolm X de los Black Muslims y la fundación del grupo de los Black Nationalists, hasta el surgimiento de los partidos del Poder Negro, con Stokely Carmichael y Rap Brown a la cabeza, y de la Pantera Negra, cuyo ministro de Información llegó a ser, precisamente, Cleaver. Y también algunos hechos muy significativos, como los asesinatos de Malcolm X, primero, y de Martin Luther King, después.

En un momento dado, Eldridge Cleaver fue considerado una especie de “heredero político” de Malcolm X. El calificativo, si bien tiene mucho de verdad, nos parece que se queda corto, ya que Cleaver va más allá, en muchos puntos, que el ex musulmán negro escindido de la secta de Elijah Muhammad.

EL LIBRO DE CLEAVER

Con una prosa directa, pero llena de resonancias, uniendo una sensibilidad y vitalidad increíbles a una inmensa capacidad de análisis inteligente, Eldridge Cleaver compendia en *Alma encadenada* el proceso que ha llevado a los negros a rechazar la simple integración y a plantear un cambio en las estructuras de poder de su país como única posibilidad de salida para el problema negro.

Cleaver, entonces, propone la cuestión en dos dimensiones: 1. En un contexto humano, buscando la rehabilitación psicológica del negro para que no se sienta inferior al blanco, aunque tampoco más. Vista así, la “integración” no vendría a ser sino la posibilidad de los negros para convertirse en blancos, de recibir el favor de que se les “perdone” su color; y 2. En un contexto político, porque en los EU, señala, “se ha puesto de manifiesto un conflicto político entre las generaciones que es más profundo, inclusive, que la lucha entre las razas”.

De esta manera, Cleaver va plantean-

do una serie de estratos psicológicos que han ido desarrollándose dentro de la lucha racial en su país, desde la posición de los “no violentos” —que buscan la integración como una manera de gozar, aunque sea individualmente, de las ventajas de los blancos— hasta el otro extremo, el de los separatistas, los Musulmanes Negros, sostenedores de la superioridad de la raza negra.

De estas dos posiciones Cleaver —aun manifestando claramente su convicción antirracista— llega a admitir el valor que, en un momento dado, pudo tener el racismo de los Musulmanes Negros como reacción psicológica positiva para liberarse de la mentalidad de esclavos que muchos negros norteamericanos seguían —y aún siguen— soportando. Un hermoso ejemplo de esto nos lo da Cleaver al hacer el análisis de la pelea Casius Clay-Floyd Paterson, en la cual Clay fue, incluso dentro de su racismo, el “negro

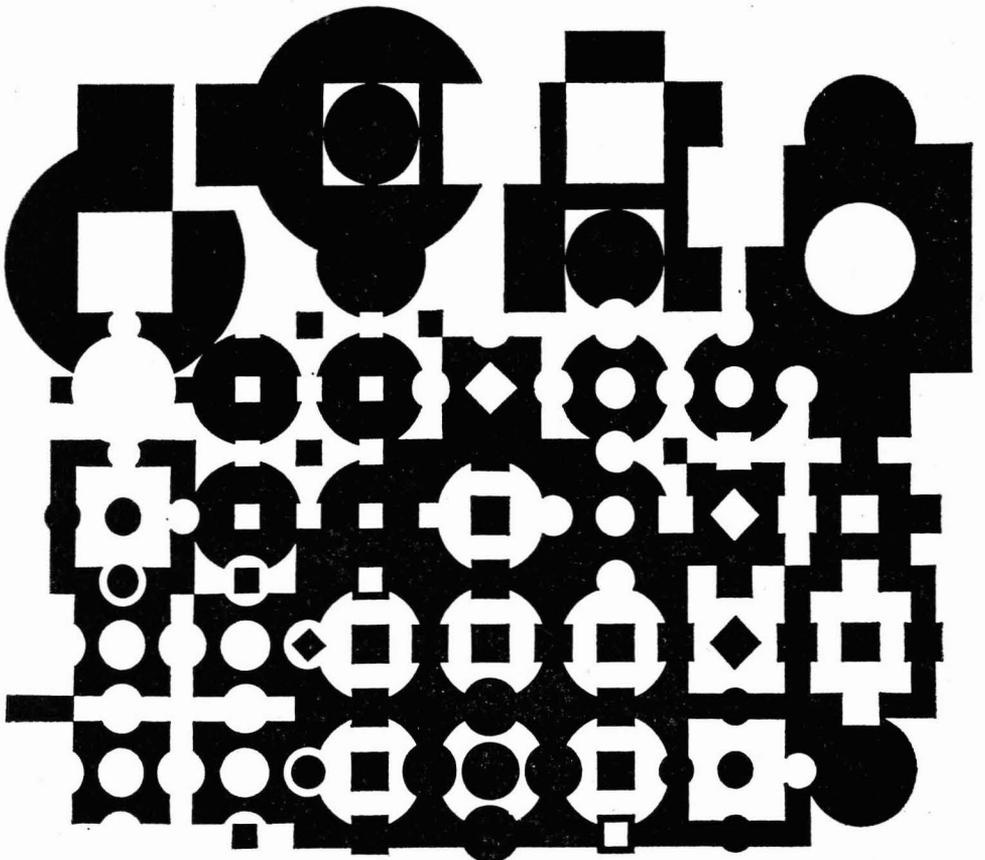
libre”, y Paterson, por su mentalidad de esclavo, “la esperanza blanca”.

Tras señalar que la raza blanca se ha quedado sin héroes y que, en última instancia, nunca los ha tenido, a no ser para explotar y hacer el mal a otros pueblos, Cleaver se detiene en Malcolm X para recalcar su valor al “cambiar sus concepciones y renunciar al punto de vista racista”, así como “reconocer la posibilidad de hermandad entre blancos y negros”.

De inmediato, Cleaver anota: “mucho nos alegró sentirnos liberados de una doctrina de odio y supremacía racial. La carga que supone enseñar el odio y supremacía raciales, que es precisamente la carga del hombre blanco, es muy difícil de llevar”.

Pero esa posibilidad de “hermandad entre blancos y negros” no está planteada por Cleaver como una entelequia sino como una unidad de miras entre los blancos y los negros explotados, incluyendo entre sus enemigos no sólo a la burguesía blanca sino también a la burguesía negra. Y señala, entonces, que “existe en los Estados Unidos, hoy en día, una generación de jóvenes blancos digna verdaderamente del respeto del hombre negro, y es éste un raro acontecimiento en los sucios anales de la historia de los Estados Unidos”. Luego agrega que esos jóvenes blancos están tomando ahora “la iniciativa, para atacar los problemas de la sociedad general”.

Esta fuerza de los negros para luchar e incluso para pensar políticamente en su lucha, no podía producirse sino mediante un cambio de mentalidad, un desechar



—Victor Vasarely

de cualquier idea que propusiera al negro como inferior. El sexo, el amor, la belleza, son abordados siempre por Cleaver con esa finalidad. Son parte importantísima de su libro, una reafirmación más del negro como ser humano, de su sensibilidad y de su lucidez, de su capacidad para conservar y reevaluar su identidad.

LAS IDEAS DE MALCOLM X

En un discurso ante The Militant Labor Forum —citado por Grinberg en *La nueva revolución norteamericana* (Editorial Galerna, 1968)— Malcolm X hizo una declaración de principios respecto a su posición política después de su rompimiento con los Musulmanes Negros. En él puntualiza que su lucha está dirigida a conseguir que se respeten “los derechos de todos los seres humanos, en especial los afro-americanos, porque mi religión es una religión natural y la primera ley de la naturaleza es la autoconservación”.

Después subraya: “No estoy en contra de Norteamérica. Y no digo esto para defenderme o precaverme de ataques. Porque si yo fuera antinorteamericano, después de lo que Norteamérica nos ha hecho, tendría todo el derecho del mundo.”

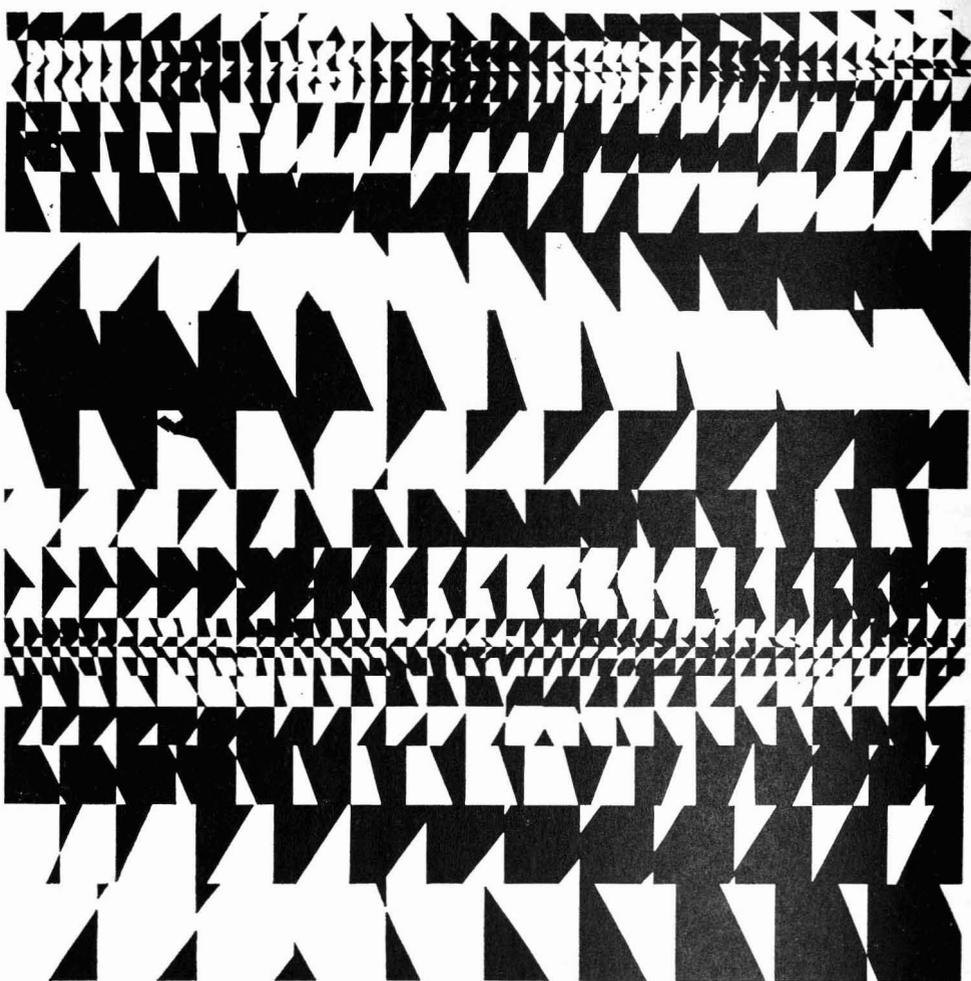
De inmediato habla del descubrimiento de la “palabra mágica”: *poder*. Y señala que los negros han entendido, al fin, que la única manera de terminar con la opresión es oponerle otro “poder”, en este caso el “poder negro”.

Finalmente, Malcolm X remarca que “la mejor manera de elevar la conciencia política de los negros norteamericanos es extender sus perspectivas más allá de las fronteras de los Estados Unidos, es hacerles entender que deben plantear su lucha en la escena mundial y no solamente en la escena norteamericana. Más adelante puntualiza: “El enemigo de mi enemigo es mi amigo”, dejando abierta la posibilidad de todas las alianzas.

STOKELY CARMICHAEL

En *Poder y racismo*, Carmichael dice: “Comencemos por el hecho básico de que los norteamericanos negros tienen dos problemas: son pobres y son negros. Todos los demás problemas, la carencia de educación, la llamada apatía del hombre negro, arrancan de esa bifacética realidad. Cualquier programa para acabar con el racismo debe partir a su vez de esa doble realidad.”

“La comunidad blanca”, añade, “prefiere hablar de integración, porque la integración se refiere sólo al problema del color y deja de lado el de la pobreza”; para luego asentar: “Hay una tarea vital a realizar entre los blancos pobres. Esperamos ver, llegado el caso, una coalición entre los negros y los blancos pobres. Es la única que nos parece aceptable, y vemos esa coalición como el instrumento interno más importante para cambiar la sociedad norteamericana.”



CLEAVER: UNA SÍNTESIS LÚCIDA

En *Alma encadenada*, Cleaver hace una lúcida síntesis del desarrollo del pensamiento revolucionario negro, desde la superación de lo que llama EU Essien-Udom (en *Nacionalismo negro*, Editorial Novaro, 1967) el “dilema negro” (sus limitaciones psicológicas y las debilidades y contradicciones de su “subcultura”), hasta la concientización de que lo más importante es la pobreza y no el hecho de ser negro —lo cual implica una eventual alianza de negros y blancos pobres y, consecuentemente, de una lucha de clases—, así como la necesidad de integrar el movimiento negro a los movimientos revolucionarios de todo el mundo.

Todos estos elementos, por cierto, se encontraban dispersos, en vías de integración, en los pensamientos de Malcolm X, Carmichael y otros (incluso M. L. King, con puntos de vista muy diferentes, habla de una minoría negra beneficiada por la integración: la *clase media negra*). Cleaver los organiza y los amplía.

A partir de un señalamiento básico —que “lo que el negro necesita y busca conscientemente ahora es el poder político y económico”— el ex recluso de la cárcel de Folsom subraya que “hay ricos y pobres en los EU” y que “hay negros y blancos, indios, puertorriqueños, mexicanos, judíos, chinos, japoneses, árabes, todos dotados de derechos iguales, pero propiedades desiguales”, cosa que él califica de opresión colonial interna del imperialismo.

EN LA COYUNTURA INTERNACIONAL

Visto el problema negro como una expresión del colonialismo norteamericano a raíz de la importación de esclavos de color, la lucha de los norteamericanos negros se convierte en una lucha de liberación nacional.

Para Cleaver ésta —la revolución de los negros— debe vincularse estrechamente “con los movimientos de liberación nacional del mundo entero”. Esto lo expresa, más adelante, en la siguiente brillante y visualizable forma: “Vivimos hoy en un sistema que se encuentra en las últimas etapas de un prolongado proceso de descomposición a nivel mundial. Los regentes de este sistema están abrumados de problemas. Se lucha contra la injusticia a cada paso, en todos los niveles. Quienes lo gobiernan consideran que la mayor amenaza estriba en los movimientos de liberación nacional en el mundo entero, especialmente los que se están llevando en Asia, África y América Latina. Para poder librar guerras de sofocamiento contra estos movimientos de liberación nacional en el exterior, deben contar con la paz, la estabilidad y la unidad de propósitos en el interior. Pero en el interior existe un Caballo de Troya, un negro Caballo de Troya, que ha tomado conciencia de sí mismo y ahora está luchando por levantarse. También él exige liberación.”

De inmediato, Cleaver hace hincapié en que mientras la lucha de los negros ayuda a los otros movimientos de libe-

ración nacional, la de éstos ayuda a la de los negros. Por eso, subraya, "el problema racial norteamericano no puede ya enunciarse o resolverse aisladamente" sino en relación directa con la guerra de Vietnam o cualquier otra que se libre, en cualquier lugar del mundo, en busca de la liberación nacional.

De esta manera, mientras propone una ligazón en la lucha de los blancos y los negros pobres en el plano interior, plantea la necesidad de actuar aceleradamente y a fondo dentro de la actual coyuntura internacional.

LA POSICIÓN DE LOS DETENTADORES DEL PODER BLANCO EN EU

En *El negro, vergüenza y rebelión* (varios autores, Editorial Novaro, 1969) se plantea la posición de los detentadores del poder blanco en los EU.

Louis Banks, director-gerente de *Fortune*, propone el asunto en los siguientes términos: "las empresas de los Estados Unidos están capacitadas para señalar el camino hacia una mejor sociedad urbana". Robert C. Weaver, secretario de Vivienda y Desarrollo Urbano, señala, por su parte: "otros han comprendido que sus compañías tienen finalidades en común con las ciudades y los negros de los ghettos (!) —la admiración es nuestra— y, por eso, los hombres de negocios se están comprometiendo a abordar los problemas de nuestras ciudades. Para ese fin, están aprovechando su inteligencia, experiencia y aptitudes singulares en su empeño por ayudar a los pobres a que aprendan a ayudarse a sí mismos, y, al hacerlo, actúan como semejantes y ciudadanos responsables así como comerciantes y productores eficientes".

Desde este punto de vista —en el que humanidad se equipara a comercio y producción eficiente, y pobreza con estupidez e inercia— no es raro que se diga que los mensajes de Malcolm X y Carmichael son "de odio" y que "la actitud rebelde de muchos negros no constituiría, por sí misma, un peligro revolucionario en una sociedad fuerte que esté capacitada para tratar esos embates mediante una combinación formada de concesiones y de represión" (el subrayado es nuestro).

Esta combinación "ideal" migajas-represión, que sustentan los hombres de negocios —"ciudadanos responsables", "comerciantes y productores eficientes", en contraposición a la irresponsabilidad e "ineficacia" de los pobres, especialmente los negros— es reiterada más adelante cuando, refiriéndose a los hechos de 1967, el libro opina: "los tumultos de 1967 fueron una advertencia de que funcionalmente la ciudad puede estar tan débil y perturbada que no pueda conceder, ni conceda, lo que los negros piden en justicia, ni sepa reprimir las tácticas ilegales que resultan de la negociación de esas demandas".

En otras palabras, los directivos de las empresas norteamericanas quieren "conceder" lo que los negros "demandan en justicia" —esto es, lo que los empresarios

"consideran justo"— y reprimir cuando los negros piden algo que ellos estiman injusto.

En lo que respecta a las "concesiones", son básicos dos capítulos: "Las empresas recuperan recursos humanos" y "Más dólares y más diplomas", que podrían ser traducidos así: "Mano de obra barata negra" y "fortalecimiento de la clase media negra."

Para cerrar con broche de oro, el libro propone un nuevo binomio salvador: policía y gran empresa. La primera es, según sus páginas, "la más comprometida porque tiene que cargar con la responsabilidad de todo el resto de la comunidad". Para la segunda, plantea el siguiente elogio-confesión: "Grandes y benéficas serán las consecuencias que puedan esperarse a medida que aumente, cada vez más, el número de dirigentes de la industria y el comercio que actúe de acuerdo con la idea de que la ciudad no sólo es un lugar donde se trabaja y, posiblemente, se vive, sino que es el principal elemento constitutivo de los Estados Unidos." Y cabe recordar que, para este libro, ciudad significa empresa. Léase, para confirmarlo, el siguiente párrafo: "La gran compañía norteamericana, considerada como una comunidad, es la institución nacional que por su naturaleza más se aproxima a lo que debe ser la ciudad... la compañía, la ciudad y el negro, formando una triple alianza natural contra su enemigo común, los druidas modernos, pueden impulsar a los Estados Unidos hacia su reconstrucción social."

La fórmula, pues, es sencilla: sométe y te perdonamos, contribuye a la expansión de la gran empresa —no sólo en lo nacional sino en lo internacional— y te daremos un sueldo para que más o

menos subsistas. Si no aceptas esto, te reprimimos.

Este libro, sin duda, le da la razón a Cleaver. Y también a Carmichael y Malcolm X: no habrá solución del problema racial en los EU mientras no funcione un *poder negro* ligado a los movimientos de liberación nacional de todo el mundo.

OTRA VEZ ALMA ENCADENADA

En Cleaver no solamente hay una posición revolucionaria, sino que ésta se encuentra mirada en términos de una enorme humanidad. El amor, la soledad, la incomunicación y la necesidad de comunicarse, están vistos a través de una sensibilidad que es, al mismo tiempo, ética y estética.

La alegoría de los eunucos negros, que examina toda la mitología de las relaciones sexuales entre blancos y negros, es una verdadera joya poética, casi bíblica. Y en *Preludio de amor*, la comunicación humana a través de la pareja —pero ampliándose siempre a toda la comunidad— está tratada con hondura, dulcísimo. Tal vez lo mejor, lo más profundo, sea cuando dice, dirigiéndose a Beverly Axelrod: "Yo no quiero *retenerla*, lo que quiero es que se quede conmigo por su propia necesidad de mí."

Cleaver plantea así, en pocas pero certeras palabras, la necesidad de eliminar todo sentido de posesión, de propiedad, de sujeción a las cosas, para dejar el paso libre a una relación que se cumpla —a nivel de todos los seres humanos— de persona a persona, desnudos en su auténtica necesidad los unos de los otros.

Esto, en definitiva, es lo que quieren los negros, a cualquier nivel. Y lo están logrando —lo lograrán, mejor— en función de su determinación de lucha.



Editorial Joaquín Mortiz

Nueva Narrativa Hispánica

AUGUSTO MONTERROSO	
<i>La oveja negra y demás fábulas</i>	\$ 25.00
HÉCTOR MANJARREZ	
<i>Acto propiciatorio</i>	\$ 25.00
ROBERTO RUIZ	
<i>Los jueces implacables</i>	\$ 30.00
RICARDO GARIBAY	
<i>Lo que es del César</i>	\$ 30.00
WILLIAM AGUDELO	
<i>Nuestro lecho es de flores</i>	\$ 48.00

En todas las librerías o en
Avándaro, S. A., Ayuntamiento 162-B
Tel. 5-13-17-14

conversación en la catedral

Sobre la base de una acción central —quizás mejor, de una no-acción central—, la conversación de dos hombres en una cantina, Vargas Llosa traza ahora la historia de varias gentes de distintos estratos sociales, dentro de un trozo de la historia de su país.

A partir de esta estructura, el autor de *La ciudad y los perros* —su mejor libro antes de éste, que ahora comentamos— mueve una serie de acciones colaterales que van formando un rompecabezas que él mismo se encarga de armar. La armazón de la novela, pues, es complicada, pero llevada a cabo con una maestría tal que ninguna línea narrativa queda suelta, terminando en ser, finalmente, una pieza compacta, completa, sin fisuras.

Esto, por cierto, es tanto más difícil cuando se trata de una novela de más de 700 páginas, cuya acción se encuentra complicadamente entrelazada. En ningún momento, ni siquiera mínimamente, se quiebra su secuencia narrativa.

Por otra parte, *Conversación en La Catedral* muestra una vez más la capacidad de Vargas Llosa para dar vitalidad y verosimilitud a sus personajes que, enmarcados en un tiempo histórico preciso y bien delimitado, se comportan dentro de una tesitura humanísima que, a la postre, es lo más importante.

La idea general de una especie de *acanallamiento colectivo* —manifestada en varias oportunidades por el propio Vargas Llosa— funciona y se expresa con claridad, especialmente a través de la pregunta reiterada de uno de los protagonistas respecto a en qué momento se corrompió.

A lo largo del libro, gentes que eran en cierto modo “independientes” van siendo absorbidas por el *status*. Esta situación se vuelve, paulatinamente, fatal, inexorable. Frente a ella, Vargas Llosa no adopta una actitud, no toma partido, sino que simplemente expone, cuenta, dice cómo fueron las cosas. La tesis del libro, entonces, surge y se manifiesta desde los hechos, desde una realidad que tiene su propio lenguaje.

De todas las líneas narrativas de *Conversación en La Catedral*, la más importante y significativa es la de Santiago, el muchacho clase media que comienza su vida con escarceos izquierdistas, para terminar sometiénolo al sistema —aun sabiéndolo y doliéndose de ello—, en un diario para el cual escribe editoriales.

Ésta, pues, es la historia. El intento del libro, a nuestro entender, no es tan-

to una reconstrucción histórica sino la expresión de un estado de ánimo colectivo, de un *acanallamiento* general, como dice Vargas Llosa. Frente a él, no cabe más que una revisión de conciencia y un desnudamiento. Eso es lo que hace el autor de *Conversación en La Catedral*, con gran honradez y valentía.

Si algún antecedente inmediato pudiera haber, en América Latina, dentro de esta concepción narrativa, éste podría ser la trilogía *La advertencia*, *El aire y los recuerdos* y *Los poderes omnímodos* (editorial Losada, Buenos Aires), del ecuatoriano Alfredo Pareja, la misma que abarca 25 años de la historia del Ecuador, expresada a través de la problemática individual de sus personajes. La diferencia estribaría, a la postre, en que Vargas Llosa es más moderno y vital, mientras Pareja se mantiene dentro de cierto tradicionalismo —técnicamente hablando—, pero maneja más ideas.

Conversación en La Catedral es, en términos generales, un gran libro, lo mejor, hasta ahora, de Vargas Llosa. Creemos que en él desarrolla todas las virtudes mostradas en su primera novela, enseñando una mayor madurez técnica y conceptual. Lo primero, en cuanto utiliza los recursos técnicos con la

exactitud y precisión necesarias, sin excesos. Lo segundo porque su ambición es mayor y el mundo que mueve en su libro es más amplio, más totalizador. En otras palabras, Vargas Llosa se ha planteado en *Conversación en La Catedral*, una dificultad más complicada de sobrellevar, de la cual sale airoso, gracias, sin duda, a su solvencia técnica que, unida a su sensibilidad y capacidad de observación, dan como resultado uno de los escritores latinoamericanos más completos de nuestros días.

Tal vez una duda pueda quedarnos respecto al libro, y es ésta: ¿funcionarán, en un momento dado, su extensión —que a ratos se hace exagerada— con su localización ambiental e histórica? ¿Tendrá *Conversación en La Catedral* el interés suficiente como para sobrellevar su “largura”?

La respuesta es difícil, pues si bien la problemática del libro está situada en un tiempo y en un espacio muy definidos, los valores y situaciones con que juega Vargas Llosa se mueven a un nivel de categorías vitales. Así, la frustración política, la estratificación de los “partidos” de izquierda, las presiones del medio, el sometimiento al *status*, la inquietud y el posterior cansancio generacionales, etcétera, se presentan en *Conversación en La Catedral* como posibles aquí o en Londres, en París o en Buenos Aires. De lo particular, pues, de Lima, del Perú, Vargas Llosa apunta hacia lo universal. Ésa es la mayor virtud del libro: que siendo peruano —como *Cien años de soledad* es colombiano— sea, al mismo tiempo, de todas partes.

Mario Vargas Llosa, *Conversación en La Catedral*. Seix Barral, Barcelona 1969.

3

reivindicación del conde don julián

Leer *Reivindicación del Conde Don Julián*, de Juan Goytisolo, es enfrentarse a una auténtica *novela experimental*.

En efecto, Goytisolo hace una experimentación novelística sumamente interesante en su nuevo libro, mostrando, simultáneamente, una secuencia seria y constantemente innovadora, que viene desde el realismo directo y objetivo de *El circo* —Ediciones Destino, Ancora y Delfín, Barcelona, 1957—, hasta *Señas de identidad* y *Reivindicación del Conde Don Julián*.

La búsqueda de la identidad —como individuo y como ser nacional-universal— toma un nuevo giro en la última novela de Goytisolo. Así, lo que fue una búsqueda de ciertas señales tipificadoras e integradoras en *Señas de identidad*, íntimamente ligadas con la sensación y vivencia del exilio, en *Reivindicación*

del Conde Don Julián es una invitación a “traicionar” —expresándose en el lenguaje corriente— todas aquellas características estratificadoras y negativas en las que la identificación se confunde con un quedarse en el pasado, ya para siempre sin búsqueda y sin encuentro.

Goytisolo, pues, hace un llamado a “traicionar” lo “tradicionalmente español”, a impugnar lo que finalmente, a raíz del paso del tiempo, resulta una rémora y una negación vital. Y allí está, por eso, el “nuevo Conde Don Julián, fraguando sombrías traiciones”, porque sabe que “avivando, el muy cegato, el proceso natural de descomposición: olores densos, emanaciones agrias que voluntariamente aspiras con fervor catecúmeno, como en una severa y exigente iniciación órfica: fuera de los menguados beneficios de la arrabalera, penin-

sular sociedad de consumo: de esa España que engorda, sí, pero que sigue muda”.

Traición, en Goytisolo, quiere decir impugnación. Lo que él no teme, en definitiva, es la terminología del *status* para el que *impugnar* es *traicionar*. Se enfrenta, entonces, al término y lo revitaliza, lo devuelve a sus detentadores con un nuevo significado. “La traición se realizará”, señala: “tú sierpe tenás aguarda el secular desquite: hálito de la austera Castilla, tierra de hombres adustos, graves y sosegados!: amores sencillos y castos, parejas vinculadas en procreación tediosa e insulsa!: la poda castratiz ha sido completa y tu furor desdeña los límites: el pasivo serrallo acogerá con júbilo el áspid, la robusta culebra suplantarán su concepto mísero y lechuguino: sierpes volantes escoltan la andadura de cuantos ciñen líbico turbante: las voces suenan ya: escúchalas: en el solar ingrato, verdugo de los libres, inteligencia y sexo florecerán”.

Esta larga cita —expuesta aquí por fundamental— nos indica sin eufemismos el planteamiento del libro, y es un ejemplo claro de lo que afirmábamos al principio de esta nota: don Julián ha vuelto a España, para “traicionar”, impugnar, los restos de un desastre que no debe continuar, que necesariamente debe terminar de morir.

En otra dimensión. *Reivindicación del Conde Don Julián* es una novela nueva, o no es una novela, o es lo que a Goytisolo le ha dado la gana que sea. Significa, ya en un plano formal y experimental, dos cosas a la vez: 1. Una narración profundamente subjetiva que quiere darnos, a nivel subconsciente e inconsciente, una imagen *sensorial* de la España que se debe “traicionar”; y 2. Una reivindicación del lenguaje que es, en sí, una traición salvadora.

Para el primer caso, Goytisolo es claro cuando dice: “indemne realidad que fúlgidamente perdura y, a través de los siglos, te dispensa sus señas redentoras en medio del caos: rescatándote del engañoso laberinto: de tu cotidiano periplo por dédalos de materia incierta, esponjosa: sin saber dónde está la verdad: en la impresión sensorial o la memoria del verso”.

Goytisolo, pues, quiere sentir y hacernos sentir a España, más que recordarla o hacerla recordar en la memoria del verso. Busca lo esencial y reclama, al mismo tiempo, nuevas vivencias, más allá de toda recordación que no salga del cuerpo y vuelva al cuerpo, como una circulación añeja y nueva, liberándose hacia el futuro.

En cuanto a la reivindicación del lenguaje, el escritor catalán lo castiga, lo fustiga, lo revitaliza. José María Castellet se quejaba de que “la literatura española está como petrificada en un lenguaje que no ha podido o no ha sabido renovarse, y de Latinoamérica nos

rainer maria rilke al conde karl lanckoronsky

“Ningún intelecto, ningún ardor, es redundante”:

para que uno sea por el otro más abundante
es para lo que somos, y algunos elegidos
para la más pura victoria de esa idea:
no hay señal que escape a su fija atención;
sus manos son diestras y sus armas incólumes.

Ningún sonido es demasiado suave para su oído
y pueden percibir el ángulo de deflección
hacia el que la manecilla apenas se conturba
y deben, como si fuera con los párpados, musitar
una respuesta al revoloteo de la mariposa
y aprender a sondear lo que la flor infiere.

No más que otros pueden ellos ser extinguidos
y, sin embargo, deben (por algo fueron elegidos)
sentir el parentesco con la catástrofe
y mientras desolados los demás se lamentan,
recapturar en cada embate del asalto
el ritmo de una pétrea interioridad.

Deben estar inmóviles como el pastor
que a solas y llorando dirime su vigía
hasta que, aproximados, sentimos la agudez de su mirada
y, como para él es inteligible el habla de la estrella,
para ellos, también, es íntimo y es próximo
lo que en silenciosa procesión asciende por la noche.

Aunque dormidos, siguen siendo videntes;
del sueño y del ser, de la risa y el llanto,
un significado se forma, que si es aprehendido
y se postran en adoración ante la vida y la muerte,
otra medida más de todo el universo
nos es dada en esa rectangular genuflexión.

Ragaz, 10 de agosto de 1926

[Traducción de Salvador Elizondo]

llega —y hay que ir con cuidado en esto— una literatura de una gran riqueza lingüística”. Ahora, pensamos, podrá hablar en pasado, a partir de un Goytisolo que se inventa una sintaxis, hace nuevas declinaciones, cambios morfológicos y semánticos, enriquece su lenguaje, lo transforma, crea una nueva respiración idiomática, hace del español un cuerpo vivo, capaz de expresar cabalmente el significado de esa *traición-impugnación* que reclama en todos los

niveles, burlándose y colocando en su sitio a todas las retóricas.

Libro difícil, totalizador, casi sin anécdota, posiblemente su mayor duda sea un asunto de destino. Leerlo es heroico, una cuestión de especialistas. Lo cual no quita que sea grande y por lo mismo adelantado a su tiempo y de los lectores comunes.

Juan Goytisolo, *Reivindicación del Conde Don Julián*. Joaquín Mortiz, México, 1970.

génesis de la conciencia liberal

Por Carolina P. Cicero

El autor se propone demostrar con este trabajo que la génesis de las ideas liberales en México obedece a un proceso dialéctico inmanente a las condiciones históricas del país, y no a la "influencia" de las ideas liberales europeas.

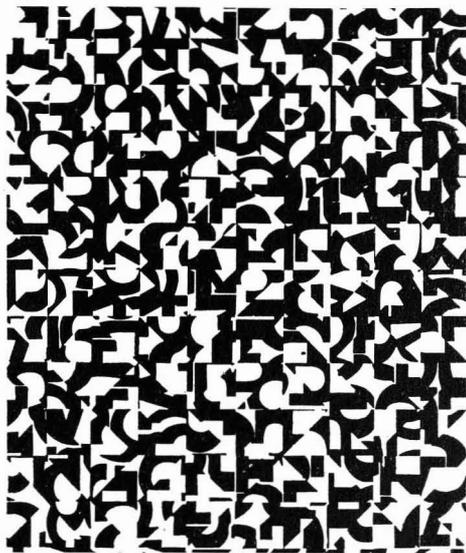
El liberalismo en México —afirma López Cámara— es ante todo "una actitud moral y política frente a una determinada situación histórico-social" que cobra cuerpo teórico al llegar al país las doctrinas de Rousseau, Montesquieu, Diderot, etc. Es el resultado de una conciencia colectiva que, posteriormente, expresan y sistematizan las capas más cultas de la sociedad.

La dialéctica del liberalismo irrumpe con la crisis social que se viene presentando entre la Península Española y la Nueva España, y que se manifiesta en el siglo XVIII en la pugna ideológica sostenida entre criollos y peninsulares. La polémica obedece a los propósitos de reivindicación del criollo, que basándose en su capacidad objetivamente desplegada, reclama para sí los derechos políticos, económicos y sociales que le corresponden.

Los argumentos en contra de la posición colonialista que se niega a reconocer estos derechos, se basan precisamente en la significación social del criollo como clase autónoma y con valor histórico propio, así como en algunas ideas tomadas del pensamiento europeo, que expresan perfectamente los intereses políticos de esta clase, tales como los de razón, derecho natural, soberanía, nacionalidad, bien público, etc.

La disputa llevada a cabo por la clase criolla acomodada, genera la inquietud revolucionaria, convirtiéndose así en un arma política en manos del pueblo oprimido. Así, la contradicción dialéctica se desplaza, de la duda entre criollos y peninsulares, a la lucha entre criollo acomodado y criollo insurgente.

El criollo acomodado pretendía el poder político, pero sólo podía ejercerlo precisamente sobre la base de la estructura colonial. Por ello se opone a la Revolución y niega la validez de los principios sustentados por el pueblo y la clase media en ascenso, los cuales sólo conciben su liberación sobre la base de la transformación radical de la estructura colonial. Así, mientras el criollo acomodado apela a su sangre española y a la obra colonial para destacar sus virtudes, el criollo insurgente ve en estos dos elementos el origen de todos los males de América. Mientras los primeros condenan al indio, los segundos ven en él su posibilidad de redención.



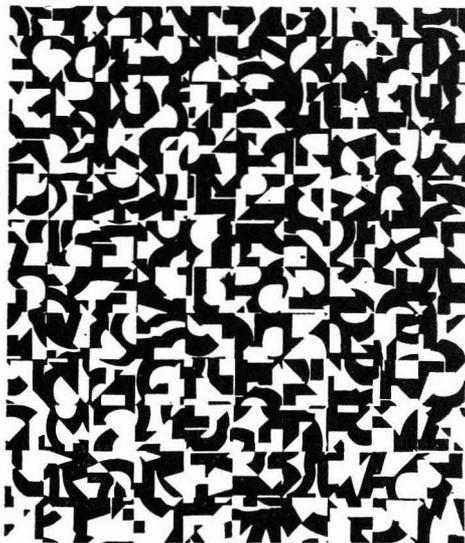
La colonia no es para éstos sino la noche oscura en la vida de América y el resurgimiento de su ser será posible sólo con el resurgimiento de los valores, la cultura y las formas de vida prehispánicas.

Para el criollo acomodado se trata de reivindicación de una sola clase: la suya; para el criollo insurgente la liberación es la reivindicación de la nación como totalidad, incluyendo sobre todo al indio y a las clases explotadas.

El criollo insurgente crea pues la conciencia popular, transformando con ello no solamente las ideas, sino sobre todo al hombre mismo de su época.

Esta transformación da origen al "hombre liberal" que determina medio siglo de la historia de México.

Los principales argumentos teóricos que esgrimen insurgentes y liberales son



—Norman Ives

los de razón, libertad, igualdad, justicia y soberanía popular.

La razón es entendida como el don distintivo del ser humano, el que dicte la forma en que éste ha de ser y de vivir; gracias a ella podemos saber que es de seres humanos vivir en libertad, justicia, así como el ejercicio constante de la conciencia y el saber, y que es por ende inhumano vivir en el fanatismo, la irracionalidad, la esclavitud y la miseria, como obligó la colonia a vivir al pueblo americano.

Por ello, para vivir como seres humanos es condición indispensable cambiar las estructuras sociales que la impiden, lo cual sólo puede lograrse en la independencia política.

La libertad para el revolucionario tiene un carácter político y jurídico: es por un lado libertad de la nación frente a otro país y del pueblo frente al sistema, y por otro, la posibilidad de cada uno de hacer todo aquello que no perjudique los intereses de otro. Del mismo modo, la igualdad implica la abolición de la esclavitud y supone la libertad social y jurídica de cada individuo.

En cuanto a la idea de soberanía, el revolucionario la concibe como la plena facultad del pueblo (entendido éste como la suma de todos los originarios de América) para organizarse y darse al gobierno que desee.

La cristalización objetiva y el soporte legal de estas aspiraciones las encuentra el insurgente en la Constitución. Le interesa de manera muy especial la regularización y laicismo de las leyes y normas que rijan a la mera sociedad, pues ve en la Iglesia su dominio ideológico, el mejor instrumento de poder del régimen despótico colonial.

Aclara López Cámara, que, a pesar de haber objetivos comunes entre insurgentes y liberales, los segundos vienen a diferir de los primeros en el momento en que conciben una forma distinta de abordar los problemas.

El contenido de la lucha es en ambos casos la enemistad con la colonia y el ascenso de la clase media. Pero para el insurgente, la liberación se logra solamente destruyendo, de manera total, las antiguas estructuras, y esto sólo es posible mediante la lucha armada; identifica la colonia con el coloniaje.

Para el liberal, en cambio, ya no se trata de destruir, sino de transformar, de cambiar el régimen político modificando las instituciones y creando otras nuevas, y esto sólo puede lograrlo por la vía pacífica. Ya percibe la diferencia entre colonia y coloniaje.

Entendiendo pues el pensamiento liberal como expresión teórica, cuyo trasfondo y razón de ser son una situación histórico-social, se entiende en su verdadera significación y originalidad el pensamiento histórico de México.

Francisco López Cámara, *La génesis de la conciencia liberal en México*. UNAM, Serie Estudios. 1969.

el movimiento estudiantil de México

Por Humberto Musacchio

El movimiento de 1968 ocupa ya un lugar en nuestra historia. A pesar del subjetivismo que lleva a calificarlo de "algarada sin importancia" o "simple motín callejero", está en la mente y en las actitudes de todos los que se preocupan por el futuro del país. Es, pues, del todo lógico, que se le hayan dedicado tantos estudios; sea para denigrarlo o para defenderlo, existen más de una docena de libros e innumerables trabajos publicados en revistas de México y del extranjero donde cada autor presenta sus conclusiones.

De entre todos ellos, el más amplio, es el recientemente aparecido bajo el sello de Era, en el cual Ramón Ramírez Gómez entrega en más de mil páginas, repartidas en dos tomos, su contribución al esclarecimiento de un fenómeno que seguirá dando que hablar durante muchos años.

La obra consta de tres partes: análisis, cronología y documentos. Salvo algunos pasajes de la cronología, los puntos de vista del autor los encontramos en el análisis. Ahí se tratan las cuestiones centrales: desde la caracterización más general de los movimientos estudiantiles, hasta las posibilidades abiertas y procesos a los que dio lugar el de México, sin omitir el papel jugado por organizaciones e individuos que Ramón Ramírez considera importante destacar.

Un esbozo de las condiciones económicas y políticas que vivía el país al irrumpir el movimiento, es indudablemente, la omisión más notable. Para comprender mejor lo sucedido por esos días y las perspectivas que abre, es necesario partir de un análisis, aunque sea somero, del estado que guardaba México. La causa de que no se haya incluido, radica, según nos lo confió el mismo investigador, en los problemas técnicos que presenta la edición de un trabajo tan voluminoso.

Las corrientes que expresan posiciones a la izquierda del Partido Comunista Mexicano no son consideradas, salvo lo expresado en tres cartas de Rico Galán y un documento del MIRE (Movimiento de Izquierda Revolucionaria Estudiantil) firmado por sus presos. Explica el autor que se debe al uso exclusivo de informaciones verificables aparecidas en periódicos o revistas con pie de imprenta. Sin embargo, ello hace aparecer al PCM como la única tendencia de las llamadas marxistas que se manifestó en el movimiento, fuera, claro, de los vituperios del PPS y la FNET contra trotskistas y maoístas.

A pesar de que a los enterados les resulta fácil advertir el enfoque anticapi-

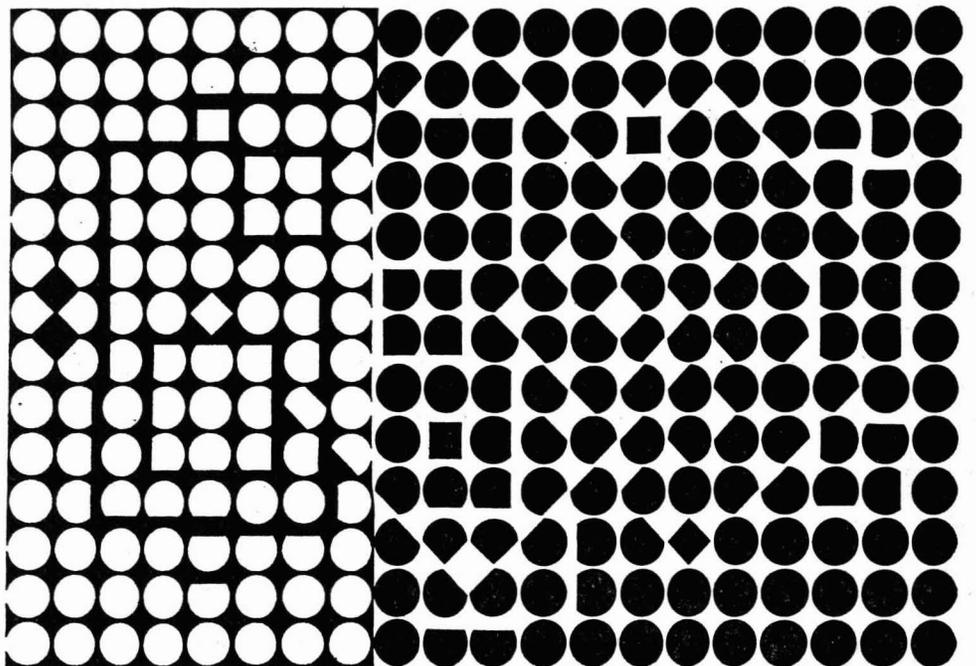
talista de la obra, éste se percibe, más que nada, por alusiones a terceros o en párrafos breves carentes de énfasis y profundidad que, por otra parte, entran en contradicción con ciertos pasajes. Así pues, la pretensión de enfocar la obra desde un ángulo marxista se ve frustrada. Dos citas nos permiten demostrarlo. Por una parte, afirma que, "lo que define a cualquier movimiento político social es su propósito, y que, en la época actual, no hay acción, provenga de los estudiantes, de los obreros o de los campesinos, que en su proceso no se enfrente con la estructura del sistema económico capitalista..." Más adelante, valiéndose de lo dicho por un especialista norteamericano, da por cierto que "la radicalización de la juventud y en particular de los estudiantes, se produce en ausencia de un ascenso masivo de la clase obrera". Con lo anterior, se puede concluir que las contradicciones de clase no tienen una influencia directa y determinante, aun cuando los movimientos van en contra de la estructura; aparte de que, tomada literalmente, la segunda cita nos lleva a suponer que la rebeldía juvenil se produce por generación espontánea.

Hay páginas de gran lucidez, donde encontramos los rasgos que definen a los movimientos estudiantiles de esta época. Los podemos resumir señalando su orien-

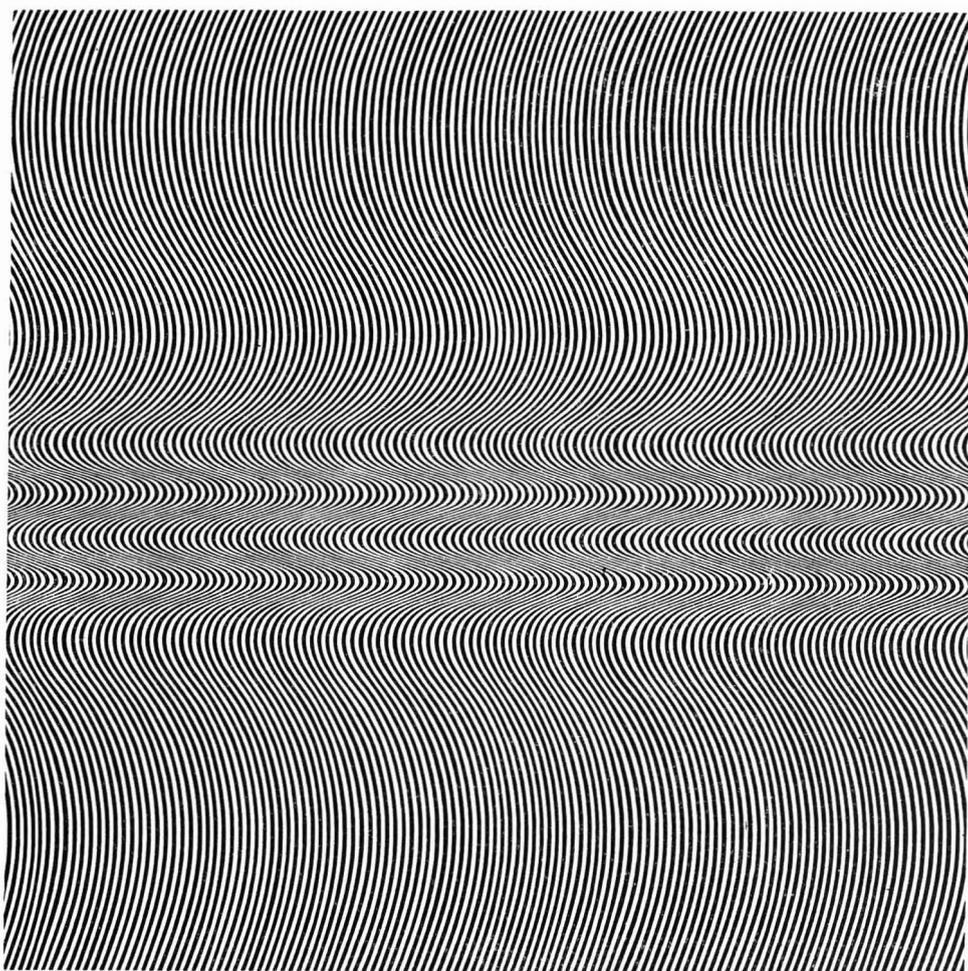
tación "progresista y democrática"; su anticapitalismo y antimperialismo; el papel de vanguardia transitoria y, un hecho descubierto con gran agudeza: las reivindicaciones de sector se convierten en demandas que confluyen con las de los trabajadores.

Con certeza enumera las causas que los producen. Menciona entre otras: el gran número de jóvenes que estudian y su concentración en enormes centros educacionales; las trabas que impone el sistema a la iniciativa personal o de grupo; el futuro incierto de quienes van a servir al capital en calidad de asalariados, a lo que agregaríamos de paso, la colocación intermedia que, a su vez, contribuye a la explotación de personal menos calificado; y, la actual correlación de fuerzas que empuja a los sectores en transición a orientarse hacia la clase que tiene más proyección histórica.

Respecto a las perspectivas de ampliar el régimen de democracia que existe en México, hay cierta confusión. Vale aclarar que el régimen de democracia burguesa no es el mismo en todas partes y que existen grados que dependen —sobre todo—, de la situación que guarda la clase dominante respecto del nivel de participación del resto de la sociedad, en especial de los obreros. Lo que interesa en este aspecto es la definición imprecisa de la burguesía nacional y de su sector nacionalista. Dice RR que la burguesía nacional "está en proceso de absorción por otras fuerzas de la misma burguesía que, de una manera u otra, están ligados a los propósitos e intereses del imperialismo norteamericano." De ahí que adquiera importancia dejar claro que la *burguesía nacional* es la clase en su conjunto y, *nacionalista* es el sector que, descalificado



—Victor Vasareli



—Bridget Riley

para competir en el mercado internacional, se ve obligado a ampliar la demanda interna para no impedir su desarrollo. Esto lo lleva a combatir al imperialismo y apoyarse, mediante aperturas democráticas, en amplios sectores campesinos y de la pequeña burguesía, utilizando líderes e ideólogos propios o provenientes de esas capas.

Todo un apartado se dedica a los cambios necesarios que deben sufrir la Universidad (las universidades) y otros centros de educación superior. Se resumen las preocupaciones del autor en cuatro puntos, todos ellos encuadrados en el logro de una mayor democracia y la desaparición del autoritarismo: "a] Relaciones entre maestros y alumnos; b] Cambios en los métodos de enseñanza; c] Autonomía Universitaria —plena— y participación —mayor— de los estudiantes en el gobierno de la Universidad; y d] La función de la Universidad en el proceso social."

El último inciso recuerda el caso de Topilejo, donde las brigadas de asistencia médica, jurídica, agrícola, etc.; cumplieron un interesante papel, junto a las que promovieron las cuestiones específicamente políticas. Además de la utilidad inmediata en esos días, presentan experiencias que, debidamente aquilatadas, servirán para un contacto mayor en amplitud y efectividad entre cada centro educativo y la sociedad.

La actuación del Consejo Nacional de Huelga es vista a través de lo que el autor considera sus aciertos y errores. Entre los primeros, señala lo que a juicio de muchos fueron debilidades, como el afán legalista y el funcionamiento interno; o bien, le abona el contacto con la opinión pública, la formación de los comités de lucha populares, las asambleas de padres, la organización de las grandes manifestaciones y su carácter democrático; todo esto, producto más de la decisión del grueso de los estudiantes que de la capacidad de los delegados al Consejo. Agrega que registró un marcado anticaudillismo y que mantuvo "sin la menor claudicación el pliego petitorio."

Asienta como errores: "no haber incrementado el esfuerzo para facilitar el diálogo con las autoridades"; "no haber ampliado el programa inicial de los seis puntos con reivindicaciones obreras"; "no haber precisado el tipo de Universidad que debe prevalecer en este momento en todos sentidos" y admite que las fallas más obvias se registraron a partir del 14 de noviembre.

Si por desgracia el CNH representa algo intocable para la gran mayoría de los estudiantes, tanto como para sus detractores, lo correcto es estudiarlo críticamente como se atrevió a hacerlo Ramón Ramírez aunque pongamos a discusión sus apreciaciones. El caudillismo, lejos de estar ausente, fue una lacra que se mani-

festó en actitudes egocéntricas de ciertos delegados con más interés en aparecer en la prensa, que en adoptar actitudes responsables. Sobre si hubo claudicación o no para sostener el pliego petitorio, habríamos de recordar las pláticas secretas en lugar del diálogo público, y no en torno a los seis puntos, sino a tres que cabían en los iniciales. Ante eso, nadie puede afirmar que faltara flexibilidad, la hubo, y mucha más de la que se hubiera tolerado por las asambleas de agosto y septiembre.

En lo que toca a la ampliación del pliego inicial, no está por demás insistir en que era *petitorio*; esto es, no constituía un programa con todas sus implicaciones organizativas. De modo objetivo, los propios estudiantes hicieron suyos otros puntos en el curso del movimiento, baste tener presente que se iba a las fábricas a pedir solidaridad predicando con el ejemplo. Por supuesto, el CNH se dio por enterado después de muchos días, hasta el 9 de septiembre, de que su base había salido de las escuelas a hacer algo más que informar: los brigadistas llamaban a la organización.

Sería injusto medir con el mismo rasero a todos los delegados. Lo que importa es saber qué corriente política es la principal responsable de los errores. Como el libro no menciona la línea seguida por tendencias a la izquierda del PCM, se hace difícil precisarlo; más, con todo, basta analizar los documentos del propio PCM para tener una idea, bastante aproximada, de la actuación tenida por la organización política con mayor número de delegados al CNH.

Resulta, pues, extraño, que Ramón Ramírez se refiera a él como "el único partido de clase obrera existente" y afirme, sin demostración, que sustenta "una justa línea en relación a los problemas nacionales." Una línea justa es aplicada resueltamente hasta por el último militante de un partido y se recibe con satisfacción por lo que se supone son sus bases de apoyo.

En el mismo análisis hay muchísimos puntos más que seguramente levantarán controversia. Hemos atendido a lo que nos pareció más importante, pero eso no significa que otras partes del libro, como la cronología o el volumen dedicado a reproducir documentos, carezcan de interés histórico y polémico. Es un material que debe estudiarse con detenimiento por todo lo que significó el año 1968. El rigor indispensable para abordar el análisis de un trabajo tan serio, se verá compensado por la recreación de aquellos momentos, con todo su ímpetu, su grandiosidad, su dolor y su gloria; que el autor ha sabido retratar con disciplina y vehemencia en cada página de este libro que seguramente tiene ya ganado su lugar en la biblioteca de quienes consideran la política como una ciencia.

Ramón Ramírez, *El movimiento estudiantil de México, Julio-diciembre de 1968*. Ediciones Era. México, 1969, t. I, 553 pp. t. II, 522 pp.

problemas de población

Por Iván Restrepo Fernández

El estudio de Warren Thompson y David Lewis ha sido un éxito de librería en los Estados Unidos, alcanzando ya la sexta edición en menos de cinco años. Ante la ignorancia y vaguedad que en los medios educacionales y profesionales existe respecto a lo que es la población, la forma como crece año con año, sus problemas, los autores pretenden que los lectores encuentran solución a tres puntos fundamentales:

a) Cómo enfocan los científicos sociales el estudio de la conducta humana a través de los fenómenos de población, ya que éstos se prestan sin mucha dificultad al registro objetivo y a la expresión matemática.

b) Qué disciplinas utilizan los estudiosos de la población, al igual que dilucidar claramente las interconexiones entre las variables de la población. Estudiar, por ejemplo, el modo en que los cambios en la fertilidad, la mortalidad y la migración en un país determinado pueden ocasionar modificaciones en las proporciones de hombres y mujeres y en las de los distintos grupos de edad establecidos. Y, como corolario, qué cambios se observarán en los fenómenos sociales, económicos y políticos, directamente relacionados con las variables de la población.

c) Permitirá al interesado hacerse de una técnica sencilla que lo conduzca a recoger, tratar y analizar los datos de población, que a simple vista parecen no ocasionar trabajo alguno en su recolección y elaboración.

Los autores parten de las que consideran como cuestiones principales en el estudio de la población. En primer lugar, el tamaño del grupo estudiado y los cambios cuantitativos y cualitativos que en él se presentan; luego, las características de esa población y, finalmente, cómo está distribuida la gente en una zona determinada y qué cambios se están realizando en su distribución. Para facilitar el análisis de estas cuestiones principales incluyen una lista de conceptos demográficos fundamentales, así como las clases y fuentes de datos.

El estudio de la población en sí lo inician con la exposición y análisis de la teoría malthusiana. Hace casi dos siglos, Malthus expresaba en su *Ensayo sobre el principio de la población* que "el hombre no puede mirar a su alrededor y ver la miseria que aflige a menudo a los que tienen familias numerosas; no puede mirar sus actuales bienes o ganancias, que hoy casi consume él solo, y calcular lo que tocaría a cada uno cuando hubiera de dividirlo entre siete u ocho, sin sen-

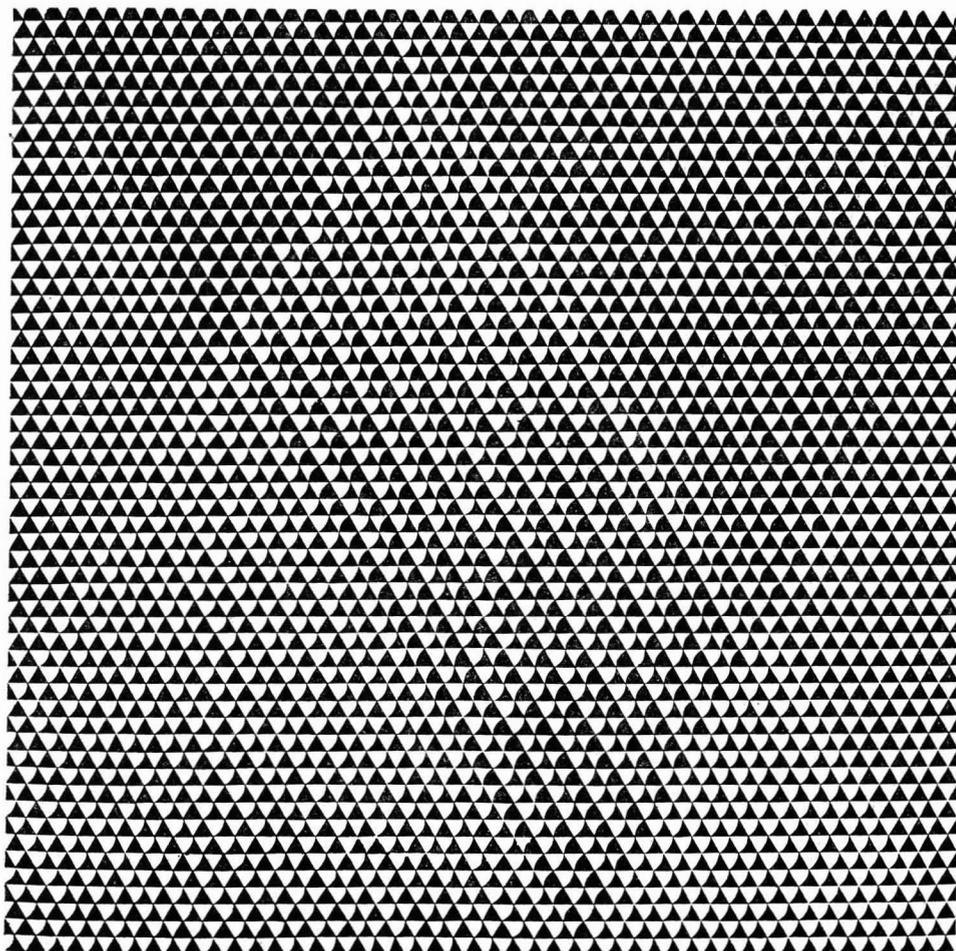
tir duda acerca de si, al seguir sus inclinaciones, podría sostener la prole que seguramente traería al mundo".

La población, asentó el discutido pensador inglés, está necesariamente limitada por los medios de subsistencia. Allí donde aumentan los medios de subsistencia aumenta la población invariablemente, a menos que se lo impidan obstáculos poderosos y evidentes. Estos obstáculos y los que reprimen la capacidad superior de aumento de la población y mantienen sus efectos al nivel de los medios de subsistencia —concluye— pueden todos resumirse en la abstención moral, los vicios y la miseria.

La creencia del famoso demógrafo era, en términos generales, que el número de individuos tendía a aumentar con mayor rapidez que las subsistencias a causa de la pasión entre los sexos. Por ser esto "natural", el vicio y la miseria serían la suerte inevitable del hombre a menos que se adoptaran extensamente medidas preventivas. Pero en su opinión tales medidas no serían puestas en práctica en forma oportuna. Y a pesar de algunas modificaciones posteriores que lo hicie-

ron menos pesimista, continuó predicando que la tendencia instintiva del hombre a reproducirse a un ritmo demasiado rápido, seguiría produciendo muchas privaciones y sufrimientos. Quienes todavía hoy día creen en su "ley", alegan que no está del todo equivocada, ya que si la verdadera ley natural de población tendiese al posible equilibrio entre el número de individuos y sus subsistencias, no habría por qué preocuparse de un crecimiento demasiado rápido de la población. Y, por otra parte, no habría razón para que el hombre tomase medidas positivas para controlar su número. "La naturaleza lo haría por él —sostienen algunos—, y la suerte del hombre mejoraría automáticamente con el aumento de su capacidad per cápita para producir bienes y servicios útiles."

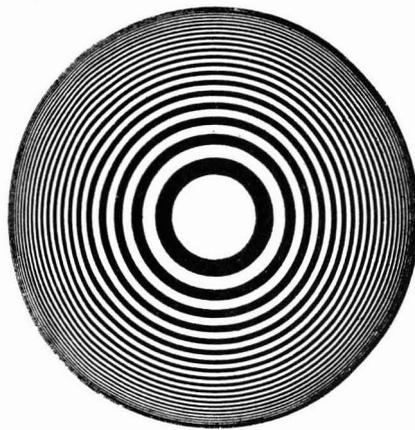
Fueron discutidas, cada una en su época, diversas teorías sobre la ley natural del crecimiento de la población, pero sobresalen la enunciada por el economista inglés y contemporáneo de Malthus, Michael Sadler; la del filósofo Thomas Doubleday, la de Herbert Spencer, y la de Corrado Gini. Mención aparte merece la posición que en torno al tema asumió Carlos Marx: su teoría de la población en realidad fue sólo accidental respecto de su teoría general de que el sistema comunista era el único remedio para todas las penalidades económicas del hombre. Para Marx "es la población trabajadora la que, mientras efectúa la acumulación de capital, produce también los medios por los cuales



—Bridget Riley

ella misma se hace relativamente superflua, se convierte en una población relativamente sobrante; y lo hace así en medida creciente. Ésta es una ley de población peculiar al método capitalista de producción; y, en realidad, todo método de producción que aparece en el transcurso de la historia tiene su propia y peculiar ley de población, históricamente válida. Sólo para las plantas y los animales hay una ley de población en abstracto, y esto sólo mientras el hombre no interviene en ello”.

En el transcurso de los dos últimos siglos las opiniones en torno al problema del crecimiento demográfico forman ya una larga cadena. Desde la expuesta por el presidente del United States Population Crisis Committee, quien al referirse a nuestros países sentenció que “el futuro de América Latina estará ensombrecido por el hambre más terrible si sus habitantes persisten en reproducirse”, hasta lo que en el ámbito nacional dicen nuestros expertos. El maestro Gilberto Loyo, por ejemplo, asentaba hace algún tiempo que en México “la tasa de 6% de incremento del producto nacional bruto no es alta, es difícil aumentarla sustancialmente y supera el incremento



de la población dejando un promedio de 2.5% de incremento anual per cápita del producto nacional”. Y agregaba que “lo que debe preocupar a los mexicanos es la fuerte tasa de crecimiento demográfico de 3.5% al año que, por la estructura de la población nacional por edades y por la alta fecundidad, tiende a conservarse durante los tres o cuatro lustros, y es preocupante porque este crecimiento acelerado de la población se une a los factores socioeconómicos que

obstruyen el aumento de la tasa del producto bruto nacional”. Debe entonces, sugiere Loyo, adoptarse una política demográfica uniforme y sostenida, para ir disminuyendo la tasa de crecimiento de la población. Pero a renglón seguido aclara que no tiene ninguna validez la actitud de diversos grupos tendiente a evitar el crecimiento poblacional “con el propósito de conservar privilegios y mantener al pueblo en la miseria, en la ignorancia y en la injusticia económica y social”.

Thompson y Lewis, si bien aciertan al ofrecer un panorama mundial del crecimiento demográfico, de la distribución de la población por regiones, de los problemas políticos derivados del aumento de habitantes, especialmente en las zonas atrasadas y, finalmente, de las distintas políticas de población puestas en práctica en diversas épocas y países, olvidan en su detenido análisis considerar aspectos fundamentales para entender el problema y la justa alarma que, entre las sociedades altamente desarrolladas (y por ende con un alto control sobre extensas áreas), despierta el acelerado crecimiento de los países pobres.

Porque hoy día el aspecto político del

julio ortega: leyendo a de quincey

1

El arte de combatir a los animales
es la política

dijo Platón

pero el viajero que ha perdido su lugar
y su ocasión de combate

su inocencia es sospechosa

pudo haber tenido razón

y hasta un destino si el lenguaje lo permite
en el orden de los actos un acto ejemplar.

Pero si la noche lo humilla en los caminos
todavía podrá elegir

una modesta posada

de los cinco condados galeses del Norte:

Denbig, Montgomery, Carnavon,

y también: Merioneth o Cardigan.

Lo recomendó con astucia De Quincey

un inglés muerto hace tiempo

pero un inglés al fin y al cabo

que presumía de vagar en la Historia

el arte de Platón

exuberante junto al cochero tuerto

en el coche de correo inglés

humanamente 22 millas por hora

como un enviado de los campos napoleónicos

pregonando la victoria

y su destino era su lenguaje.

Pero el viajero tardó

¡un tipo que duda tanto!

¿cómo no habrían de dudar de él?

podrá dormir, por ejemplo, y desayunar en Carnavon,

luego paseará cómodamente 9 millas

antes de comer en Bangor

y desde aquí a Aberm otras 9 millas,

o irá a Lammberris, y así sucesivamente

haciendo de 70 a 90 o 100 millas en una semana.

Porque yo pude ver —miente De Quincey—

que ésta era la más encantadora de las vidas.

Éste era el movimiento eterno

de los vientos y de los ríos.

2

Figura imposible de su tiempo nocturno

oculto el viajero abrirá otro libro

pero la astucia de De Quincey

ya previno esa presunción solitaria

y dijo

las mejores bibliotecas yacen al fondo del mar.

Los naufragios reales presentan a menudo

semejantes bibliotecas incoherentes

en los suelos del mar hambriento.

Magnífica es la biblioteca

que duerme libre de la crítica en el fondo del océano

aunque sea el Índico

procedentes de tantos ilustres navíos

ricos en poblaciones grandes como ciudades

capaces de bandería y rebelión

y esos libros

ya no tienen el peligro moral

de los incendios.

Así mintió este inglés errante

atravesando desesperado el laberinto de Londres

y los hechos de su época

en harta miseria,

un mismo camino

en el polvo idéntico,

y tuvo el poder de la palabra

una misma ficción solitaria

el poder de la palabra irrevocable.

¿un nuevo romanticismo?

Por Margarita Peña

crecimiento de la población adquiere cada vez más trascendencia, ya que en él convergen actitudes de dos mundos distintos, uno de los cuales pretende no sólo decirle al otro qué es lo que debe hacer, sino asegurarse por medios muy poco elegantes que lo cumpla. Las grandes potencias capitalista temen, en realidad, que una población creciente que se debate en medio de la injusticia y de la inequitativa distribución de la riqueza termine por acelerar el proceso de transformación radical de las estructuras existentes. Esto significará, ni más ni menos, la modificación de las actuales e injustas relaciones entre el mundo atrasado y el desarrollado. Acuden, entonces, periódicamente, al expediente de atribuir la miseria de los pueblos atrasados al crecimiento poblacional. Pero olvidan que el problema no es tanto productivo como de mala distribución del ingreso. Baste citar al respecto que en los últimos cien años, mientras la población mundial se ha triplicado, la producción de bienes y servicios ha aumentado en una proporción cinco veces mayor, pero observándose paralelamente una concentración de la riqueza generada mundialmente, en pocos países.

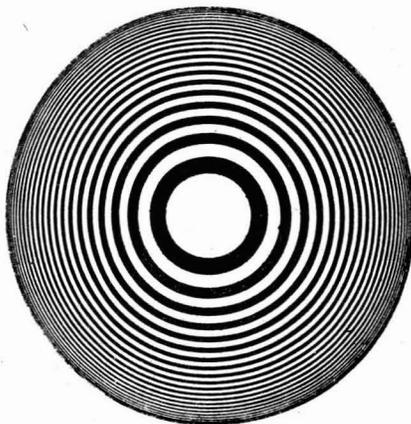
La forma más acabada de neomalthusianismo moderno se tiene no solamente en instituciones como la United States Population, patrocinadora de la edición del libro de los profesores Thompson y Lewis, sino a nivel, por ejemplo, del Banco Mundial que dirige el ex secretario de la defensa de los Estados Unidos, Robert McNamara.

No hace poco los países latinoamericanos se vieron obligados a objetar el discurso en el que el alto funcionario internacional condicionaba la ayuda que presta el banco a los controles demográficos que establezcan los países beneficiados. Sostiene en su tesis McNamara que la expansión económica nunca podrá marchar al ritmo de una proliferación ilimitada de la población de nuestro planeta e insinúa que disminuyendo el crecimiento demográfico, automáticamente aumentará el ingreso de las naciones atrasadas. Este malthusianismo con garrote no es cuestión de discutir ahora; mejor sería recalcar que son pocos países (y dentro de ellos, un grupo reducido de familias), los que por diversos mecanismos se apropian del producto generado por la población de los países atrasados y de más bajos ingresos. Sobre el tema, repito, el excelente texto que comentamos guarda un silencio absoluto, bordando solamente en torno a los efectos que puede ocasionar el crecimiento poblacional acelerado, pero olvidando las causas fundamentales que originan la pobreza, la insalubridad, el hambre, la miseria, en las familias más numerosas de los sectores urbano y rural de las tres cuartas partes del mundo, es decir, el subdesarrollado.

Warren S. Thompson y David T. Lewis, *Problemas de población*. Prensa Médica Mexicana; México, 1969. 534 pp.

La clave del título —*El poder de la urraca*— del último libro de Alberto Dallal se halla implícita en unas pocas líneas de ese largo y melancólico soliloquio de Ana, que es la novela en su conjunto: "...aquel tropel de pensamientos que tanta mella hacían en mí, aquel inútil ir y venir de mis razonamientos, empeños sin fruto, quedan reducidos a su expresión más simple: soy un pajarraco sin alas, con el mínimo poder de los gusanos". La urraca, en este caso Ana, atesora los elementos que la realidad le proporciona, los suma a su propio fluir interno en la persecución del ideal de la Inteligencia —objetivo primero y último, puente que la une al mundo, posibilidad subjetivizada de comunicación— y fracasa cuando intenta obtener respuestas afectivas sobre la premisa de la lucidez, de ser y permanecer inteligente. Dallal autor cómplice de su personaje, concluye en un colofón que cierra ciento cuarenta y dos páginas: el amor no se alcanza a través de la razón; el "poder de la urraca" no es sino su antítesis: impotencia para obtener logros vitales. Relato que combina el tono de novela rosa con las categorías éticas a lo literatura prerromántica de Choderlos Laclos, ejemplifica un neorromanticismo abstracto que en el plano intrínsecamente literario, se sustenta sobre dos coordenadas: la de los personajes y la de las atmósferas.

Por lo que toca a la primera, los personajes principales —Ana, Sebastián, Nadia y Elena—, se configuran como seres evanescentes, no ubicables en el contexto de una realidad común. Pensantes, especulativos, casi inmateriales y abstractos, sus actitudes son ambiguas, sus gestos dejan lagunas que llenan, en el nivel de la narración, sus propias sensaciones. AD utiliza el monólogo en primera persona, y ocasionalmente la epístola como instrumento para hurgar en la conciencia de estos adolescentes que él nos muestra hipersensibles y precozmente maduros.



Por el contrario, el Dr. Kerr —casi una entequeia— y Antonia, el ama de llaves, en razón de su absoluta vulgaridad, constituyen el único punto de referencia a una realidad externa, ajena al cuarteto. Ana, quien conduce el relato, descubre a través de sus amigos una nueva dimensión de la ternura en la práctica del amor que no reconoce sexos, que es juego de los sentidos y de la inteligencia. Las parejas aparentes se descomponen en una cifra indeterminada. Así, descubrimos la no existencia del binomio Ana-Sebastián, sino más bien el amor colectivo, compartido, hecho de matices, ubicado en el territorio intermedio entre los personajes y las apariencias de realidad. Novela en la que la expresión del sexo se convierte en tierno delirio, se halla sustentada desde el punto de vista de las ideas sobre el principio de la pureza, la cual rescata a los personajes y a la anécdota de estridencias eventuales. Dallal descubre las potencias del alma y liberándolas de sus connotaciones cristianas las echa a andar en la rueda "cartesiana" de un racionalismo *sui generis*, no por romántico, menos escueto. Razón, pensamiento (que equivale al primigenio "entendimiento"), memoria (por oposición a olvido) se dan cita en las actitudes polarizadas de los personajes: la de "sentimiento intenso" y la de "frivolidad poco común". Términos que resumen el comportamiento de aquéllos, equivalen respectivamente al compromiso con la inteligencia y a la fantasía artificiosa. Ambos extremos dominan a lo puramente instintivo y natural. Ana, especulativa y egoísta, se sirve de la razón para vivir el acto amoroso. Recibe y se satisface sin llegar a dar, escudándose en su frialdad, practicando un sadismo calculado. Al mismo tiempo, Sebastián, ingenuo dentro de su insinceridad, busca en la entrega al cómplice, al ser incondicional. Ambos se frustran en el intento de identificación, dejando inconcluso el mundo que prefabricaron con la imaginación. Por otra parte, el autor sugiere que en el nivel de la atracción homosexual los objetos amorosos son aún más escurridizos e inasibles. El triángulo Ana-Elena-Nadia se diluye en su propia inconsistencia. El ménage en el que estas adolescentes desencantadas envuelven a Sebastián no es, una vez pasada la euforia orgiástica, sino el rito de iniciación en la soledad individual. Ana lo va a declarar de modo explícito en el último párrafo de la novela: "Estoy sola. No podía ser de otra manera. He percibido, desde hace tiempo, cuál es el destino de los que siempre andamos en busca de una respuesta definitiva." El desequilibrio de estos personajes que os-

cilan entre una adolescencia que no acaba de morir y una madurez que no se alcanza, persiste a pesar de la abolición de los tabús amorosos.

En el renglón de las apariencias cobijadas por la novela, el paisaje real es prácticamente inexistente. Unos pocos trazos sugieren la ciudad de provincia, el Instituto, las calles. La descripción del puerto nos remite a un curioso lugar en el que alternan las barcas ancladas en la bahía y las máscaras de "dioses de la fecundidad, apolos, mercurios..." que adornan las fachadas. El paisaje espiritual, por el contrario, se halla en relación directa con la atmósfera, y los ambientes internos. Vagos, imprecisos, éstos se pueblan de tedio. ¿Qué es la indagación constante de Ana sino la barricada contra el hastío que avanza sobre su vida de estudiante enamorada a medias del maestro, del fantasma de Sebastián, de sus amigas lejanas? Desnudo, geométrico, profundamente melancólico, el paisaje espiritual remite a las fantasías oníricas de la pintura surrealista.

En relación con la ambigüedad de las actitudes y de la atmósfera, la anécdota carece, en los primeros capítulos, de una importancia intrínseca. Se configura como el armazón frágil que sustenta la recreación de los pensamientos. No es sino a partir del reencuentro Ana-Sebastián cuando lo que se narra deja de ser disquisición y el monólogo se convierte en diálogo a tres o cuatro voces. Entonces principia el movimiento: la entrega de Ana a Sebastián; su huida; la búsqueda de la amistad femenina como única posibilidad de comunicación; la realización del ménage, que marca el clímax. El relato camina de la mano de Ana, personaje unívoco que analiza, enjuicia y profetiza, que explora la realidad a través de los seres más cercanos. Hay una actitud contemplativa: Ana es testigo de la relación Elena-Nadia, como la propia Elena lo es de Ana y Sebastián. ¿O bien se trata de un desdoblamiento del personaje femenino? Y es en el punto en que la acción se reparte entre los varios personajes cuando la anécdota nos convence de su veracidad. Porque el monólogo lento, reiterativo funciona como retrato obsesivo del personaje central y no tanto como resumen de hechos acaecidos en la realidad, ficticia, del contexto.

En este segundo libro, Alberto Dallal ofrece un muestrario de sentimientos—nostalgia, angustia, dolor por el olvido, felicidad efímera que propicia la ternura—, el cual constituye materia trascendente. Por lo demás, concebida como objeto intelectual, en la medida en que la forma sucumbe ante las ideas la novela de Dallal propone el triunfo de la imaginación lógica sobre los afectos, de la lucidez irreductible sobre la objetivamente dulce, deseable, y en el contexto de *El poder de la urraca* totalmente inexistente, enajenación de los sentimientos.

Alberto Dallal, *El poder de la urraca*. Editorial Novaro, México, 1969.

guía de los últimos libros

POLÍTICA Y ECONOMÍA

La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana
Celso Furtado
Siglo XXI Editores, 1970

311 pp., cuadros

● Búsqueda de las características estructurales, de los obstáculos institucionales al desarrollo y de la personalidad cultural que hacen de América Latina una región.

La dependencia político-económica de América Latina

Helio Jaguaribe y otros
Siglo XXI Editores, 1969

302 pp., cuadros

● Ponencias y discusiones de la segunda reunión de la Asamblea General del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales en los cuales se analiza la fenomenología de la dependencia de Latinoamérica con respecto a Estados Unidos y Europa Occidental.

La década bárbara

Mario Gill
Edición del autor, 1970

245 pp., fotografías

● El nazismo, la guerra de España, la influencia de Hitler en algunas organizaciones que se formaron en México.

El Perú actual (sociedad y política)

José Matos Mar y otros
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1970

180 pp., cuadros

● Serie de monografías elaboradas por investigadores del Instituto de Estudios Peruanos que abarcan los distintos aspectos de la vida social, cultural, económica y política del país.

El movimiento estudiantil de México julio-diciembre de 1968

Ramón Ramírez
Ediciones Era, 1969

2 volúmenes, 554 + 522 pp.

● En el primer tomo se presenta una cronología y un análisis del movimiento estudiantil de 1968; el segundo es una recopilación de documentos.

La iglesia rebelde de América Latina

Alain Gheerbrant
Siglo XXI Editores, 1970

319 pp.

● Historia de la solidaridad de miembros de la iglesia católica con los pobres de América Latina y de sus propuestas de transformación de la estructura eclesiástica.

El perfil de México en 1980. Vol. I

Varios autores
Siglo XXI Editores, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1970

195 pp., cuadros

● Proyecciones sobre varios aspectos de la economía del país; interpretaciones y sugerencias para influir en las tendencias y desarrollo.

CIENCIA

Mente y cerebro

Arturo Rosenblueth
Siglo XXI Editores, 1970

159 pp., ilustraciones

● Monografía escrita con el propósito de mostrar la importancia de las contribuciones de la biología, la fisiología y la neurofisiología para la formulación de la filosofía de la ciencia, así como para la interpretación de las relaciones entre los procesos mentales y los eventos cerebrales.

Introducción a la lógica simbólica

Susanne K. Langer
Siglo XXI Editores, 1969

308 pp., ilustraciones

● Examen de las características de la ciencia lógica cuyo propósito es el de preparar al lector para el estudio de cualquier rama de la lógica simbólica, basándose en el desarrollo de los procedimientos del álgebra de Boole-Shroeder y la obra de Whitehead y Russell.

Teoría de juegos y autómatas

D. A. Pospelov
Traducción de David Alfaro Lozano

Siglo XXI Editores, 1969

158 pp.

● Estudio matemático sobre los métodos de toma de decisiones racionales en situaciones de conflicto. Los ejemplos se refieren a juegos de dominó, cartas, etc.

La medicina contemporánea

Varios autores
Edición de Jacqueline Djian

Siglo XXI Editores, 1969

323 pp.

● Examen sobre el estado actual de la medicina, los caminos de experimentación para nuevos logros, aplicaciones prácticas.

El problema de la predicción en Ciencias Sociales

Elí de Gortari y otros

Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1969

225 pp., cuadros

● Cinco estudios de investigadores sobre las bases lógicas y los posibles modelos predictivos en Ciencias Sociales.

NOVELA

La infancia dorada

Elena Croce
Joaquín Mortiz, 1970

(Serie del Volador)

125 pp.

● La apariencia atildada y feliz de una infancia en realidad angustiosa y obligada a reprimir sus impulsos naturales.

Reivindicación del conde don Julián

Juan Goytisolo
Joaquín Mortiz, 1970

(Novelistas Contemporáneos)

242 pp.

● Crónica de un destierro, en el que la cultura y el idioma originales son asumidos como contacto emocional y crítico con España.

POESÍA

Eternidad del polvo

Elías Nandino
Joaquín Mortiz, 1970

(Las dos orillas)

89 pp.

● La presencia más allá de la muerte, y la muerte misma son los temas principales de esta poesía.

Trece cielos

Marcelo del Río
Finisterre, 1969

● Premio olímpico de poesía 1968. Poemas sobre el mito solar de Huitzilopochtli-Quetzalcóatl.

EDUCACIÓN

Legislación mexicana de la enseñanza superior

Miguel González Avelar, Leoncio Lara Sáenz
Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, 1969

606 pp., cuadros

● Compilación de los textos jurídicos fundamentales que regulan las instituciones de educación pública superior en la República Mexicana. Con un estudio sobre los problemas

de dichas instituciones y otro sobre las características generales de la legislación.

La enseñanza media en México 1900-1968

María de Ibarrola
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1970
Offset, 266 pp.

● Relación de las publicaciones encontradas en 27 bibliotecas cuyo objetivo es servir de base a las investigaciones pedagógicas, económicas, sociales, etc., de la enseñanza media en México.

Técnicas Freinet de la escuela moderna

Celestin Freinet
Siglo XXI Editores, 1969
145 pp.

● Explicación de una nueva técnica de enseñanza basada no tanto en lecturas escolares como en experiencias vitales.

Teoría Económica

Sergio Domínguez Vargas
Tercera edición
Editorial Porrúa 1970
307 pp.

● Libro de texto para la materia en la Facultad de Derecho de la UNAM. Esta edición está actualizada con el planteamiento de problemas recientes.

SOCIOLOGÍA

La clase media y la cultura

Marcelo Pogolotti
B. Costa-Amic Editor, 1970
355 pp.

● Estudio de algunas manifestaciones literarias y pictóricas en México y Latinoamérica.

Los calendarios de México / 4

Antonio Pompa y Pompa, Arturo Warman,
Diego G. López Rosado
Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1969

87 pp., cuadros

● En este cuarto volumen se incluyen los calendarios litúrgicos, correspondientes a las principales religiones que se practican en México; los de fiestas populares y las tendencias y fluctuaciones del turismo en México.

El sistema de los objetos

Jean Baudrillard
Siglo XXI Editores, 1970
229 pp.

● Las relaciones familiares y sociales expresadas a través de la función, e importancia que da el hombre a sus objetos cotidianos.

HISTORIA

Testimonios sudcalifornianos

Jaime Bravo, Juan de Ugarte,
Clemente Guillén

Edición, introducción y notas
de Miguel León Portilla
Instituto de Investigaciones Históricas,
UNAM, 1970

(Serie Documental / 9)

116 pp., mapas

● Documentos escritos por los fundadores, hace doscientos cincuenta años, de la misión de La Paz en Baja California. Con datos biográficos de los autores y notas aclaratorias.

Guía de documentos para la historia de México en archivos ingleses (siglo XIX)

Gloria Grajales
Instituto de Investigaciones Bibliográficas,
UNAM, 1969

455 pp.

● Fichas de los documentos relacionados con México, pertenecientes al siglo XIX, conservados en los repositorios de Londres. Con un apéndice bibliográfico y un índice analítico de los documentos citados.

La contrarrevolución en la Independencia

Romeo Flores Caballero
El Colegio de México, 1969
201 pp.

● Estudio sobre la influencia de los españoles peninsulares en la vida religiosa, política, económica y social de México desde la Independencia hasta los primeros años de la República.

El teatro en México durante la Independencia

Luis Reyes de la Maza
Instituto de Investigaciones Estéticas,
UNAM, 1969
429 pp.

● Programas y crónicas con un índice alfabético de obras presentadas. En el estudio preliminar el compilador habla sobre el ambiente teatral influido por los cambios políticos de la época.

El arte colonial en San Luis Potosí

Francisco de la Maza
Instituto de Investigaciones Estéticas,
UNAM, 1969
91 pp., ilustraciones

● Estudio sobre las principales construcciones religiosas y civiles erigidas durante el período colonial.

Guatemala: una interpretación histórico social

Carlos Guzmán Böckler, Jean-Joup Herbert
Siglo XXI Editores, 1970
205 pp., cuadros

● El indígena y el ladino: las relaciones y rasgos que han conformado, a través de la historia de Guatemala, una estructura social y una actitud ante el mundo.

ENSAYO

Octavio Paz: el sentido de la palabra

Ramón Xirau
Joaquín Mortiz, 1970
(Serie del Volador)

127 pp.

● Estudio sobre la idea central en la poesía de Paz, idea que según el autor, se va enriqueciendo a través de sucesivas creaciones.

Posdata

Octavio Paz
Siglo XXI Editores, 1970
(Teoría y crítica)

148 pp.

● Replanteamiento de algunos problemas del *Laberinto de la soledad* tomando en cuenta, para ello, acontecimientos recientes del país como el movimiento estudiantil de 1968.

Antología de Juan José Arreola

Prólogo y selección de Jorge Arturo Ojeda
Ediciones Oasis, 1969
(Colección Pensamiento de América, bajo el patrocinio de la Secretaría de Educación Pública)

244 pp.

● En su estudio, *La lucha con el ángel*, que prologa esta antología, Ojeda intenta explicar la obra de Arreola con categorías tanto estéticas como sociales.

ALGUNAS REVISTAS

Investigación económica

Revista de la Escuela Nacional de Economía
Vol. XXIX, Núm. 115, Julio-Sep. 1969

● Colaboraciones de Luigi M. Tomasini, Kenneth E. Bocelding, Ivan Illich, Alejandro Castillón, Fernando Rello Espinosa. Notas bibliográficas, documentos.

Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas

Biblioteca y Hemeroteca Nacional, UNAM
Tomo I, Núm. 1, Enero-Junio de 1969

● Colaboraciones de Ernesto de la Torre Villar, Salvador Novo, Jaime Torres Bodet, Ma-

ría del Carmen Ruiz Castañeda, José Ignacio Mantecón Navasal. Este número incluye algunas fotografías y autógrafos que se conservaron en la Biblioteca Nacional.

Universidades

Unión de Universidades de América Latina
Año IX, Segunda serie, Núm. 38,
Oct.-Dic. 1969

● Memoria del acto conmemorativo del XX aniversario de la UDUAL, relato general de la VI Conferencia de Facultades y Escuelas de Medicina Latinoamericana, información general.

Revista de Investigación Clínica

Instituto Nacional de la Nutrición, México
Vol. XXI, Núm. 3, Julio-Sept. 1969

● Artículos de los doctores Federico Díez, Rodolfo Revilla, Javier Ramírez Acosta, Ramón Navarrete, Francisco H. Velázquez, Carlos Zavala. Sumarios en inglés y francés.

Revista Mexicana de Ciencia Política

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales,
UNAM
Publicación trimestral

Año XV, Julio-Sep., 1969, Núm. 57

● Colaboraciones de Arturo González Cosío, Edmundo Hernández Vela, Claudio Stern. Reseñas bibliográficas. Documentos.

Boletín de Estudios Médicos y Biológicos

Instituto de Investigaciones Biomédicas,
UNAM
Vol. 26, Núm. 2, Abril 1969

● Colaboraciones de Federico Díez, María del Carmen Zapata Gayón, Ricardo Tapia, Guillermo H. Massieu.

Foro Internacional / 38

El Colegio de México
Vol. X, Núm. 2, Octubre-diciembre, 1969

● Colaboraciones de María Francisca Ize, H. Jon Rosenbaum, Gilberto W. Merckx, David A. Baldwin, Elisabeth Esser Braun. Reseñas de libros.

Estudios de historia novohispana

Instituto de Investigaciones Históricas,
UNAM
Vol. III, 1970

● Colaboraciones de Fidel Chauvet, Josefina Muriel, Guadalupe Pérez San Vicente, Miguel León Portilla, Luis González Rodríguez, Aurora Flores Olea, Ernesto de la Torre Villar. Reseñas bibliográficas.

Diálogos

El Colegio de México
Núm. 30, Noviembre-diciembre, 1969

● Colaboraciones de Alfonso Reyes, Ramón Xirau, James Willis Robb, Alberto Dallal. Poesía de Jean-Clarence Lambert y cinco poemas islandeses.

Estudios orientales

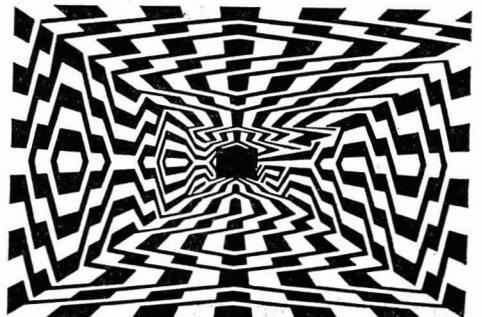
El Colegio de México
Vol. IV, Núm. 3, 1969

● Colaboraciones de Michio Nagai, Jorge Silva Castillo, Kazuya Sakai, Flora Botton Beja. Reseña de libros. Notas bibliográficas.

La palabra y el hombre

Revista de la Universidad Veracruzana
Núm. 47, Julio-septiembre, 1968

● Colaboraciones de Sergio Pitol, Jack Weiner, Ernesto Cardenal, Enriqueta Ochoa, Fred Petersen, Antonio Ferrés.





FONDO DE
CULTURA ECONÓMICA

**COLECCIÓN
PRESENCIA DE MÉXICO**

Carrancá, Raúl
LA UNIVERSIDAD MEXICANA
144 pp. \$ 20.00

El autor expone en este libro la historia de la Universidad Nacional de México, desde la antigua de la Nueva España (1539) hasta la actual, pasando por su transformación en el Porfiriato, en una síntesis apretada y brillante, ilustrada, como todos los volúmenes de esta colección, con un selecto y abundante material gráfico. El resultado es una imagen fiel de nuestra Máxima Casa de Estudios.

DE VENTA EN EL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA,
AV. UNIVERSIDAD 975, MÉXICO 12, D. F., Y EN TODAS LAS BUENAS
LIBRERÍAS. PIDA INFORMES SOBRE NUESTRAS MAGNÍFICAS
CONDICIONES DE CRÉDITO AL TEL. 524-43-76

**Novedades de
Ediciones Era**



Camilo Torres
**Cristianismo
y revolución**

pp. \$

K. H. Fan
**La revolución
cultural china**

pp. \$

Mérida Franco-Lao
¡Basta!
**Canciones de testimonio y rebeldía
de América Latina**

pp. \$

De venta en las buenas librerías
Ediciones Era, S. A.
Avena 102 / México 13, D. F. ☎ 582-03-44



NOVEDADES

O. LANGE
**Introducción a la economía
cibernética**
200 pp. \$ 36.00

J. PIAGET
Biología y conocimiento
356 pp. \$ 45.00

L. SEBAG
Marxismo y estructuralismo
288 pp. \$ 36.00

Voz Viva de México

Discos recientes

Emilio Carballido
Prólogo de Juan Tovar

Homero Aridjis
Prólogo de Ramón Xirau

Poesía religiosa de México
Prólogo de Alejandro Avilés

UNAM
Difusión Cultural



En todas las librerías
o en Gabriel Mancera 65 / México 12, D. F.